

BREVE HISTORIA de la...

GESTAPO

Sharon Vilches Agüera



Conozca la organización más temida del siglo xx:
la Geheime Staatspolizei, la Gestapo, la policía secreta oficial del
Tercer Reich y su arma de represión desde 1933 hasta su declaración
como organización asesina e ilegal en 1945. Descubra cómo su
funcionamiento y prácticas brutales impusieron una auténtica cultura
de la violencia orientada a desarticular cualquier oposición al nazismo

BREVE HISTORIA DE LA GESTAPO

BREVE HISTORIA DE LA GESTAPO

Sharon Vilches



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Gestapo*

Autor: © Sharon Vilches

Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: Montaje a partir del cartel *German SS Police Day* diseñado por Felix Albrecht.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-9967-753-8

Fecha de edición: Mayo 2016

Depósito legal: M-10137-2016

Lo que ha sucedido es un aviso. Olvidarlo es un delito.
Fue posible que todo eso sucediera y sigue siendo
posible que en cualquier momento vuelva a suceder.

Karl Theodor Jaspers

A todos aquellos que vieron y ven la luz en la oscuridad.
A mi familia y mis amigos, en especial,
a la inspiradora Julia, al protector Edu,
a la radiante María y a Nieves, mi piedra angular.

Índice

1. Construyendo el Tercer Reich

El peso de la historia

¿Qué es el nacionalsocialismo?

El ascenso imparable: de Weimar al Reich

2. El espíritu de la Gestapo: policía y política

Caza de brujas en Europa: el tiempo de la persecución política

Policía política e historia. Los antecedentes de la Gestapo

Ley y orden en el Tercer Reich

3. Los primeros años de la Gestapo

El germen de la Gestapo

La otra cara de la moneda: Himmler en Baviera, la lucha por la conquista del Reich

La unión. La Gestapo se instala en toda Alemania

Los cambios de Himmler: una nueva Gestapo

4. La Gestapo en guerra

El cambio del *statu quo* europeo

La RSHA. La maquinaria perfecta

La oposición en guerra, nuevas preocupaciones de la Gestapo

5. La Gestapo contra Europa

Los planes de la Gestapo para Europa

Las nuevas técnicas de represión en el extranjero: esclavitud, confinamiento y muerte

La imposición de la Gestapo en Europa

La Gestapo en Europa occidental

6. Los caminos de la violencia

La imposición de la cultura política nazi: violencia y violencia política

La tela tras la araña: actitudes sociales ante la Gestapo

Las violencias de la Gestapo

Los hombres tras el abrigo negro

7. La Gestapo contra la humanidad

El sistema de campos

Planear un genocidio

Campos extranjeros y extranjeros en campos

8. La justicia y la historia contra la Gestapo

Los juicios de Núremberg

¿Qué fue de...?

La leyenda de la Gestapo

Bibliografía

Colección Breve Historia...

Próximamente...

Construyendo el Tercer Reich

Mañana muchos maldecirán mi nombre.

Adolf Hitler

A las 2:41 horas de la madrugada del 7 de mayo de 1945, se firmó el primer Acta de capitulación de la Alemania nazi en Reims, Francia, tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. El Reich de los Mil Años llegaba a su devastador final, una vez más en el país galo. Atrás, quedó una Europa en ruinas deshecha por la guerra, la desolación y el caos. La Segunda Guerra Mundial fue la guerra con más capacidad destructiva de la historia, los especialistas cifran las víctimas en cincuenta y cinco millones de personas, treinta millones de heridos y alrededor de tres millones de desaparecidos. Alemania perdió en torno a tres millones y medio de personas como consecuencia directa de la propia guerra, a los que habría que añadir las propias víctimas del nazismo cifradas en alrededor de doce millones de personas muertas o desaparecidas en cárceles, campos de trabajo, exterminio o de prisioneros durante toda la etapa nazi en Europa. La gesta del Reich contra todo aquél que no cumpliera el ideal del nacionalsocialismo llegó a su fin ese frío mayo de 1945. Miles de personas fueron liberadas de cárceles y campos, al paso de las tropas aliadas por los territorios ocupados por el *Führer* en Europa y en la misma Alemania. Desde julio de 1944, los soldados soviéticos liberaron a miles de personas de los campos de concentración o exterminio que encontraron a su paso en su avance por el oeste. En 1945, el año de la victoria aliada, soldados británicos, estadounidenses, canadienses o franceses fueron los encargados de dismantelar el aparato represivo que el régimen nazi había creado en Europa occidental. El mundo conoció entonces el horror. Los ejércitos Aliados iban acompañados a menudo de periodistas y fotógrafos que documentaron con estupor lo que encontraron. Los encargados de los campos de exterminio habían intentado borrar todo rastro de los asesinatos en masa sin éxito, como sucedió, por ejemplo, en el campo de Majdanek (Polonia) donde los soldados soviéticos encontraron la zona crematoria en

llamas pero la cámara de gas intacta debido a la rapidez de la huida. Muchos de los internos no sobrevivieron tras la liberación, el tifus, la desnutrición o las continuas torturas impidieron que miles de personas pudiesen seguir viviendo, ni siquiera en libertad. Otros nunca se recuperaron de sus secuelas físicas o psicológicas, de lo que vieron, sufrieron en carne propia o en las de sus familiares, amigos, compañeros o conocidos.

Las atrocidades cometidas en el Tercer Reich resultan aún hoy difíciles de comprender: es complicado imaginar, desde nuestra perspectiva, cómo un grupo de personas logró crear un aparato represivo que amenazó, torturó y asesinó en masa a multitud de seres humanos con el beneplácito del resto de la sociedad nacional e incluso internacional. Probablemente por ello, el estudio del Tercer Reich es uno de los temas que más interés ha suscitado entre los filósofos, sociólogos, historiadores u otros científicos sociales. A lo largo de los años, la historiografía se ha enfrentado a este período a través de diferentes perspectivas para intentar comprender el origen y desarrollo de la época más negra de la historia alemana y europea. Hasta la década de los sesenta, la lectura política dominó el estudio de esta etapa con el análisis del Estado alemán y sus instituciones como punto de partida para los historiadores. La aparente cohesión entre el Estado y sus instituciones, sustentado por una fuerte ideología que sometió a la población en bloque, tuvo primacía en las primeras investigaciones. Estas teorías sufrieron una especial crisis con el análisis micro histórico que puso de relieve la inexistencia, en múltiples ocasiones, de coherencia entre el Estado central y las administraciones locales. Con la apertura de los archivos sobre el nacionalsocialismo en los años sesenta, que obraban en poder de las potencias aliadas, el foco de estudio sobre esta temática se vio estimulado. Afloraron diversas hipótesis basadas en los orígenes sociales de la dictadura que sustentaron al Régimen, a través de intereses personales y colectivos, además de la irrupción de la historia social en el estudio del período nazi. Fue ésta última perspectiva la que dominó la escena historiográfica desde los años setenta. La historia social del Tercer Reich fue, y sigue siendo, una de las corrientes historiográficas más fructíferas e innovadoras de su tiempo, desechando viejos paradigmas como la cohesión estatal alemana, y poniendo de manifiesto las debilidades de las instituciones creadas por el nazismo y la participación de la sociedad alemana en el aparato represivo del Reich. Estas teorías abrieron un gran campo de estudio que empezó a interesarse por diversas facetas de la Alemania hitleriana, sus aliados y detractores. El denominado Proyecto Baviera es el exponente directo de la historia social de los años setenta: creado en 1973, fue el punto de partida para investigar las actitudes de los alemanes frente a la dictadura, un campo que interesaba por igual a los científicos sociales y la sociedad alemana que anhelaba reconciliarse con su historia. Este proyecto advirtió que hubo diversas actitudes frente al nazismo que fueron desde el consentimiento hasta la resistencia, aunque esta fuese silenciosa y poco articulada. El estudio sobre la conducta de los alemanes frente al Régimen ha sido clave en los trabajos sobre el Tercer Reich y la comprensión de las atroces consecuencias que trajo su política.

Ya en la década de los noventa, hubo grandes avances en este campo con el auge de la historia cultural. Se puso de manifiesto la importancia del lenguaje o el simbolismo que utilizó el Régimen para ganarse las voluntades individuales de la población alemana. Uno de los puntos más interesantes, sobre todo para este libro, es la incidencia de los historiadores en el examen de los apoyos que recibieron instituciones como la Gestapo o las SS para la persecución de los enemigos del Régimen. Demostrando que la estructura policial y paramilitar fue escasa, se abrió la puerta al término «colaboracionismo». En definitiva, lo que argumentan estas teorías es que sin la ayuda de

gran parte de la población el sistema de espionaje del Tercer Reich no pudo haber perseguido, enjuiciado y asesinado de la manera tan sistemática como lo hizo. Este espacio de debate sobre la supuesta connivencia de la población con el Régimen ha sido la perspectiva preeminente durante las dos últimas décadas, dado su gran atractivo para la historiografía y la sociedad en general. Por ello, nuestro punto de partida comienza aquí. Una vez recopilada la información facilitada por los investigadores, debemos ir un paso más allá encaminando nuestra investigación hacia el sustento político cultural que facilitó que alemanes corrientes apoyaran de manera directa, como miembros de las instituciones alemanas, o indirecta, la represión brutal llevada a cabo por el nacionalismo y en concreto por la Gestapo.

Para hacer frente a esta empresa es fundamental hacer un repaso de lo que significó la construcción del Tercer Reich. La Gestapo u otras instituciones bebían directamente del contexto concreto en que surgió el nacionalsocialismo y los pilares básicos en los que se forjó. Por ello, en este primer capítulo ahondaremos en la historia alemana decimonónica, el contexto internacional donde surgió el nacionalsocialismo, la Europa de entreguerras, así como la creación del proyecto nazi desde su concepción hasta la toma del Estado. Sin un entendimiento integral de la historia alemana y concretamente del nacionalsocialismo, es imposible llegar a una comprensión de lo que significó en último término la Gestapo.

EL PESO DE LA HISTORIA

La historia alemana tuvo un gran peso en la construcción del Tercer Reich. Los errores y aciertos de los antepasados alemanes y europeos crearon el contexto adecuado donde germinó el nacionalsocialismo. Para estudiar el régimen nazi, hay que ahondar en el pasado alemán reciente: la etapa Bismarck. Este período fue de vital importancia para Alemania porque reconfiguró las relaciones internacionales y nacionales conocidas hasta el momento, con Alemania en la cúspide. La figura de Bismarck, además, fue venerada a lo largo de los años como adalid de la hegemonía alemana en Europa y el mundo. Muchas de las instituciones y actuaciones de esta etapa fueron emuladas por el nacionalsocialismo como modelo de grandeza alemana. Si bien el peso del sistema bismarckiano es importante, el punto que estableció el camino seguido por el fascismo es la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra cambió la configuración del mundo: la violencia, la muerte, los movimientos de masas o la nueva tecnología penetraron en la sociedad cambiándola para siempre.

Un pueblo, un Reich, un caudillo

El término Reich, para los alemanes de principios del siglo XX, fue algo más que una palabra para hacer referencia a una etapa histórica. Para una gran parte de los germanos, el Reich significaba la sucesión natural del Imperio romano, invocaba al «Imperio de Dios en la Tierra», a la soberanía alemana del mundo occidental, al poder y, por encima de todo ello, a la unión de los germanos de Europa bajo unos preceptos de pueblo e imperio unidos, fuertes y dominantes de la esfera internacional. Estos ideales de grandeza nacional ahondaban sus raíces en la historia más remota pero tenían un modelo claro: el Segundo Reich de Bismarck –bautizado con este nombre en el período nazi–. La etapa dominada por el canciller Otto von Bismarck era un reflejo del inicio de una nueva Alemania que debía resurgir. Bismarck fue la pieza central alemana y europea durante la segunda mitad del siglo XIX. Bajo su mandato, la Alemania decimonónica ocupó un papel central en la esfera política internacional, acompañado de grandes victorias militares que afianzaron su poder y engrandecieron su territorio y recursos económicos. Al mismo tiempo, el Canciller logró un estado fuerte que sometió a su jurisdicción a los disidentes, fuesen éstos liberales, socialistas, militares o de cualquier otra índole, ya que todos fueron señalados como enemigos internos del país. Bajo una actitud firme, Bismarck consiguió la unión efectiva de Alemania convirtiéndola en una nación unida, poderosa y estable, que no se doblegaba ante nada ni ante nadie. Él fue el impulsor del nacionalismo germánico moderno a través de la unión de los territorios alemanes bajo el mandato de Guillermo I, como monarca de todos los germanos. De la mano de grandes estrategias políticas y militares, consiguió ampliar el territorio alemán y a su vez mantener la paz entre las potencias europeas, a través de un particular sistema de alianzas. En un principio, este sistema, apodado sistema Bismarck, se creó para aislar a la recién vencida Francia de la esfera internacional. Más tarde, se consolidó como el garante de la paz en Europa durante más de veinte años.



Imagen de Otto von Bismarck. La figura del canciller prusiano fue determinante en la época en la que vivió y en la memoria colectiva alemana y europea de los años siguientes. Su habilidad en las relaciones internacionales posicionó a Alemania en lo más alto de la política internacional de su tiempo.

Pero la época dorada de la Alemania reciente dejó un legado que ensombreció su historia en el siglo XX. Tras la caída del canciller, en 1890, el país en manos de Guillermo II continuaba su meteórica carrera imperialista, forjando su núcleo industrial y con un aparente halo de prosperidad y paz. Si bien, bajo la superficie, encontramos una nación unida bajo los preceptos nacionalistas románticos –de comunidad lingüística, cultural y étnica– más que unidos por un Estado centralizado. Las tensiones producidas por la industrialización y los conflictos en el espectro político del sistema bismarckiano empezaron a encontrar una salida natural a través del liberalismo, comunismo o nacionalismo, y sus variantes con tintes excluyentes y racistas, imperantes en la Europa de principios del siglo XX. El káiser Guillermo II, además, no continuó la política bismarckiana internacional del sistema de alianzas. El contexto internacional se había tornado demasiado conflictivo para que este sistema pudiese continuar y Alemania comenzó a quedar aislada del papel preponderante que había asumido años atrás. Entre tanto, las potencias siguieron enfrentándose entre sí, de manera indirecta en el período denominado como «paz armada» en zonas de África, Asia o los Balcanes. Las pugnas por el control de nuevas colonias y la expansión territorial imperialista, a finales del siglo XIX, desembocaron en una carrera armamentística que amplió las tensiones entre los diferentes países. Los conflictos y los pactos hicieron que el inicio del siglo XX trajera consigo el fin de la relativa estabilidad europea. Las tensiones entre las potencias desembocaron en el mayor conflicto conocido hasta el momento, la Primera Guerra Mundial. En el año 1914 se forjó un punto de inflexión a nivel europeo y mundial: comenzó el tiempo de la violencia, el sello del nuevo siglo.

El punto de inflexión: la guerra que cambió el mundo

Una tarea tan ardua como la comprensión del período nazi no puede dejar de lado las circunstancias internacionales que se vivieron durante los años en que se gestó y asentó el Tercer Reich. Probablemente la Europa de la primera mitad del siglo XX fue el lugar con mayor incidencia de la violencia política de la época. El conflicto imperó y se multiplicó durante años asolando el viejo continente. En este período de tiempo, el mundo experimentó la violencia de una manera inusitada y sus consecuencias nos persiguen aún hoy. Los cambios llegaron por diferentes caminos: la Gran Guerra cambió los parámetros tradicionales de conflicto. Hasta ese momento, las potencias enviaban a sus soldados a luchar mientras la población observaba desde la retaguardia. Uno de los cambios más significativos de la Primera Guerra Mundial fue el ataque a los recursos básicos de la retaguardia como un elemento más de la guerra, o dicho de otro modo, la sociedad civil se convirtió por primera vez en un objetivo más del enemigo. Ya no bastaba con aplastar un ejército contrario, sino que debían derrotar a la nación enemiga en conjunto. A todo ello se suma que la duración de la guerra fue mayor que la esperada. Las potencias preveían una batalla rápida pero la igualdad de fuerzas alargó el conflicto, mientras la muerte, la desolación y la pobreza arrasaba a combatientes y civiles.

El caos se apoderó de Europa. Los soldados comenzaron a perder la noción de contra quién o contra qué luchaban, mientras la muerte era determinante para todos. Los que luchaban no eran ya héroes sino proletarios que vivían entre ratas en las trincheras, como describió Hobsbawm, o un arma más de destrucción al igual que un fusil. A su vuelta no habría grandes honores, si no resentimiento, pobreza y caos. De todos los cambios, la mayor importancia recae en el factor de sus consecuencias. Los soldados eran masas de hombres, de caídos, como se representan en los homenajes a los «soldados desconocidos», y las sociedades comenzaron a acostumbrarse a la muerte en masa y el exterminio. La violencia brutal penetró en las sociedades y las políticas europeas, con un saldo de unos nueve millones de muertos, siete millones de desaparecidos y prisioneros y más de veinte millones de heridos en la guerra. A estas cifras hay que sumar las casi ocho millones de vidas que se perdieron en la retaguardia, que sufrió continuos ataques, hambre, extrema pobreza y enfermedad. La guerra había cambiado para siempre y ya no se trataba de una lucha entre soldados enemigos, sino que ahora el enemigo era cualquier ciudadano del país o región contra el que se luchase. Estos fueron los primeros pasos que dio Europa hacia la guerra total, la guerra donde la disidencia de cualquier índole, civil o militar, era hostil y por tanto debía ser tratado como un soldado enemigo.



Uno de los homenajes a los soldados desconocidos de la Primera Guerra Mundial. París, Francia. A las esculturas de grandes estrategias militares que se estilaban en los años anteriores, les sucedió este tipo de representaciones que intentaban plasmar la realidad de la nueva guerra. Los soldados sin nombre fueron la máxima expresión de la deshumanización de los combatientes que trajo la Gran Guerra.

El furor patriótico que vivió Alemania momentos antes del inicio de la Gran Guerra se vio truncado durante los años que se mantuvo. El pueblo alemán sufrió la guerra en su día a día y el descontento fue calando entre la población. Las protestas no se hicieron esperar creando un clima de inestabilidad interna durante todo el conflicto que enfrentó a las fuerzas políticas y sociales entre sí. El 29 de octubre de 1918 se desató en Alemania una revolución de corte socialista y pacifista, motivada por la victoria de la Revolución rusa, que forzó al káiser Guillermo a dimitir. Con el triunfo de la revuelta se pactó una derrota que no se iba a hacer esperar, pero para muchos alemanes, sobre todo excombatientes, la izquierda había «apuñalado por la espalda a Alemania». El descontento fue en aumento cuando se conocieron las imposiciones de los Tratados de Versalles para Alemania que ahondaron más en la crisis moral, política y social que estaba viviendo el país. A las pérdidas materiales y la gran deuda que dejó la reparación impuesta en Versalles, se le unió la pérdida de gran parte de su territorio, más de veintisiete millones de personas que formaban el Imperio alemán dejaron de formar parte de él, como la ciudad de Danzig que pasó a ser ciudad libre a merced del dominio de la Liga de Naciones Unidas, o los territorios ricos en materias primas como los territorios de Alsacia-Lorena, cedidas de nuevo a Francia. Alemania nunca podría unirse con Austria y se les prohibió tener un ejército terrestre, armada y servicio militar, dejando el país a merced de cualquier potencia que quisiera atacarles. A todo ello se sumó la pérdida total de autonomía como Estado: el Imperio dejaba de ser tal para pasar a ser una democracia al estilo europeo, pero incluyendo una serie de restricciones de carácter económico, social, militar y de política exterior que les limitó ferozmente. El Imperio volvió a disolverse en París como lo hiciera

Napoleón algo más de cien años atrás y la Alemania fuerte e imperante en Europa desapareció. En definitiva, la pérdida de la guerra trajo para Alemania unas consecuencias nunca jamás contempladas en otros conflictos, el país que dominó la escena política europea durante más de cincuenta años quedó en una crisis que iba más allá del sentido económico o político. Los soldados que volvían del frente fueron vapuleados y recibidos sin honores. Algunos grupos pacifistas, hartos de los desastres que provocaba la guerra, les insultaban e incluso escupían cuando volvían al país y la inestabilidad se apoderó de Alemania una vez más.

La posguerra no tuvo mejores augurios para el país germano. Esta etapa se considera en toda Europa como la búsqueda de consenso, a nivel nacional e internacional, que no llegó a imponerse sin las guerras que se produjeron en su seno. Los años veinte fueron definitivos para el Estado alemán con un imperio destruido, de nuevo, a manos francesas y con una democracia liberal impuesta, los alemanes comenzaron a mirar al futuro. La República de Weimar nunca llegó a alcanzar la soberanía que se esperó de ella, ya que partió con un escaso consenso mientras intentaba reconstruir un país en ruinas con una deuda millonaria por las sanciones impuestas en concepto de reparación de guerra, que dejaba un deficitario sistema económico. A las dificultades, se sumó la nueva forma de movilización que estuvo sustentada por las masas que intentaban imponer su criterio a través de las manifestaciones multitudinarias. El auge del comunismo, socialismo, anarquismo y el fascismo como identidades colectivas excluyentes creó un clima de enfrentamientos entre facciones que pugnaban por el poder. Muertes, venganzas, manifestaciones encontradas, etc. se sucedían en las grandes ciudades de los países europeos al inicio de los violentos años treinta. Las identidades políticas colectivas comenzaron a considerar la violencia como una salida útil a una situación de peligro político, apoyadas en la idea de *cambiar el mundo a través de la violencia y la imposición*. Las revoluciones, golpes de Estado o revueltas violentas se sucedieron a lo largo y ancho del viejo continente creando un clima de inestabilidad político y social. La respuesta estatal fue a menudo incompleta y con mayor incidencia en Alemania donde la democracia se consideraba impuesta por el poder extranjero y careció de legitimidad ante su pueblo. Así, el fascismo y otras corrientes políticas comenzaron a ganar adeptos entre la población a pasos agigantados.

¿QUÉ ES EL NACIONALSOCIALISMO?

Joseph Goebbles respondió a esta premisa con la siguiente argumentación:

Es imposible interpretar de manera totalmente abarcadora, en un compendio temporalmente limitado, la esencialidad del Nacionalsocialismo, ya que se trata del examen de un Movimiento y de una Idea que con ímpetu dinámico irrumpieron en la vida pública alemana, cambiando desde el fundamento todas las condiciones y relaciones de los seres humanos entre sí.

En parte, el ministro de Propaganda nazi tenía razón. Existen múltiples descripciones asociadas al nacionalsocialismo, en particular, o al fascismo de forma más general y a lo largo de los años se ha intentado aportar una visión completa de lo que significó en esencia una corriente tan compleja como la fascista.

El término «fascismo» deviene del latín *fasces*, (‹haz› o ‹manejo›, símbolo de autoridad en el Imperio romano). La traducción al italiano estaba asociada a términos como «sindicato», «unión» o «liga» y fue tomado por Benito Mussolini como nombre para su partido en 1919, Fasci Italiani de Combattimento (Liga Italiana de Veteranos de Combate). En el fascismo de principios del siglo XX existió una lucha contra la democracia liberal a la que veían como débil y causante de la decadencia que afrontaban sus países. Así mismo, despreciaban la constitución, el parlamento y los cauces normalmente democráticos. En su lugar, abogaban por un estado totalizador que abarcase todos los puntos de la sociedad a través de un líder o caudillo dominante que llevase las riendas de la nación a la grandiosidad. Una de las definiciones más completas es la desarrollada por Roger Griffin en su libro *The nature of fascism (La naturaleza del fascismo)*, donde explica los regímenes de esta tipología, otorgando el término de «ultranacionalismo palingenético» a estos sistemas. La palingenesis es un concepto político-filosófico asociado al ciclo vital de los seres vivos desde su nacimiento hasta la reencarnación, que según esta teoría se reproduce una y otra vez. De este modo, el fascismo y, en concreto, el nazismo crearon una línea palingenésica con su pasado glorioso —en el caso del nacionalsocialismo con el Sacro Imperio Romano Germánico y el Segundo Reich, de Bismarck— como una encarnación del mismo actualizado. La gran peculiaridad de estos regímenes es que pretenden llegar a una reencarnación de su pasado romántico pero a través de elementos asociados a la modernidad como la propaganda, la nacionalización de las masas, industrialización o la dominación de los medios de comunicación. En definitiva, según Griffin, los fascismos intentaron romper con la sociedad en la que se encontraron para revivir un pasado glorioso que encaminase la nación hacia la cúspide a través de elementos modernos.

Otras definiciones ahondan en el proyecto totalizador del Estado y la sacralización de la política, como la propia concepción de Mussolini o la noción de patria por encima de cualquier concepto que esgrimió José Antonio Primo de Rivera. Pero, en general, se traduce en la creación de una revolución donde permanezcan los valores asociados al pueblo de pertenencia, que se sacralizarán hasta la extenuación incluyendo al propio caudillo, a través de un Estado total que articule y comande todas estas premisas. Como advirtió Mussolini, fuera del estado fascista no hay nada que se corresponda a los valores válidos ni a la patria, por tanto, no es reconocido por la nación. El auge del fascismo en Europa no quedó aislado a España, Italia o Alemania, si no que contó con representación en casi

todos los países europeos, con rasgos muy similares y lazos estrechos entre sí. Resultó un proyecto único que abogaba por una sociedad completamente nueva, una suerte de «tercera vía» entre el capitalismo y el comunismo imperantes por línea del ultranacionalismo. Cada país concibió su futuro de manera diferente y utilizó sus recursos para hacer frente a los problemas que el contexto nacional e internacional había reservado para cada nación. Y los de Alemania en esta época fueron graves y muy numerosos.

El proyecto nazi

En el caso de Alemania la doctrina fascista fue adecuada a través de las peculiaridades culturales, sociales e históricas del país, en la figura del nacionalsocialismo. La configuración de su ultranacionalismo, típico del fascismo, se encarnó en el pasado glorioso alemán, supeditado a un entramado cultural y político que estaba presente en Alemania y otros países europeos durante los siglos XIX y XX. Si bien, este «tercer camino» no estaba predeterminado por un supuesto atraso alemán o asociado a condiciones determinantes que hicieran imparable el ascenso de una dictadura de este corte en Alemania. Más bien, el nacionalsocialismo recogió una serie de elementos culturales y políticos preexistentes y los moduló a su conveniencia para lograr unos objetivos sociales, políticos y culturales. Como hemos visto anteriormente, la etapa Bismarck creó en el inconsciente colectivo de los alemanes una sensación de vuelta a la grandeza nacional que tanto ansiaban. Por este motivo, la catástrofe en la Primera Guerra Mundial fue determinante para el nacimiento de este tipo de grupos cercanos al ultranacionalismo como vía de escape ante los grandes acontecimientos internacionales que asolaban a la población. Sin estos determinantes nacionales o internacionales, es posible que no hubiese existido el nazismo, pero a su vez los acontecimientos podían haber tomado un rumbo diferente si se hubiesen tomado otro tipo de decisiones hasta la toma del poder de Hitler en Alemania en 1933. La creación del Tercer Reich partió de la regeneración nacional asociada a un conglomerado de teorías darwinistas sociales, seudosocialistas, declaraciones ultranacionalistas y de expansión nacional. Así mismo, el nacionalsocialismo llevó a cabo un proyecto totalizador para que su ideología, cultura y política gobernasen cualquier tipo de interacción social. Para ello, se valieron de un mecanismo fortísimo de propaganda y coerción social, incluso antes de llegar al poder a través de su brazo paramilitar las *Sturmabteilung* (SA). Su concepto de nación estaba asociado al concepto romántico alemán cuya principal característica era romper con la exaltación de la razón abstracta que habían creado los franceses en la época de los enciclopedistas. Estaban en contra de la pretensión de romper el reloj de la historia –como se había intentado hacer en la etapa de la Revolución francesa– potenciando ante todo el peso que tiene que tener siempre la tradición, la costumbre y la historia de un país.

Toda esta argumentación partía de ciertos principios que ya plantearon Herder y Fichte cuando teorizaban sobre los pueblos y sus particularidades diferenciadoras. Herder afirmaba que cada pueblo o nación tenía su propio genio o espíritu. Se denominaría al genio del pueblo *Volkgeist*, término derivado de la palabra «pueblo» o «gente» en alemán (*Volk*). Este genio tendría su razón de existir, no en los derechos individuales de las personas como en la democracia, sino en factores de la vida colectiva, en la lengua común de un determinado grupo, en el folclore, en la etnia y las

costumbres particulares de cada país. Las instituciones políticas que debiera tener un país vendrían derivadas de las peculiaridades de la historia de dicho país y posiblemente no servirán para otro porque emergen de la propia nación. La nación, en términos románticos, es un ser vivo que está por encima de los individuos, es la que determina todo, incluso, se podrá dar el caso de que la nación aglutine a un individuo al margen de su propia voluntad. El concepto *Volk* fue explotado por el nazismo como base fundamental de su ideología. La nueva comunidad pasaría a llamarse *Volksgemeinschaft* o ‘Comunidad del pueblo’ a modo de agrupación racial o de sangre que estaba por encima de cualquier otro elemento de cohesión –ya fuese la clase social, la religión o el estado– y cuya voluntad estaba por encima de los derechos individuales. Además, esta comunidad debería gozar de unos privilegios sociales encauzados por la vía de seudosocialismo, a base de explotar económicamente a los extranjeros que se estaban aprovechando de los frutos del *Volk*. A partir de estas teorías de comunidad de sangre, se recogen dos elementos fundamentales del nacionalsocialismo: la unión de las comunidades germanas, ya que respondían al *Volksgemeinschaft*, y la creación de un proyecto biopolítico a través de la exclusión de las personas que no pertenecían a esta comunidad.

La nación excluyente

Las sociedades de principios del siglo XX tenían un concepto distinto al actual sobre la igualdad de todos los seres humanos. El avance científico del siglo XIX en campos como la biología, la medicina, la psicología o la evolución llevó a las sociedades una visión nueva sobre el ser humano y la sociedad en clave de desigualdad. En la segunda mitad del siglo XIX diferentes teorías racistas o asociadas al darwinismo social fueron calando entre la población. La colonización de parte de África y Asia y la interacción con sus habitantes otorgaron peso a estas percepciones de desigualdad y de superioridad de los colonos-conquistadores. El darwinismo social es una hipótesis acuñada por Herbert Spencer que aplicaba la teoría evolutiva de Darwin a parámetros sociales. De este modo, el ser humano estaría dividido en diferentes *razas*, siendo la raza blanca superior a las demás por su nivel de adaptación al medio. Cada raza estaría supeditada a unos rasgos físicos y psicológicos que marcarían su nivel de inteligencia, su altura o su gusto por el arte o la música, por poner algunos ejemplos. Por tanto, la raza blanca debía ser la superviviente y hegemónica en el mundo, desechando a los individuos menos aptos.

Estas teorías estaban presentes en la sociedad del siglo XX y, por supuesto, en el nacionalsocialismo. Para Hitler y los suyos la raza blanca tenía un exponente fundamental: los arios. La raza aria fue, según los preceptos acuñados en el siglo XIX, una comunidad de conquistadores que se extendió desde la India hasta Europa exportando su cultura y su lengua. Si bien, en el siglo XIX no existió ninguna prueba de la existencia de este supuesto pueblo si no que fue una hipótesis que intentaba responder a las similitudes que se encontraban entre las lenguas de oriente y Europa, sobre todo eslavas y germánicas. El nazismo comienza en los años veinte una meteórica carrera por demostrar que ese pueblo guerrero y de creadores son ascendientes de los germanos, como lo habían intentado antes los ingleses o los irlandeses. Esta vez, el entusiasmo de Hitler possibilitó esta creencia: se asimilaron los rasgos que pudieron tener los arios –altos, fuertes, de ojos azules y

rubios— con los alemanes y su supuesta facilidad para el arte y la creación. Además, se intentó otorgar una línea temporal entre este supuesto pueblo indoeuropeo y el Reich, a través de la supuesta simbología —como la esvástica— o la mitología —ocultismo, resurgimiento de la tribu, etc.—. Para los alemanes la raza aria se correspondía con la germanidad, que llegaría a través de los pueblos vikingos, bárbaros, suevos o alanos claros descendientes de los arios, según la teoría nazi.

El judío fue en el Tercer Reich la antítesis al hombre ario. Todos los supuestos rasgos asociados a la raza judía chocaban con la sociedad que planteaba el nacionalsocialismo. El sentimiento antisemita proviene de la tradición cristiana que les acusa del magnicidio del mesías, Jesús. A lo largo de la historia, los judíos han estado perseguidos, excluidos o marcados en los diferentes países europeos donde se asentaron. A finales del siglo XIX, surgió un nuevo antisemitismo asociado a elementos laicos relacionados con estereotipos de maldad y dominación mundial, que serían intrínsecos a su naturaleza predeterminada por la raza a la que pertenecía. Así, los judíos estarían intentando gobernar el mundo a través de la dominación capitalista y mercantilista. Estas afirmaciones se fundamentan en ensayos como *Los protocolos de los sabios de Sión*, una falsificación muy popular durante la primera mitad del siglo XX, donde se culpaba a los judíos de las revoluciones, las guerras o los desastres. Los «protocolos» eran supuestas medidas conspiratorias que estaban llevando a cabo los judíos para engañar al resto de comunidades y hacerse con el control mundial efectivo. Aunque en 1920 se descubrió su autoría por parte de la Ojrana (policía secreta zarista), el libro siguió siendo famoso en círculos antisemitas construyendo una imagen distorsionada de los judíos.



Extracto de *Los protocolos de los sabios de Sión*. A través de este texto se justificaron los pogromos contra los judíos que se sucedieron en Rusia desde principios del siglo XX. En una coyuntura de crisis social, política y económica como la que se vivió en la Rusia zarista, las teorías conspirativas asociadas a los judíos calaron en todas las esferas sociales. Aunque se supo de la falsedad del escrito, incluso hoy día siguen circulando entre ciertos sectores de carácter antisemita.

El nacionalsocialismo fue heredero directo de estas teorías que utilizó para crear su nación o comunidad excluyente de aquellos que no formaban parte de la raza aria. Para mantener la pureza de la raza, aquella que les llevaría al punto más alto de evolución, tuvo que desechar a millones de personas. Así, el darwinismo social fue algo más que un proyecto político, se convirtió en una forma de visión del mundo. A través de esta teoría se dio paso a la biología política y a la biología social, ambas políticas de corte positivista, que buscaban aplicar los medios científicos en las sociedades para que éstas evolucionasen de una manera más pura. La consecuencia lógica del darwinismo social fue la eugenesia. La eugenesia es la mejora biológica de los individuos, tomando una serie de medidas encauzadas a la «desaparición» o «extinción» de los menos aptos que empobrecen la raza, como un acto preventivo, a través de la esterilización o la búsqueda de la extinción.

Las características físicas o genéticas fueron determinantes, ya que consideran que los males sociales vendrían dados por individuos indeseables que podían ser identificados por sus rasgos faciales, e incluso su olor. La eugenesia, por su parte, es una fórmula para la protección de la raza una vez ésta se encuentra infectada, según las teorías darwinistas sociales. Cuando la raza se encuentra en peligro dado el número de agentes indeseables que se encuentran en ella, la única salida es la expulsión, discriminación y por último la exterminación.

Estos presupuestos eran populares en los países europeos durante los siglos XIX y XX. Cuando Hitler desempolvó las teorías raciales, éstas no eran nuevas para la sociedad, sino que formaban parte de algunos círculos culturales de los pueblos europeos y aún no habían acabado de desaparecer por completo. La revitalización de estos supuestos sirvió al Régimen para justificar los ataques discriminatorios, racistas o antisemitas que llevó a cabo para mantener a salvo la raza aria. Estos ataques no sólo fueron encaminados hacia la supuesta raza judía u otras supuestas razas también clasificadas como indeseables, como los romaníes, sino que le sirvió para perseguir a otros grupos que alteraban la raza, como los discapacitados, los homosexuales, los testigos de Jehová o los clasificados como antisociales. Dentro de este último grupo tenían cabida multitud de perfiles: cualquier persona que no mostrase la adhesión al nazismo o tuviese ideas contrarias al mismo podía estar dentro de este grupo. La importancia de la raza, la sangre y la comunidad fue la piedra de toque en el Tercer Reich. La defensa de la raza aria y de la comunidad *Volk* fue prioritario para el Régimen. Del mismo modo, estas teorías sustentaron la discriminación, encarcelamiento e incluso la exterminación de millones de personas que no se ajustaron al ideal político que defendió el nacionalsocialismo y por tanto, estuvieron en su punto de mira. Todos ellos formaron parte del enemigo, un concepto que mezcló parámetros reales con imaginarios, supeditados a la idea de que el contrario es aquel que no compartió sus ideales básicos, fueran estos culturales, políticos, morales o sociales.

EL ASCENSO IMPARABLE: DE WEIMAR AL REICH

Los orígenes del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei [NSDAP]), el Partido Nazi, se sitúan en Múnich en la posguerra de la Primera Guerra Mundial. En 1919, Anton Drexler junto con Gottfried Feder, Karl Harrer, Hermann Esser, Alfred Rosenberg y Dietrich Eckart fundaron el Partido Obrero Alemán (Deutsche Arbeiterpartei [DAP]). Su ideología se basó en teorías ultranacionalistas, etnicistas, pangermanistas y antisemitas. Este movimiento no fue nuevo sino que tuvo sus raíces en los partidos u organizaciones surgidos en Alemania de posguerra con tintes discriminatorios de corriente ultranacionalista excluyente, que buscaban suprimir la multiétnicidad que había caracterizado al Imperio alemán. Pretendieron, además, la unión de todos los germanos que estaban extendidos por Europa central en un sólo país, ya que la desintegración del Sacro Imperio Romano Germánico había diseminado a los germanos por varios puntos de la geografía europea, sobre todo en Austria.



Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Austria y desde su juventud asimiló teorías pangermanistas que florecieron a principios de siglo en determinados círculos sociales. Con el inicio de la Primera Guerra Mundial, se ofreció como voluntario para luchar en el ejército alemán y consiguió ser admitido en el contingente bávaro. Permaneció en el ejército hasta 1920.

En los primeros años, sus reuniones eran poco multitudinarias y el partido contaba con unos sesenta miembros, pero pocos meses después un joven excombatiente austriaco, Adolf Hitler, se integró en él cambiándolo por completo. La irrupción de Hitler en el seno del movimiento varió significativamente la situación, por su gran sentido de la oratoria y la maestría que demostró al usar la demagogia. En febrero de 1920, se concentró en Munich al grueso de los afiliados y se

formalizaron sus objetivos a través del manifiesto del Programa de los 25 puntos escritos por Drexler y Hitler, que incluyó propuestas pangermanistas: «la unión de todos los alemanes para constituir una gran Alemania»; de higiene racial: «debemos evitar la inmigración no alemana»; de ruptura con lo acordado por Versalles; o de corte seudosocialista y anticapitalista. Momentos después, el partido fue renombrado como Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei [NSDAP]).



Insignia del NSDAP. La esvástica que se representa en la insignia es una cruz con los brazos doblados en ángulo recto que gira a la derecha. Sus orígenes se encuentran en las culturas protoindoeuropeas que solían representar el poder del sol. El nacionalsocialismo lo toma como símbolo de la antigua tradición aria, aunque en ese momento se representaba mayormente en la India.

En 1923, el Partido junto con su brazo paramilitar intentaron un golpe de Estado, el *putsch* de la cervecería en Múnich, mediante el cual pretendieron llegar al poder en Alemania, para que el gobierno dejase de pagar la deuda de reparación de guerra a Francia. El golpe fracasó estrepitosamente y el NSDAP fue ilegalizado y sus dirigentes encarcelados bajo pena de alta traición. Durante su confinamiento, Hitler escribió su libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*) en el que plasmó todo su ideario político. El 20 de diciembre de 1924, se produjo la excarcelación de todos los implicados en el *putsch* en una mala maniobra del sistema Weimar de condonar la deuda a todos los presos políticos. El partido, ahora en manos de los hermanos Otto y Gregor Strasser y de Erich Ludendorff, adscritos al ala izquierdista, se encontraba en sus horas más bajas. Con la libertad de Hitler, este, henchido de poder y seguridad, batió a sus enemigos en el partido quedándose como mandatario

único. Un año después, en 1926, aplicó el principio del *Führerprinzip* (“principio del líder”) que supuso que toda la autoridad quedaba delegada de arriba abajo. Con este sistema, que se trasladaría después al régimen político nazi, Hitler consiguió el poder efectivo de todos los cuadros del partido dejándoles sin opción a réplica. Su maniobra le situó como líder único e indiscutible y su criterio se impuso al de cualquier otro.

Aunque la estrategia de Hitler en la década de los veinte era efectiva, la andadura general del NSDAP en las elecciones parlamentarias había sido prácticamente catastrófica hasta el crack de la Bolsa de 1929. En las elecciones de mayo de 1928 contaban con doce diputados en el Reichstag, con el 2,6 % de los votos, mientras que en las de septiembre de 1930, los nazis obtuvieron 6,4 millones de votos, 107 escaños, siendo el segundo partido más votado en Alemania. El sentimiento de inestabilidad económica y política que sufrió la República de Weimar, aún no afianzada por completo, explica este cambio en la conducta de los votantes. El NSDAP contaba en ese momento con más de cien mil afiliados y muchas simpatías entre los agricultores y pequeños comerciantes que veían su economía resentida y se dejaban seducir por la propaganda demagógica que les ofrecía el partido de la mano de Joseph Goebbles. Los elementos de prosperidad y estabilidad que prometían Hitler y los suyos otorgaban confianza tanto a pequeños comerciantes como a grandes inversores que financiaban al partido y a su brazo paramilitar, las SA. A partir de este momento el ascenso del Partido Nazi fue imparable. Mientras el sistema de Weimar se colapsaba –en 1932 había en Alemania un tercio de la población en paro, además de una gran crisis política y social que se plasmaba en la calle a base de violencia, revueltas y manifestaciones– el nacionalsocialismo iba ganando adeptos. El 31 de julio de 1932, el NSDAP ganó las elecciones obteniendo 13,7 millones de votos, pero, aun así, no tenía suficientes apoyos para hacerse con el control efectivo del Parlamento y Franz von Papen siguió en el poder por elección del presidente Paul von Hindenburg. La presión política a partir de esta victoria fue inusitada: la coerción social a manos de las SA fue hábilmente asociada a la violencia comunista y los partidos de ultraderecha, vapuleados, vieron cómo sus votantes comenzaron a apoyar a Hitler de manera rotunda. El sistema Weimar y la sociedad alemana eran una olla a presión a punto de estallar.



El incendio del Reichstag el 27 de febrero de 1933 por las fuerzas nazis. El incendio, fruto de la conspiración nazi, fue un punto de inflexión en el Estado alemán. La amenaza de la llegada del comunismo posibilitó que Hitler amalgamara gran poder en aras de la defensa de la supuesta democracia.

En vista de los acontecimientos, el presidente Von Hindenburg decidió entregar a Hitler la Cancillería para que formase gobierno con Von Papen como vicepresidente, como medida de control al Partido Nazi. El momento había llegado, Hitler fue nombrado canciller de Alemania el 30 de enero de 1933. El NSDAP en el gobierno era imparable pero aún no contaban con mayoría suficiente para lograr sus objetivos ni con fuerzas de asalto eficaces contra la República como para saltarse sus normas. Sólo unos meses después, el 27 de febrero de 1933, los servicios secretos nazis idearon el incendio del Reichstag perpetrado por las SA, las SS y la Gestapo pero enmascarado como un intento de los comunistas para destruir el poder político alemán. Valiéndose del temor a una revolución comunista, Hitler convenció a Von Hindenburg de la conveniencia de constituir el estado de excepción. Con esta maniobra, el Partido Nazi tuvo el poder suficiente para crear los primeros campos de concentración donde internó a la disidencia comunista, socialista o pacifista, cifrándose los detenidos en más de cuarenta y cinco mil personas.



Hitler dando uno de sus famosos discursos en el Reichstag. La oratoria de Hitler ha sido célebre en Alemania y fuera de ella. Sus discursos, llenos de demagogia, solían despertar en el público todas las emociones posibles, desde el odio hasta el orgullo nacional.

El camino hacia la jefatura del Estado estaba cada vez más cerca. Con Alemania en estado de excepción la inestabilidad era cada vez más sonora. Finalmente, Hitler consiguió que el anciano Hindenburg convocase elecciones el 5 de marzo de 1933. El objetivo del austriaco fue claro: conseguir la mayoría absoluta y dominar el Parlamento sin la mirada constante de Von Papen. La campaña electoralista del partido fue brutal, en ella Hitler aseguró que no dejaría el poder aun con la pérdida de las elecciones, además prometió eliminar a los socialistas y reavivar el ejército. Aún con un clima tan inestable, el NSDAP no consiguió sus objetivos, quedando relegado a pactar con las fuerzas conservadoras pero consiguió sacar adelante la Ley «para aliviar las penurias del pueblo y del Reich» o ley habilitante mediante la cual Hitler tomaba el poder legislativo por un período de cuatro años. El 1 de abril de 1933 se legislaron las primeras medidas contra los judíos y en abril se reorganizó la fuerza de la policía política a sus órdenes, la Gestapo. El 2 de agosto de 1934, el presidente Hindenburg falleció y Hitler asumió el cargo de Jefe de Estado y comandante de las fuerzas armadas. Alemania había caído ante el nacionalsocialismo y Hitler llevó su proyecto político a término a través del *Gleichschaltung* ('coordinación'). La coordinación supuso la absorción del Estado y la sociedad por parte del Partido Nazi: eliminando a la disidencia, estableciendo la dictadura de partido único e imponiendo los valores sociales, morales y políticos al resto de la sociedad a través de una ingente propaganda y unos fuertes mecanismos de coerción social. La cúspide fue el plebiscito de 19 de agosto de 1934 mediante el cual Hitler asumió todo el poder como *Führer* ('caudillo') de Alemania. Comenzaba una nueva era, la del Tercer Reich, aquel que cambió el mundo.

El espíritu de la Gestapo: policía y política

La libertad es un lujo que no todos pueden permitirse.

Otto von Bismarck

Con Hitler a la cabeza de la Cancillería alemana, el 26 de abril de 1933 se crea la Geheime Staatspolizei (Policía Secreta del Estado), a través de la estructura de la Policía Política Prusiana que operó en Alemania desde mediados del siglo XIX. Conocida por su acrónimo, Gestapo, la Geheime Staatspolizei fue uno de los instrumentos represivos más importantes creados en el Tercer Reich. Entre sus principales actividades estaban la investigación y represión contra cualquier tendencia peligrosa para el Estado, es decir, cualquier sabotaje, conspiración o traición debía ser investigada y eliminada. Su misión reportó grandes beneficios al Régimen y, pronto, se le otorgó un mayor poder que la situó por encima del Estado, las instituciones e incluso el propio Partido Nazi.

Das vorstehende, vom Preußischen Staatsministerium
beschlossene Gesetz wird hiermit verkündet:

Berlin, den 26. April 1933.

Für den Reichskanzler.

Pres. Min. Präsident ~~by Hitler~~
Göring

Acta de creación de la Gestapo el 26 de abril de 1933. La firma tachada pertenece a Hitler que la firmó primero aunque las leyes de Alemania estipulaban que era el ministro Hermann Göring quien debía hacerlo. No se redactó de nuevo.

En el inconsciente colectivo, la Gestapo reza como la maquinaria más perfecta utilizada por un gobierno para preservar el orden y vigilar a su población. La organización fue sinónimo de omnipresencia y sólo pronunciar su nombre inspiraba terror entre la población, alemana y europea, de la época. Bajo su mirada, la ciudadanía debió ser cautelosa con sus opiniones, actos o incluso, amistades. Incluso hoy día, la Gestapo, es símbolo de coerción, control y terrorismo de Estado como la encargada de llevar a cabo el control permanente de la población en el Tercer Reich, uno de los estados más violentos del mundo. No obstante, Alemania no fue la única que contó con una policía política que fiscalizó las actitudes de su población. La realidad es que casi todos los estados europeos de la época contaban con informadores que investigaban conspiraciones, posibles revoluciones o sabotajes, dentro o fuera de sus fronteras. La Primera Guerra Mundial había impactado de lleno en los países, tanto participantes como observadores directos, impregnando la violencia en la sociedad. La muerte y las prácticas violentas tomaron un papel preeminente en el espectro social, incluyendo la faceta política. Este cambio de perspectiva tuvo que convivir con las nuevas tendencias políticas que buscaban ostentar el poder por cualquier vía incluyendo la violencia. El pensamiento general fue que el comunismo, el fascismo, el anarquismo u otras tendencias tenían algún tipo de raíz extranjera que intentaba dominar el país. Por ejemplo, encontramos que casi todos los partidos comunistas europeos estaban apoyados por la Unión Soviética (URSS), por tanto el auge del partido comunista en un país era percibido como un intento de Moscú por dominar dicho país.

A todo ello se suma que, en ese momento, existió una mayor parte de los individuos con un interés por la política que en contextos anteriores y que no pudieron expresar su descontento, en general, por métodos legales. Así, la disidencia no sólo se concibe como un miembro de un movimiento político o social, sino que comienza el auge de la doctrina de la guerra total, propuesta por el politólogo Carl Schmitt a principios de los años treinta, en la cual cualquier muestra de desacuerdo se considera

oposición. La guerra total implica vencer al enemigo en todos los campos de actuación ya que el enemigo no es aquél militar o político que amenaza la nación, sino cualquier persona patria o extranjera que atenta de manera directa o indirecta contra el orden establecido, con una actitud moral, política, social o incluso religiosa o de cualquier otra índole.

Sobre estas perspectivas se asentaron las policías políticas u otras organizaciones análogas de la etapa de entreguerras. El MI5 británico o la OVRA italiana tuvieron un objetivo común: eliminar cualquier peligro para el Estado y seguir ostentando su soberanía, fuese ésta más o menos legítima. En este punto se inserta la Gestapo que, a través de un estado fascista como el nazi, consiguió adelantar en poder, capacidad y autonomía a cualquier organización similar de su época. Para comprender la dimensión de la Gestapo, sus actuaciones y poder es necesario repasar los antecedentes históricos que la preceden y compararla con otras organizaciones similares que nos aporten otras miradas de vigilancia por motivos políticos, resaltando sus semejanzas y diferencias.

CAZA DE BRUJAS EN EUROPA: EL TIEMPO DE LA PERSECUCIÓN POLÍTICA

Como hemos estado repasando con anterioridad, la desconfianza del gobierno para con sus súbditos suele llevar a la politización social. Hubo multitud de organizaciones basadas en la investigación y eliminación de la oposición política o social en la primera mitad del siglo XX. Los casos de Alemania o Rusia son fundamentales por su violencia y poder, pero también debemos observar las actuaciones de otras policías políticas que operaron en la sociedad de entreguerras. Estas organizaciones tuvieron diferentes sistemas de actuación según el país en el que se crearon. Normalmente, el entramado de policía política tuvo carácter secreto para introducirse entre los elementos de oposición, detectarlos y eliminarlos. El secretismo fue fundamental para derrocar diferentes movimientos políticos y sociales que comenzaban a proliferar entre los diferentes estados en la posguerra mundial. Para lograr sus metas, las policías políticas no dudaron en ejercer la fuerza contra sus objetivos, y así mismo la oposición no dudó en enfrentarse de manera violenta al Estado. La violencia política, por tanto, determinó las interacciones entre el Estado y la disidencia durante el siglo XIX y principios del siglo XX. Este caldo de cultivo penetró en las culturas políticas decimonónicas que encontraron en la violencia política una forma más de ejercicio y mantenimiento del poder. No obstante, la utilización de la violencia política no fue en línea ascendente durante el siglo XIX, sino que se conformó a través de las necesidades políticas de los diferentes estados europeos pero un individuo de principios del siglo XX podría observar como «habitual» la eliminación de la disidencia por la vía violenta, máxime cuando la Primera Guerra Mundial brutalizó aún más la sociedad europea.

Cuando Hitler llegó al poder, necesitaba mantener el control sobre sus propios ciudadanos, adoctrinarlos bajo su ideología e impedir todo tipo de opiniones encontradas, oposiciones o ataques al Régimen. Este tipo de prácticas suelen darse en estados policiales como el nazi en el cual el gobierno o las instituciones no se fían de sus propios súbditos. Si bien, la línea entre los países que podemos denominar democráticos y los estados fascistas o parafascistas, respecto a sus prácticas de control político y social, puede ser difusa. No sólo la Gestapo sembró el terror durante el nacionalsocialismo. Otras organizaciones, otros países establecieron controles similares a sus ciudadanos. El miedo de los estados a ser parte de conspiraciones nacionales o extranjeras prendió en los gobiernos para crear o revitalizar instituciones de investigación y eliminación de actitudes políticas o sociales. No se pretende con esta comparativa establecer una similitud intensa entre la Gestapo y, por ejemplo, el MI5 británico; la propuesta es presentar las prácticas de otras organizaciones para contextualizar e identificar con mayor solvencia las peculiaridades de la Geheime Staatspolizei. Para ello hemos seleccionado una serie de países con tendencias políticas diversas que podrán aportarnos un marco general de la situación de las policías políticas secretas en la Europa de Entreguerras.

Represión fascista: La OVRA de Mussolini

El Estado fascista italiano, bajo el mando de Benito Mussolini, fundó la Organización para la Vigilancia y la Represión del Antifascismo (Organizzazione per la Vigilanza e la Repressione dell'Antifascismo [OVRA]) para proteger sus intereses políticos. La estrategia para la creación de una policía política fuerte vinculada al partido y con jurisdicción propia, el Tribunal Especial, devino de la falta de control que el Régimen tuvo con las instituciones históricas italianas, como el ejército, que pudieron formar oposición política.

Cualquier persona o grupo que atentase contra el fascismo o no lo apoyara de manera contundente pudo ser investigada, detenida, amonestada o ejecutada. La OVRA ejecutó a un número reducido de personas, pero las detenciones por subversión fueron muy numerosas. Alrededor de diez mil personas estuvieron en régimen de «residencia vigilada» en zonas del sur del país o en pequeñas islas, en muchas ocasiones sin juicio previo. El poder de esta organización fue tan eficaz que la amenaza de persecución fue suficiente para que muchos individuos, sobre todo con delitos menores, cesaran en sus actividades y volvieran a casa con una amonestación. El sistema de delación fue mucho más cercano a la Gestapo que a otras organizaciones: la población ayudó a la OVRA a descubrir elementos subversivos o actuaciones peligrosas para el mantenimiento del estado fascista. Al final del proceso, con el acercamiento a la Alemania hitleriana, la OVRA comenzó a perseguir a enemigos de la raza como judíos o gitanos pero con mucha menos incidencia que en el país germano. Aun así, muchos tuvieron que ser deportados a campos de exterminio como parte de plan de eliminación de las razas inferiores en Europa que propugnó el nacionalsocialismo.

Parafascismo y estado en Portugal: el PVDE

El *Estado Novo* se estableció en Portugal de la mano de Antonio de Oliveira Salazar en 1933, a través de la Constitución de ese mismo año. El nuevo régimen portugués respondió a un Estado cercano al fascismo, que sustituyó la dictadura militar que se instauró en Portugal en 1926. Pronto, se puso de manifiesto la necesidad de crear una policía política secreta que compaginara la investigación nacional e internacional para defender el nuevo orden político. En agosto de 1933, se creó la Policía de Vigilancia y Defensa del Estado (Policia de Vigilância e Defesa do Estado [PVDE]) que aunaba la vertiente de prevención y represión de actitudes político-sociales contrarias al Régimen, y la sección internacional que intervino en la protección de las fronteras nacionales y en el seguimiento de los extranjeros residentes en el país. En 1934, el PVDE asumió más funciones dentro del Estado destinadas a la eliminación de la disidencia política. Con el fin de detectar, detener, transportar y custodiar a los reos condenados por delitos político-sociales, se creó la sección de presos políticos y sociales. Sólo un año después, existían alrededor de mil personas detenidas por cuestiones políticas y a finales de los años treinta el número se había cuádruplicado. En 1936, se reorganizó el sistema penitenciario: los presos políticos, nacionales o extranjeros, fueron recluidos en «colonias penales en el extranjero» o encarcelados en centros especiales, donde fueron frecuentes las torturas, la miseria, el hambre y la desesperación. Una de las colonias más famosas fue la Colonia Penal de Cabo Verde en Tarrafal, donde se internó a cientos de personas. Los cambios en la actuación del PVDE vinieron por el comienzo de la Guerra Civil española que afectó de manera directa al *Estado Novo* y el atentado que sufrió el dictador Salazar en 1938 a manos de

fuerzas anarquistas. La lucha del PVDE se orientó hacia la lucha frontal ideológica, sobre todo contra el comunismo, reorganizó sus esfuerzos y redobló la represión contra portugueses y extranjeros. Estos pasos fueron apoyados por otros países afines a su política como Italia y Alemania que enseñaron a los agentes portugueses sus métodos. Las torturas fueron en aumento: quemaduras, palizas, detenciones sin ninguna legitimación jurídica y sobre todo se tuvo especial cuidado con los españoles que huyeron de la ira de Franco.

Al servicio de su majestad: el MI5, el servicio secreto de la democracia

Un estado democrático como el británico también contó con un servicio secreto de información política para la seguridad interior, en dependencia del Home Office (Ministerio del Interior británico). La historia de este cuerpo de seguridad resulta aún hoy confusa. Los archivos íntegros no han sido expuestos a la luz pública por motivos de seguridad nacional. Por ello, resulta difícil establecer una línea temporal definida. La fundación de la Oficina del Servicio Secreto británico se remonta a 1909, para llevar a cabo labores de vigilancia de las actividades políticas del Imperio alemán. Desde su creación, se dividió en dos secciones: una dedicada al contraespionaje internación y otra dedicada a la seguridad interior. En los albores de la Primera Guerra Mundial, tomó el nombre por el que es históricamente conocido, MI5 por tratarse de la Dirección de Inteligencia Militar de la Sección 5. Tras el inicio de la Gran Guerra fueron detenidos más de una veintena de supuestos espías alemanes y fueron investigados todos los alemanes residentes en Inglaterra por el MI5 y otras fuerzas de contraespionaje británico. En estas fechas, el mismísimo Benito Mussolini trabajó como agente encubierto a las órdenes de Londres. La actividad en fechas próximas a la Segunda Guerra Mundial fue intensa para los agentes del MI5. El comunismo y el fascismo eran enemigos muy poderosos que podían atacar a Gran Bretaña en cualquier momento. Los agentes, con gran experiencia en campo, tuvieron gran éxito en la tarea de detectar y reconvertir espías establecidos en Gran Bretaña para su propio beneficio. Esta estrategia del MI5 supuso grandes informaciones para ganar ventaja a sus oponentes políticos. Durante la Guerra, el orden cambió. Los británicos estuvieron aterrorizados por los continuos ataques alemanes y el miedo a los espías sembró Gran Bretaña. A partir de 1940 comenzaron a proliferar «Jaulas» o campos de concentración para retener prisioneros de guerra dentro de las fronteras de Gran Bretaña. Entre ellas, la Jaula de Londres en activa hasta 1947, albergó miles de prisioneros de guerra alemanes, italianos o japoneses, pero también civiles acusados de traición, espionaje o sabotaje. En este grupo se encontraron opositores políticos: comunistas, anarquistas e izquierdistas, entre otros. El MI5 fue el encargado de detectar a los posibles opositores y entregarlos, sin juicio previo, al M19, encargado de estas Jaulas. Los detenidos sufrieron hambre, frío, torturas y epidemias, algunos no sobrevivieron. Cruz Roja Internacional denunció a Inglaterra por violar la Convención de Ginebra de 1929 y pidió la entrada en las Jaulas para observar la calidad de vida de los presos, que, según el informe de Cruz Roja, fue deplorable.

NKVD, la represión de Stalin

El Comisariado del Pueblo para asuntos internos (Naródný Komissariat Vnútrennij Del [NKVD]) operó en la Unión Soviética estalinista como vigilante de los asuntos internos. Heredero del sistema ruso, tuvo dos antecedentes claros: la Ojrana decimonónica y la Cheká del primer período bolchevique. Ambas fueron policías políticas de referencia mundial por el gran poder que acaudalaron y sus brutales métodos de investigación, detención y ajusticiamiento. El NKVD tuvo funciones generales de investigación criminal, recopilación de información de inteligencia y contrainteligencia, dentro y fuera de las fronteras rusas, así como de seguridad de miembros destacados del partido. Además, se encargaron del control de los temidos Gulags donde millones de personas fueron confinadas, torturadas y asesinadas. Durante la Segunda Guerra Mundial, los mandos del NKVD sólo debían responder ante Beria y Stalin, por tanto cualquier mando del ejército pudo ser investigado. Este punto tuvo como base las distintas intrigas que se urdieron para derrocar a Stalin y sus adeptos. El NKVD investigó y depuró al ejército y al partido por estos supuestos hechos. Las actuaciones de esta organización han sido objeto de la mayor crítica hacia el sistema de la Unión Soviética. Durante la «desestabilización» se probó que esta organización, bajo las órdenes del mismo Stalin, había llevado a cabo grandes crímenes de lesa humanidad contra adversarios políticos, creación de pruebas falsas para incriminar a varias personas, violación de derechos de ciudadanos rusos y extranjeros y actuación fuera de la ley vigente en la Unión Soviética. El NKVD fue, sin duda, una de las organizaciones más temidas durante el período de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial. Bajo su mirada no hubo piedad para cualquier ciudadano ruso o extranjero. Su brutalidad ha sido reconocida internacionalmente y sólo ha sido comparable a las actuaciones de su homóloga alemana, la Gestapo.

De los modelos presentados podemos dilucidar que las prácticas que llevaron a cabo las diferentes policías políticas tuvieron algunos puntos en común y multitud de diferencias. La forma de proceder, los derechos de los investigados o la calidad de la investigación difieren en unos países y otros. La diferencia fundamental que presenta la Gestapo, con respecto a otras organizaciones similares en su época, radica en el gran poder que llegó a acumular gracias al sistema estatal creado y a las propias pugnas internas del nacionalsocialismo. La Gestapo estuvo por encima de cualquier ley o control estatal actuando como un elemento autónomo que no se debía a ningún ministerio ni administración. Con este inmenso potencial, la policía política, fue utilizada en multitud de ocasiones para el ostracismo de algunos miembros del gobierno o del partido, así como funcionarios o personalidades relevantes de Alemania, que se antojaban incómodos para el régimen nazi. Su brutalidad y arbitrariedad no conoció límites y bajo su mando millones de personas fueron torturadas o asesinadas. Sólo un sistema como el ruso, en manos del NKVD, pudo asimilarse a las actuaciones tan brutales como las que tuvo la Geheime Staatspolizei.

POLICÍA POLÍTICA E HISTORIA. LOS ANTECEDENTES DE LA GESTAPO

La Real Academia Española de la Lengua recoge como primera acepción del término *policía*: «cuerpo encargado de velar por el mantenimiento del orden público y la seguridad de los ciudadanos, a las órdenes de las autoridades políticas». El significado, entendido aún hoy, evoca una indistinción con el término política, al enaltecer el orden público o «bien común» al servicio de la autoridad política. Por tanto, la línea que divide un sistema policial de un sistema policial político es bastante difusa por las condiciones etimológicas que presenta el término. Además, la policía no puede entenderse únicamente como un ente de aplicación del derecho en la sociedad, sino como un poder en sí mismo cuya filosofía se encuadra entre el poder que crea el derecho aplicable y el poder que conserva ese derecho. Con estas bases, podremos dilucidar la importancia y el poder de la policía en los diferentes contextos históricos que vamos a tratar más adelante.

En los primeros albores de los estados europeos, los ideólogos de la policía crearon para ella un entramado de funciones encaminadas a controlar y gobernar la sociedad a través del derecho administrativo. Más tarde, cuando los estados comenzaron su etapa moderna, la función policial se orientó hacia la conservación de las estructuras estatales propias. Se suelen recoger tres tradiciones de desarrollo policial como modelo: la tradición francesa que implanta un policía al «servicio del Estado»; la tradición anglosajona, más cercana a preservar estructuras comunitarias a través de policía urbana y el sistema alemán o *Polizeiwissenschaft* (ciencia policial), cercano al francés, que hunde sus raíces en un entramado filosófico centrado en potenciar el poder del Estado. Fue esta doctrina la que influyó en la creación de las diferentes ramas policiales en Alemania.

A su vez, la persecución por motivos políticos tiene un largo recorrido en la historia de las sociedades organizadas siendo el siglo XIX el antecedente más claro de represión por motivos políticos. No debemos olvidar que el estado liberal decimonónico tuvo como máxima el uso legítimo y exclusivo de la violencia, pero también tuvo la posibilidad de ilegalizar o no las acciones violentas, de oposición o reclamo que se produjeran en su jurisdicción. Cualquier respuesta política o social al gobierno o al Estado podía percibirse como ataque directo a este. A todo ello se suma que, en la primera mitad del siglo, las diferentes revoluciones –1820, 1830 o 1848– precipitaron cambios políticos sustanciales en los países donde se realizaron. A raíz de esta experiencia, los gobiernos comenzaron a vigilar a su población de manera más directa y precisa a través de la policía, militares u otras organizaciones, que ostentaban el uso de la violencia legítima. En el caso alemán, la ciencia policial se desarrolló con especial incidencia en Prusia. Desde los inicios del estado prusiano la organización policial tuvo un intenso interés teórico y práctico. De los tres modelos comentados anteriormente, el prusiano es el que más se acerca a lo que podemos denominar un modelo de «estado policial». Las condiciones de Prusia, con un vasto territorio por gobernar, influyeron en la policía que necesitaba aplicar ciertas técnicas de poder para garantizar la gobernabilidad. Si bien, en la segunda mitad del siglo XIX el conjunto policial se orientó hacia una práctica mucho más cercana a la policía urbana, no se dejó de lado su vertiente garante del poder político.

De hecho, en Prusia, surgió una sección de la policía para investigar los delitos de carácter político, la Policía Política Prusiana o policía secreta (Preußische Geheimpolizei). Junto con la policía política zarista, la Ojrana, fueron pioneras en nuevas técnicas en el campo de la vigilancia secreta y la eliminación de la oposición política. Estas dos organizaciones fueron las de mayor relevancia en el ámbito europeo de su época, y sus prácticas fueron extendiéndose paulatinamente en el resto de países europeos. Por tanto, la Ojrana y la Geheimpolizei fueron muy importantes como base de las policías políticas del siglo XX, sobre todo porque gozaron de una relativa autonomía del Estado pudiendo llevar a cabo actuaciones al margen de la ley o el control estatal. Por ello no es de extrañar que Alemania y Rusia fueran el gran referente en cuanto a policía política en la Europa de entreguerras.

El antecedente: Geheimpolizei y la persecución de la oposición

Como apuntábamos, la Policía Política Prusiana o policía secreta (Preußische Geheimpolizei [PGP]) se forjó, en noviembre de 1848, como respuesta a los disturbios y pugnas políticas que se originaron en los territorios alemanes durante la Revolución de 1848. Su función consistió en la vigilancia de la vida política y la persecución de la oposición. La observación del orden incluyó la eliminación de cualquier conducta considerada peligrosa para el mantenimiento del Estado prusiano, a través de la máxima de prevención del delito. El rey Federico Guillermo IV de Prusia nombró a Karl Ludwig Friedrich von Hinckeldey, hombre de su confianza, director general de policía, y este facilitó la creación de una sección policial para vigilar y neutralizar a los que apoyaron la revolución en Prusia. Von Hinckeldey ostentó un gran poder que le permitió operar con independencia del Ministerio del Interior prusiano y con prácticas que en ocasiones se encontraban fuera de la legalidad vigente. En el ámbito nacional, la labor de la PGP consistió en recopilar información de los posibles agentes peligrosos para el Estado nacional o asentados en Prusia, contratar informadores, infiltrarse en grupos de presión, detener, eliminar y obtener información de los agentes subversivos, así como controlar la prensa y las organizaciones populares, o cualquier núcleo de poder más o menos organizado.

A luz de los acontecimientos convulsos tras el proceso revolucionario, la Geheimpolizei extendió sus actuaciones al ámbito internacional, sobre todo a núcleos de Londres y París, donde creyeron que se consumaban conspiraciones para derrocar al Estado prusiano. Los agentes se infiltraron en varios grupos sospechosos de alimentar las ideas revolucionarias o se hicieron pasar por exiliados políticos en busca de pistas sobre posibles sabotajes o conspiraciones. En definitiva, el gran logro de esta nueva sección policial fue el de mantener un equipo de espías con una alta experiencia y calidad. Hasta el momento, los investigadores no habían sido personal cualificado, sino meros aficionados o informadores puntuales. Por ello, cuando la Policía Política Prusiana contrató a antiguos miembros de la policía o la gendarmería para el cargo, el nivel de eficacia se disparó. Además, los métodos utilizados variaron cualitativamente: la PGP no tuvo ninguna restricción ni control estatal para recabar información y eliminar la disidencia, dentro y fuera de sus fronteras.



Retrato del rey Federico Guillermo IV de Prusia. Durante su reinado, cedió el poder a Otto von Bismarck derribando las intenciones liberales de la Revolución de 1848.

Entre los grandes procesos llevados a cabo por la PGP en la etapa monárquica, es célebre el proceso contra los comunistas en Colonia, en 1852. Agentes encubiertos incriminaron, con pruebas en parte falseadas, a la Liga Comunista de Colonia como participantes en la Revolución de 1848. La Liga Comunista ostentaba altas cotas de poder en la década de los cincuenta y fue participante en la extensión del comunismo, por lo que fue un objetivo claro del gobierno prusiano. El proceso comenzó en 1851, cuando se identificó a los miembros y simpatizantes de la Liga, incluso en países extranjeros. Alrededor de veinte personas fueron identificadas y señaladas por delitos de conspiración y alta traición, como impulsores del levantamiento revolucionario en Colonia, con pruebas falseadas por la PGP. Entre otras falsedades, se acusó a personas que no habían pertenecido al movimiento comunista pero que sí pertenecieron a partidos políticos democráticos o liberales; se creó documentación sobre una falsa conspiración y se consiguió alguna confesión por métodos ajenos a la ley. El proceso contra la Liga Comunista fue muy sonado en la época y supuso un golpe de efecto para los miembros de la PGP que se ganaron la simpatía del pueblo y del gobierno.



Dibujo del proceso contra los comunistas de Colonia de 1852. El proceso fue uno de los más fuertes contra miembros del Partido Comunista en toda Europa llevado por el miedo que esta ideología sembraba en muchos núcleos de poder. A su vez, fue un gran triunfo de la PGP que comenzó a ser considerada un arma potente para la monarquía alemana.

Otro de los grandes asuntos en los que estuvo implicada la PGP ocurrió durante la etapa del Kulturkampf (Lucha por la cultura) en el Reino de Prusia. La pugna entre el canciller Von Bismarck y el papa Pío IX supuso una lucha que comenzó en 1871 y que duró más de una década. La lucha no sólo afectó al gobierno, sino que el intento de reorganización de las relaciones Iglesia-estado se extrapoló a la sociedad. Los agentes de la Geheimpolizei redoblaron sus esfuerzos contra la Iglesia católica, sus organizaciones y adeptos. En 1871, se promovió la Ley Imperial mediante la cual la Iglesia católica debía respetar la paz pública. De este modo, la Iglesia pasó a ser un objetivo para la PGP por las posibles conspiraciones que pudiesen urdir. Se llevó a cabo un fuerte método de vigilancia por parte de todas las fuerzas policiales, sobre todo por agentes de la Geheimpolizei, contra la Iglesia católica. En la lista de la PGP figuraban miles de nombres de supuestos opositores. Durante el proceso, fueron detenidos mil ochocientos eclesiásticos, en su mayoría jesuitas, expulsados en 1872, denunciados por atentar contra la soberanía del Estado.

Durante la etapa republicana, la investigación por motivos políticos continuó. En este momento, las condiciones fueron diferentes: la defensa de una democracia frágil y poco consensuada como fue Weimar, hizo redoblar los esfuerzos para neutralizar la oposición. Los objetivos fueron desde partidos monárquicos hasta las fuerzas de extrema izquierda. En 1925 la Policía Política Prusiana cambió su nombre a División I A, subordinada a la policía estatal y bajo la dirección del Ministerio del Interior que expandió su jurisdicción paulatinamente. En este momento, contaba con más de mil agentes y gran cantidad de recursos para el trabajo de campo. Sin embargo, la labor se orientó más a la búsqueda de información que a las detenciones reales. En fechas finales de la República los esfuerzos de la policía política, al igual que de otras organizaciones de inteligencia alemanas, se orientaron hacia la prevención de las actuaciones del Partido Nazi. Aunque en la práctica no pudieron destruir el partido, la policía política estuvo tras sus pasos e incluso llegó a infiltrarse en pequeños grupos locales vinculados al NSDAP.

Finalmente, en 1933, la Gestapo asumió la misión de la Policía Política Prusiana cuando el nacionalsocialismo llegó al poder. La nueva organización copió alguno de los métodos utilizados por la antigua Geheimpolizei, e incluso se valió de algunos de sus agentes e informadores. La independencia de las instituciones que tuvo la Gestapo bebió directamente de la PGP en tiempos de la monarquía, cuando no estaba sujeta a ningún control estatal. Sin embargo, la Gestapo, de la mano del nacionalsocialismo, fue más allá que cualquier otra organización similar en la historia, quizá con excepción del sistema ruso, con la persecución, tortura y exterminio de millones de personas.

LEY Y ORDEN EN EL TERCER REICH

Mientras que en el siglo XIX las fórmulas de control fueron dirigidas hacia destacados militantes de un partido o idea política concreta, la entrada de la política en la vida de gran parte del espectro poblacional puso en tela de juicio a mayor número de personas. La sociedad de principios del siglo XX tuvo un mayor acceso a la política del momento, sobre todo arrastrada por las grandes identidades políticas colectivas en auge –comunistas, fascistas, demócratas, anarquistas, etc.– por las cuáles el individuo se identifica por encima de su voluntad e interés particular. A todo ello se suma el establecimiento férreo de unos medios de información y una gran maquinaria de propaganda que facilitaban la difusión de ideas más allá de las altas esferas intelectuales. Una de las grandes preocupaciones de los Estados de entreguerras fue la conspiración nacional o internacional que pudieran llevar a cabo distintos grupos que desearían la dominación mundial (judíos, masones, comunistas, entre otros). Las experiencias de cambios de gobierno o de organización estatal, a través de la fuerza o la violencia, crearon un peligro latente en todos los países de occidente. Para preservar la seguridad del Reich, se organizó todo un entramado institucional y administrativo encargado de vigilar, investigar, detener, torturar e incluso asesinar a todo elemento de oposición directa o indirecta.

Proscritos, enemigos públicos del nacionalsocialismo

El proyecto nazi concibió una serie de reformas encaminadas a eliminar cualquier disidencia interna o externa. La creación o refuerzo de varias organizaciones que garantizaran la supresión de la libertad individual, como justificación del interés general, fue una de las principales ocupaciones en los primeros meses del nuevo gobierno de Alemania. Para ello, señaló a una serie de objetivos caracterizados como individuos indeseables o criminales por motivos políticos, sociales, religiosos o de otra índole, en definitiva, proscritos. La condición de proscrito civil y político es un término destilado de las pugnas políticas de la antigua Roma donde era habitual fijar una serie de listas públicas y oficiales de enemigos del Estado. La proscripción incluía la reclusión, la incautación de bienes, el destierro o la eliminación. A través de los siglos, ha sido habitual etiquetar a una persona, grupo u organización como proscrita, enemigos públicos por cuestiones de Estado. En el Tercer Reich se llevó a cabo una lista general de enemigos públicos y oficiales del Régimen que debían ser identificados, castigados y, en última instancia, eliminados.

En los primeros años del nacionalsocialismo fue necesario, en teoría, un informe, delación o sospecha para detener o investigar a un ciudadano. Sin embargo, debido a la amplitud de delitos que fueron susceptibles a ser considerados como ataque al Estado, en la práctica cualquier conducta sospechosa podía conducir a una detención, tortura o eliminación. Además, la condición de pertenencia a un grupo perseguido fue sólo una vía para la detención. En un estado total donde el nacionalsocialismo pretendió llegar a todas las cotas de la vida social, política, cultural, moral o

económica, ser tachado como enemigo del Reich fue relativamente fácil. En otras ocasiones, la Gestapo, el SD o las SS se valieron de informaciones imprecisas, sospechas poco fundadas o investigaciones fuera de contexto para atacar a personas que no encajaban con el ideal social que el nacionalsocialismo había creado. Así crearon un sistema mediante el cual todo ciudadano fue susceptible de ser detenido, interrogado y encausado por supuestos delitos contra la nación. Para estudiar las actuaciones del estado nazi es imprescindible señalar quiénes fueron sus enemigos, para conformar una visión general de la oposición.

Oposición política

A mediados de julio de 1933 el único partido que no estaba prohibido en Alemania era el Partido Nazi. Todos los miembros o simpatizantes de un movimiento político o sindical quedaron al margen de la ley. Por tanto, cualquier adhesión a una institución no nazi estaba castigada con la detención, encarcelamiento o la muerte. Entre todos los movimientos políticos, dos estuvieron en el punto de mira del Régimen por su importancia histórica y su poder nacional o internacional, que supusieron una oposición real al nacionalsocialismo: el partido comunista y el partido socialdemócrata. Estos dos grupos lideraron una red conjunta que intentó oponerse al nacionalsocialismo en primera instancia, y llevar información al exterior sobre lo que estaba ocurriendo en Alemania. Aunque la red no tuvo mucho éxito por la falta de coordinación y entendimiento entre los diferentes grupos, consiguieron mostrar al mundo lo que ocurría en la Alemania en los años de más absoluto oscurantismo internacional.

La amenaza comunista fue una constante desde la Revolución de 1917 en Rusia. El ascenso al poder del partido comunista en un país clave de la geopolítica internacional trajo el temor de un levantamiento similar en otros países. El comunismo se percibió como un enemigo por su condición de extranjero, opuestos al nacionalismo y esclavizados por las órdenes de Moscú, con un componente de dominación mundial similar o unido, dependiendo de las interpretaciones, al movimiento sionista. El Partido Comunista de Alemania (Kommunistische Partei Deutschlands [KPD]) fue el más importante en toda Europa y constituyeron la oposición real cuando el Partido Nazi ganó las elecciones. En marzo de 1933 el KPD fue declarado ilegal y sus militantes ejecutados o encarcelados en los primeros campos de concentración que se formaron en la Alemania nazi. Aun así, el KPD continuó en secreto intentando restablecer un grupo de oposición consistente hacia el nacionalsocialismo. Incluso después del pacto germano-ruso de 1939, la intensidad de la persecución no cesó: siguieron siendo vigilados de cerca por el Estado e incluso la Gestapo se infiltró entre sus filas desmantelando pequeños núcleos de resistencia.

En el caso de los socialdemócratas, el Partido Socialdemócrata de Alemania (Sozialdemokratische Partei Deutschlands [SPD]) es un partido histórico en el país que amplió sus apoyos durante la República de Weimar. El SPD, a principios de los años treinta, obtuvo cinco millones de votantes en Alemania. La persecución de este grupo se remonta a la Ley antisocialista de 1870 cuando varios miembros del partido fueron acusados de alta traición por el escaso apoyo mostrado en la guerra franco-prusiana. La enemistad con el Partido Nazi se acentuó cuando éstos alcanzaron mayor presencia política en el país. El SPD organizó manifestaciones y protestas en contra del partido de Hitler desde la creación de este por considerarles fascistas, antisemitas y

antidemocráticos. En julio de 1933 el partido socialdemócrata fue declarado ilegal y se forzó su desaparición. Un pequeño núcleo organizó una resistencia interior con sede en Berlín pero el grueso del partido fue encarcelado, ajusticiado u obligado al exilio. La resistencia intentó luchar contra el Régimen y establecer lazos con las potencias democráticas pero la Gestapo les siguió la pista e incluso se infiltró en pequeñas células berlinesas eliminándolas casi por completo.

Movimientos de trabajadores, ciudadanos, estudiantes y funcionarios

En la República de Weimar proliferaron diferentes grupos, asociaciones o movimientos con carácter político, social o cultural. Todas las organizaciones que no admitieron la doctrina nazi fueron eliminadas o perseguidas. Algunos de estos grupos estaban vinculados al comunismo, la socialdemocracia o el pacifismo. Sin embargo, otras simplemente atentaban contra la moral y la política que propugnaba el Reich o no estaban de acuerdo con el nuevo rumbo que estaba tomando Alemania. Vamos a repasar a continuación algunas de estas asociaciones para establecer un marco general de lo que supuso su oposición:

- Los obreros tuvieron una especial relación con el Régimen: por un lado, el sistema nacionalsocialista tomó medidas encaminadas a mejorar sus condiciones de trabajo, ocio y vida familiar, pero a su vez encontró en ellos un gran foco de resistencia. El movimiento obrero había sido fuerte en Alemania en las épocas anteriores al régimen nazi pero la ilegalización de los partidos políticos y sindicatos había dinamitado la organización obrera. Todos los sindicatos debieron fusionarse en el sindicato nazi, el Frente Alemán del Trabajo (Deutsche Arbeitsfront [DAF]), además de confiscarse sus bienes y perseguir a los disidentes. El movimiento obrero independiente quedó reducido a pequeñas células de resistencia y cualquier tendencia sospechosa fue motivo de investigación, detención y enjuiciamiento.
- Las Juventudes Hitlerianas (*Hitlerjugend*) impregnaron en los niños y adolescentes alemanes el espíritu del nacionalsocialismo. Dependientes del partido, las Juventudes Hitlerianas absorbieron a todas las instituciones juveniles y su pertenencia se conformó como obligatoria para mayores de diecisiete años en 1936 (la edad cambió en 1941, estableciéndose en diez años). Sin embargo, existen varios ejemplos de organizaciones juveniles ajenas a las Juventudes, sin ningún significado político claro pero de enorme rechazo al Régimen. Los llamados Chicos del Swing o los Chicos del Jazz fueron pequeños grupos de jóvenes que se unían para escuchar este tipo de música, desaprobada en el Reich por su condición de extranjera. El trasfondo es el cambio que estos grupos pedían al Estado: disfrutar de una adolescencia alejada de la política, la ideología o la guerra. Las organizaciones fueron finalmente descubiertas y coaccionadas por la Gestapo y sus miembros detenidos y enjuiciados.
- Un grupo de resistencia contra el Régimen de carácter pacifista y que abogó por la oposición no violenta fue el denominado Rosa Blanca (Die weiße Rose). Un reducido grupo de estudiantes de Múnich, que no superaba los veinte años, crearon algunos panfletos llamando a la resistencia no violenta contra el Régimen en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Pronto, el movimiento caló entre los jóvenes de Alemania. Este grupo estaba basado en preceptos cristianos que rechazaban el militarismo y que señaló a Hitler como enemigo del ser humano. La Gestapo infiltró varios agentes en el grupo para desenmascarar a todos los enemigos del Reich adscritos

a este movimiento. Finalmente, en septiembre de 1943, los hermanos Hans y Sophie Scholl y Christoph Probst, fundadores de la Rosa Blanca, fueron juzgados y acusados de alta traición. El mismo día fueron guillotinado.

El Tercer Reich contra Dios

A principios del siglo XX, la mayoría de alemanes profesaban la religión cristiana y, por tanto, las iglesias en Alemania tenían un gran poder en el país. El nazismo es un movimiento escasamente religioso que se limitó a imponer su doctrina para que fuese difundida entre los fieles y a intentar contrarrestar el poder que tenían las Iglesias ante la ciudadanía. Por ello, las fricciones con las confesiones religiosas fueron una constante preocupación para el gobierno Nazi. En el caso de la Iglesia protestante, Hitler consiguió un modesto éxito al intentar imponer las teorías raciales en el discurso religioso protestante y católico. El sistema autonómico alemán permitió una relativa independencia de la Iglesia cristiana, acentuada por su gran influencia entre los ciudadanos. En 1933 se crea una norma de unificación eclesiástica que centralizó las iglesias en la denominada Iglesia del Reich, con una nueva constitución religiosa. Estos pasos dificultaron la relativa autonomía de la Iglesia y frente a ello, se constituyó la Iglesia confesional que se enfrentaba a la enseñanza de la doctrina nazi, sobre todo en las políticas raciales, en los sermones religiosos. La Iglesia confesional fue perseguida por la Gestapo y más de ochocientos de sus miembros engrosaron la lista de los internos en campos de concentración. Sin embargo, Hitler no controló por completo el culto cristiano y poco a poco fue cediendo para no enfrentarse con los fieles de manera frontal.

La Iglesia católica tuvo un proceso mucho más sencillo en sus relaciones con el nacionalsocialismo. Como con otras dictaduras el Vaticano firmó un Concordato en 1933 con Hitler, bautizado en esta fe, para que los eclesiásticos católicos no se inmiscuyeran en temas políticos. Esta práctica, que fue habitual en regímenes similares al nazi, significó en última instancia el compromiso de la Iglesia a no interferir en los asuntos políticos del país, mientras que, en contrapartida, el Régimen estableció una serie de beneficios y una relativa independencia para la doctrina católica. Por parte de este grupo, Hitler encontró una ínfima oposición incluso cuando prohibió los crucifijos en las escuelas o se hizo con el control de la enseñanza eclesiástica. La Iglesia temió la vuelta a la represión vivida en el Kulturkampf, de la mano de la Policía Política Prusiana, ahora en manos de la Gestapo.

En cuanto a las minorías religiosas, el grupo más relevante fue el de los Testigos de Jehová. Esta asociación recibió el título de enemiga del Tercer Reich y fue ilegalizada en 1933. La negativa de este culto de seguir la doctrina nacionalsocialista, además de su vinculación con la doctrina de tradición semita, les costó la persecución masiva e implacable por parte de los funcionarios del Estado.

Enemigos de la raza, eugenesia en el Tercer Reich

El pilar ideológico más importante del nacionalsocialismo fue la higiene racial para la protección del *Volk*. La eugenesia, como proceso de selección de los más aptos, se llevó a cabo con gran virulencia desde el inicio del período nazi. Hacia este ideal fueron dirigidas muchas de sus políticas que se transformaron en persecución, internamiento, violencia, tortura y muerte de millones de personas. La Gestapo ocupó un papel fundamental en la «caza» de los enemigos de la raza aria, detectándolos entre la población, custodiándolos y destruyendo cualquier tipo de rastro que dejaron a su paso. La condición de enemigo de la raza pasaba por todo aquel que no pudiese asimilarse al ideal de hombre o mujer germano: extranjeros, débiles, homosexuales, discapacitados, etcétera.

En el grupo de extranjeros, cualquier elemento extraño que estuviese asentado en la sociedad alemana debió ser separado según la ideología del estado biopolítico. Un lugar destacado en la persecución más feroz lo tuvo el pueblo judío, entendiendo el término como descendiente de hebreos o de confesión, cultura o tradición judía. Como señalamos en el capítulo anterior, la nación excluyente creada por el nacionalsocialismo bebió del odio hacia el pueblo judío. Contra ellos el Régimen expandió su odio: la persecución fue incesante, fueron eliminados de la vida social y pública, los matrimonios mixtos quedaron prohibidos y se les negó la ciudadanía y los derechos. El pueblo judío sufrió en carnes propias la ley de la Gestapo, ya que miles de personas fueron arrestadas por esta institución y confinadas en campos. Un apellido que pudiera asociarse con la lengua hebrea era motivo de detención inmediata.

Otro grupo que se persiguió con especial incidencia fue el pueblo gitano o romaní. La persecución del pueblo gitano tiene una larga tradición en las sociedades europeas. La imagen del gitano fue vista como símbolo de inadaptación social, vagabundería o como simples criminales. Los ideólogos de las políticas raciales del Tercer Reich consideraban que el pueblo gitano era una raza inferior, al igual que los judíos. En 1933 perdieron la ciudadanía alemana, que no les fue reconocida hasta 1982. Al menos doscientas mil personas de etnia gitana fueron ejecutadas en toda Europa bajo las órdenes del Régimen nazi. Otros sufrieron el trabajo forzado, la deportación a zonas ocupadas de Polonia principalmente, el internamiento en campos de concentración o los terribles experimentos del doctor Josef Mengele.



Homosexuales en un campo de concentración luciendo el distintivo del triángulo rosa que les obligaron a portar para distinguirlos de otros reos.

En el caso de los ciudadanos alemanes, el nacionalsocialismo aplicó las mismas teorías biopolíticas para apartarlos de la sociedad. La mejora de la raza pasó por castrar o en última instancia, eliminar a personas que no se amoldaban al ideal nazi. Dentro de este grupo se englobaban delincuentes, pedófilos, discapacitados, débiles, haraganes o homosexuales, entre otros. Cualquier persona que no fuese valiosa para el engrandecimiento del Reich debía ser apartada de la sociedad. Con especial incidencia la Gestapo persiguió a los homosexuales. La condición sexual suele ser un aspecto de la vida privada y, por tanto, los agentes debían investigar a fondo quiénes eran. El Código Penal de Weimar prohibía expresamente la homosexualidad, pero durante su andadura varias organizaciones a favor de los derechos sobre sexualidad lucharon para conseguir la tolerancia, al menos en el plano social. En estos años, se llevó a cabo un pequeño cambio en las mentalidades que toleró en cierta manera la visibilidad de la homosexualidad, además de publicaciones y organizaciones especializadas. Cuando el nacionalsocialismo ostentó el poder comenzaron a crearse las denominadas «listas rosas» donde se identificó a homosexuales, organizaciones, lugares de encuentro o publicaciones para la tolerancia y libertad sexual. La condición de homosexual se persiguió tachándolos de enfermos y desechos sociales (la imagen del homosexual en aquel momento era asociada a un hombre sin valentía, fuerza, ni capacidad de defensa, todos ellos ideales de la raza aria).

Los homosexuales fueron detenidos, vejados, maltratados y recluidos en campos de concentración con un distintivo rosa. Se experimentó con varios internos en los campos de concentración, a los que se les suministraron supuestas «curas» para su tendencia sexual de gran brutalidad.

La oposición indeterminada: elementos peligrosos para el Régimen

Otro de los puntos clave de la seguridad estatal del Reich constituyó el asesinato por razones de Estado sin pasar por la condición de proscrito, sino de manera secreta o extraoficial, a individuos incómodos para el Régimen por las más variadas razones. En este punto resulta interesante el caso de las SA, las fuerzas de asalto del Partido Nazi hasta su destrucción la Noche de los Cuchillos Largos en 1934. Las fuerzas de Asalto habían apoyado al Partido Nazi hasta su llegada al poder, constituyendo un papel importante en el ascenso de Hitler. Esta organización dirigida por Ernst Röhm estaba fundamentalmente formada por desempleados y trabajadores con poco potencial económico. Su ideología se encontraba a la izquierda en el Partido Nazi, sobre todo con un componente anti capitalista, seguramente por la condición social de sus miembros. Tras la toma del poder por Hitler, su autoridad como fuerza armada creció en toda Alemania. Este aumento de poder, seguido de varios conflictos entre Röhm y dirigentes del partido, la Gestapo o las mismísimas SS, apuntalaron la idea de que las SA eran más un elemento peligroso que un aliado fiel. La presión hizo que Hitler ordenase la depuración de los camisas pardas el 2 de julio de 1933 por fuerzas de la Gestapo y las SS. Este ejemplo es sólo uno de tantos en los que el Régimen anuló a un elemento peligroso para su *statu quo*. Las luchas internas del partido o las instituciones nazis se saldaron, en múltiples ocasiones, con la vida de miles de personas. En este grupo también se inserta lo que se denominó «Organización negra» por la Gestapo. Estas personas, con tendencias políticas derechistas pero descontentos con el

Régimen crearon núcleos de oposición política o económica contra Hitler. En este grupo, poco coordinado y con escasa fuerza efectiva, se encontraron conservadores, intelectuales de la alta sociedad alemana, facciones del ejército, monárquicos o liberales. La vigilancia de estas personas fue igual o incluso más importante que la que la Gestapo utilizó contra la oposición izquierdista y muchos fueron ajusticiados al acusarlos de alta traición contra el Estado Alemán.

En general, la Gestapo desarrolló diferentes actividades contra los proscritos del Estado y contra todos aquellos que intentaron oponerse a sus directrices. Hablar de forma inadecuada sobre el Régimen o el *Führer*, ocultar a un perseguido o tener ciertas amistades pudo suponer la detención inmediata. A lo largo de la dictadura, con los cambios organizativos que la Gestapo llevó a cabo, la persecución de los enemigos y los métodos para realizarlo fueron especializándose. Si en los primeros años la policía política orientó sus fuerzas a investigar las actitudes políticas de los alemanes, más tarde se buscaron culpables entre los denominados enemigos de la raza. La espiral de violencia no cesó hasta la caída de la Gestapo en 1945 y su poder tuvo un ascenso meteórico que la hizo ser la organización más temida de la Edad Contemporánea.

Los primeros años de la Gestapo

Mientras [la Gestapo] lleve adelante el deseo de los líderes, está actuando legalmente.

Dr. Werner Best
Jurista del nacionalsocialismo

El 23 de junio de 1933 el gobierno nazi de Alemania promulgó la ley que anulaba todas las condenas existentes –unos cuarenta mil procesos abiertos– contra los nacionalsocialistas en la etapa de la República de Weimar. Esta ley incluyó la puesta en libertad directa de cualquier inculpado por esta causa, la destrucción de sus expedientes y la depuración de cualquier responsabilidad. Cientos de aliados del nacionalsocialismo salieron a la calle y miles de ellos limpiaron su nombre de cualquier sospecha de delito, incluyendo varios de sus líderes. Comenzó así una nueva etapa jurídica para Alemania: la ley era la ley nazi. La norma vino a ratificar la amnistía para delitos cometidos «por la patria» promulgada el 23 de marzo de 1933 en la primera sesión del nuevo Reichstag, a través de su presidente: Hermann Göring. Él fue el creador de muchos de los cambios que se sucedieron en la jurisdicción alemana en los años siguientes, ya que tenía la fuerte convicción de que revestir de un halo de legalidad sus actuaciones le traería muchos beneficios en el futuro.



Hermann Göring. Nació en Baviera en 1893 en el seno de una familia acomodada. Su padre fue soldado profesional en la era Bismarck y él siguió la estela familiar dedicándose toda su vida al arte de la guerra, contra el enemigo interior o exterior.

En ese momento ya había tendido sus redes sobre las instituciones prusianas y en concreto en su policía. Sobre todo, en el gran artífice de la caza a los nazis durante el período de Weimar y que incitó varios de estos procesos fue, durante años, la sección IA de la policía política prusiana. Muchos de los aliados del nuevo régimen nazi en Prusia habían pasado por sus despachos, interrogatorios, torturas o calabozos. La fuerza de esta institución era de sobra conocida para los nuevos mandatarios del Reich. Sabiendo su poder ¿quién podría rechazar dominarla? Göring intuyó mucho antes de la llegada al poder que, a través de una persona fuerte y sin muchos escrúpulos, la organización podría alcanzar un poder más allá de lo imaginable en aquel momento. Y él no iba a desaprovechar esa oportunidad. Años atrás, Hitler y sus lugartenientes tenían decidido crear un servicio secreto bajo sus órdenes. Esta nueva policía fue perfilada por dos de los hombres fuertes del partido, Goebbels y Göring, en los años previos a 1933. Esta idea partió de la visión de desconfianza que tuvieron los nacionalsocialistas de la población y de sus propios adeptos. La norma era investigar, instigar e intervenir cualquier tipo de oposición a cualquier precepto impuesto por la doctrina nazi. Ya en 1932 se creó el SD o Sicherheitsdienst, dependiente de las Schutzstaffel o SS, que se concibió como un defensor de los enemigos del nacionalsocialismo dentro y fuera del propio NSDAP. Esta organización fue creciendo con una red de agentes por todo el Reich en consonancia con el poder que fueron acumulando Hitler y los suyos. Cuando se dio la toma del poder, el SD ya era una organización estructurada y considerada, sobre todo tras la caída de las SA, el servicio secreto oficial del Partido Nazi.

Sin embargo, esto no era suficiente. Aunque el SD era un arma de información no contaban con la efectividad para llevar a cabo la ejecución. Para ello se desarrolló paralelamente la idea de la Gestapo. En este caso, la piedra angular de la reforma policial sería una policía política secreta, al estilo prusiano, que ya funcionaba en Alemania y podía otorgar muchos beneficios al anhelado nuevo Reich. Se proyectó, además, como la primera policía nacional alemana, al margen de parcelamientos locales. Aunque Goebbels y Göring fueron los ideólogos más importantes a la hora de teorizar sobre

la nueva policía y su papel en el Estado, otro hombre fuerte pugnaba por el poder. Este no era otro que el jefe de las SA, Ernst Röhm, que desde 1931 controlaba el ejército de jóvenes camisas pardas que contaba con unos dos millones de miembros. Cuando se planteó una reforma policial el nombre de Röhm fue uno de los primeros que rondaron la mente de Hitler, si bien fue descartado por el gran poder que había acumulado al mando de las temidas SA. En su desarrollo, la pugna por la dirección de la Gestapo fue una lucha entre varias de las personas más cercanas a Hitler que fueron tejiendo sus redes para acumular todo el poder posible y, como no, la Gestapo era una fuente inigualable de poder, aunque como era costumbre el *Führer* tenía la última palabra. Él fue el que permitió que sus aliados se enfrentasen entre sí para conseguir más poder ya que, de este modo, los tenía mucho más controlados.

EL GERMEN DE LA GESTAPO

El 30 de enero de 1933 el nacionalsocialismo se hizo con el poder en toda Alemania y comenzó así la época más oscura y siniestra para el país. Pero, en aquel momento, la que fue una de sus armas más mortales, la Gestapo, no contaba con más que un pequeño despacho para su director, Rudolf Diels, y un puñado de hombres de campo. La sección IA de la policía política prusiana fue el germen que inspiró a los nazis para la creación de un arma potente contra los enemigos del Estado y del propio NSDAP. Parece inimaginable pensar que en tan poco tiempo la organización diese un giro tan radical que le llevó de una pequeña sección provincial a extenderse por toda Alemania y Europa. Por ello, los estudios sobre esta organización no pueden ser en ningún caso lineales: existieron varias caras de la Gestapo. Como sabemos, el origen de la institución es la unificación de varios cuerpos de seguridad de los diferentes Estados alemanes que se centralizaron y unificaron con la fase conocida como la «coordinación» que inició el nacionalsocialismo. Nos enfrentamos, por tanto, a todo un entramado institucional que cuenta con especificidades de carácter local y temporal muy importantes. Si bien, podemos definir unos rasgos comunes que son la esencia de la organización al margen de distinciones particulares. Lo que no es posible obviar es el tiempo. El desarrollo de la Gestapo fue rápido, tenaz, imparable, pero no nos enfrentamos a la misma organización en su creación que, por ejemplo, en los años más duros de la guerra. Su evolución responde a variables de todo tipo, pero sus jefes y la connivencia con la sociedad fueron la parte integral de estos cambios.



Rudolf Diels. Fue abogado y policía de oficio. Durante sus estudios en Marburgo, se retó en numerosas ocasiones con otros compañeros, normalmente de clase alta, que le ocasionaron las múltiples cicatrices que cruzaban su rostro.

El proyecto de Göring y la oportunidad de Diels

El presidente del Reichstag, Göring, fue el primer responsable de la que sería la organización más temida de su tiempo: la Gestapo. Él fue el que puso en marcha el mecanismo de la lucha contra los enemigos del Estado en Prusia que cambió la organización por completo. Göring, además presidir el Reichstag, fue ministro del Interior de Prusia, ministro de Estado y comisario de aviación, su vocación principal. Este excombatiente fue una pieza central en el entramado del nacionalsocialismo y en el rumbo que tomaron los acontecimientos. Göring pasó de una vida de gloria por su actuación como piloto de combate en la Primera Guerra Mundial, que le valió el ascenso a capitán y la condecoración más alta de Alemania de manos del Káiser Guillermo, a una situación de precariedad social y económica tras la guerra. Además, la Gran Guerra le legó una cojera permanente, tras ser alcanzado por un caza inglés en 1919, que le caracterizaba y atormentaba a partes iguales. Aun así, Göring vivió los momentos finales de la Primera Guerra Mundial manteniendo una fachada de honorabilidad que su linaje acomodado le requería, pero en la intimidad no vivió la posguerra mejor que un vagabundo.

A todos los problemas de Göring se añadió su tremendo rencor hacia las potencias vencedoras por haber destrozado Alemania. Creía, como tantos otros, que los valores de la Alemania Imperial se habían perdido durante el fin de la guerra y el inicio del orden impuesto de Weimar. Él identificaba su desdicha personal con la del país que había defendido y se le hacía insoportable. Un día se acercó, como era habitual en su rutina, a una manifestación contra el Tratado de Versalles en Múnich, una de las muchas que proliferaron en la Alemania de posguerra. Allí, se encontraba un joven oficial al que le presentaron como Adolf, el gran orador que pronunció un discurso sobre las consecuencias de la Primera Guerra Mundial para Alemania, su preocupación principal. Él mismo se encontraba en la lista francesa de responsables de guerra. Desde aquel momento el destino de Göring y Hitler quedó unido. Su incorporación al partido fue inmediata y dio un empuje fundamental: él era la persona capaz de otorgar a la organización un halo de honorabilidad y, a su vez, reorganizar sus fuerzas armadas para crear un pequeño, aunque eficaz, ejército nazi. Aunque finalmente las fuerzas de asalto fueron dirigidas por Röhm, él otorgó varias claves para que la efectividad de estos hombres fuese la máxima. De esta etapa nació una larga enemistad con Röhm por la lucha por el control de las SA. Tras participar en el *putsch* de Múnich con sus compañeros nazis, tuvo que exiliarse de Alemania hasta 1927, momento en el que comenzó su etapa dorada.

Göring fue parlamentario por el NSDAP desde su elección en 1928 y desde 1932, presidente del Reichstag. Este cargo le fue otorgado por Hitler tras una maniobra maestra, porque Göring lo nacionalizó como alemán de pleno derecho. La constitución de Weimar obligaba a los presidentes a tener la nacionalidad alemana y, como sabemos, Hitler tenía nacionalidad austriaca. Así, un escollo se interponía para que los nazis llegaran a la Cancillería de Alemania a través de su figura principal. Göring tuvo una idea maestra: utilizando sus amistades en Brunswick, donde simpatizaban con la causa nazi, nombraron a Hitler asesor del gobierno en este lugar, lo que le confirió automáticamente

la nacionalidad alemana dejándole vía libre para llegar al poder. Esta estratagema, que fue una ayuda inestimable para Hitler, le sirvió a Göring para alcanzar cotas altas de poder dentro y fuera del partido. Pero aún ansiaba obtener más, su objetivo: el control de la policía política. Tras su nombramiento como ministro del Interior prusiano, se hizo con el control efectivo de toda la policía en este territorio, incluyendo la sección IA. La agudeza de Göring consiguió desterrar los últimos resquicios de poder que mantenían los políticos de Weimar. Aunque él fuese ministro del Interior prusiano, aún tenía por encima dos hombres de Weimar, el comisario del Reich en Prusia, Von Papen y al ministro del Interior del Reich, Wilhelm Frick, y, por último, a la ley vigente. Uno a uno, como fichas de dominó, las barreras que cercaban el desarrollo de una organización como la Gestapo fueron cayendo.

La primera tarea de Göring fue la purga de los antiguos policías, el 8 de febrero de 1933. Necesitaba personal afín para llevar a cabo sus planes. En este punto entra en escena un personaje controvertido, Rudolf Diels. Él había sido director de la sección IA en los últimos momentos de Weimar y había luchado contra los nazis y los comunistas por igual. Diels contaba con una capacidad de adaptación muy alta y una perspicacia fuera de lo común. Sólo él entendió que la llegada de los nazis al poder era irrefrenable y que la información sería su arma más valiosa. De este modo, se hizo con los expedientes personales, confidencias o inculpaciones de muchos de sus jefes, compañeros, soplones o vigilados, entre ellos miembros del NSDAP, en 1932, y que entregó gustoso a Göring, cuando aún era únicamente presidente del Reichstag. Esta información fue una valiosa arma para ambos, en los momentos previos a la toma del poder. Con esta argucia, además, se facilitó la purga policial y Diels consolidó su lugar privilegiado como mano derecha del nuevo responsable de Interior prusiano y jefe directo de la nueva policía política. En sólo unas horas se destituyeron más de la mitad de los comisarios que rápidamente fueron remplazados por personal afín reclutado entre las filas de las SA y las SS, principalmente. La purga no fue tan brutal como en otros departamentos porque, al parecer, muchos de los antiguos policías se brindaron a sus nuevos jefes. Sin embargo, algunos fueron expulsados del cuerpo por antiguas rencillas con miembros del NSDAP o por cuestiones de índole política sobre todo en los cargos más altos. Mientras, Diels entendió a la perfección lo que los nuevos gobernantes esperaban de la labor policial. Bajo sus órdenes se creó el Departamento especial de «lucha contra el comunismo», núcleo fundamental de lo que sería más tarde la Gestapo. Se amplió el presupuesto y nuevos hombres de confianza entraron a formar parte de las filas de la policía política. Además, el 22 de febrero de 1933 se nombró a la policía, SA y SS como policía auxiliar, teniéndoles bajo sus órdenes directas y aumentando de manera más que considerable sus efectivos.



Fotografía del interior del edificio 8 de la calle Prinz-Albrecht, sede central de la Gestapo (1934). Berlín, Alemania. Hoy en día es un museo conmemorativo de las víctimas del nacionalsocialismo.

La sede central elegida fue el número 8 de la calle Prinz-Albrecht en Berlín, un edificio que irónicamente fue un espacio de debate cultural y político en la etapa Weimar. En adelante, este edificio fue conocido como «la casa del terror» en toda Alemania junto con «el Palomar», el primer centro de encarcelamiento y tortura de la Gestapo, ubicado en Paperstrasse, ajeno a miradas indiscretas e incluso a las preguntas del propio ministerio de Justicia. La maquinaria estaba en marcha.

La consolidación oficial

La opinión de Göring respecto a las actuaciones policiales iba en la línea de disfrazarlas como legales, ajustar las leyes a conveniencia y evitar así cualquier resquicio que pudiera surgir. Esto no le fue difícil en absoluto. Como hemos visto anteriormente, el espíritu judicial del Tercer Reich emanaba directamente del *Volkgenanscharf*, o ‘comunidad popular’. Así mismo, se sobrentendía que esa comunidad estaba asimilada al nacionalsocialismo, o por lo menos esa era la meta nazi. Por tanto, toda la legislación estatal se forjó a través de los preceptos supuestos a la comunidad popular germana, incluyendo a la policía. La policía en su conjunto se concibió en el nacionalsocialismo como una organización con espíritu dual que por un lado era la salvaguarda de la comunidad eliminando a los enemigos del pueblo, pero por otra parte se presentaba como la aliada del pueblo, la protectora de la germanidad. Este carácter dual, que fue calando en la población, fue sin duda una de las claves para el desarrollo de la labor de la policía en el Tercer Reich, sobre todo en el caso de la Gestapo.

Además, hubo un golpe de efecto que facilitó la actuación policial dentro de la legalidad. Tras el incendio del Reichstag, en el que participó el germen de la Gestapo de la mano de Göring, se promulgaron los Decretos de Emergencia de 1933. La emergencia fue permanente desde 1933 hasta el desmantelamiento del Reich en 1945. Como ocurrió en otros países similares, como España o Italia, se utilizaron normas para etapas de «emergencia nacional» que se alargaron en el tiempo para, de algún modo, justificar una política altamente represiva. Los Decretos suspendieron los derechos civiles de los ciudadanos, iniciaron la promulgación de leyes sin paso por el Parlamento y esgrimieron la centralización de las autonomías en el gobierno central, suponiendo un 'Estado sin derecho' o *Unrechtsstaat*, hasta el fin de la etapa nazi. Aunque técnicamente no había ningún cambio sustancial para lo que fue la Gestapo, la supresión de los derechos civiles y legales sentó las bases para su actuación, sobre todo en lo referente a 'custodia preventiva' o *Schutzhaft*. La custodia preventiva fue una actuación practicada por la Gestapo habitualmente que consistió en la potestad de detener «de manera preventiva» a cualquier ciudadano sin que exista delito o indicio firme de él. Además el reo debía firmarla por sí mismo, dando su consentimiento. Fue una forma de «persuasión e intimidación» de posibles opositores que no contó con una legislación concreta, lo que supuso carencia de derechos para los detenidos y que el encarcelamiento se alargara en el tiempo indefinidamente sin imputación de cargo alguno ni juicio.

El 5 de marzo de 1933 los nazis ganaron las elecciones nuevamente y Göring recibió el título de ministro-presidente de Prusia, que se unió a los demás cargos que ya ostentaba. El cargo fue asimilado por Hitler y cedido a Göring de inmediato para que siguiera con sus planes. Con este caldo de cultivo, Göring, que acaba de probar la efectividad de sus fuerzas en el apoyo al incendio del parlamento alemán tendría otro encargo para probar su nueva arma: la eliminación de la disidencia política. Con la inculpación a los comunistas del incendio del Reichstag, todas las agencias de inteligencia, la policía, las SA y las SS, comenzaron a dar caza a los enemigos políticos del Reich. Toda la izquierda sindical y política quedó descabezada rápidamente con la ayuda inestimable del germen de la Gestapo. Es probable que sin la policía política prusiana hubiese sido mucho más difícil perseguir y eliminar la disidencia política en un tiempo tan escaso, ya que la experiencia de campo de este grupo y todo su entramado informativo facilitaron la situación enormemente. Aunque los métodos aún eran rudimentarios, Göring dio muestra de lo que era capaz su nueva organización.

Dos meses después del incendio del Reichstag y con la transición de la policía política prusiana muy adelantada se promulgó el decreto de creación de la Gestapo. El 26 de abril de 1933 la lucha contra los enemigos del Estado por parte de la policía tomó un cariz oficial en el entramado judicial del Reich. Con la publicación del decreto de reorganización de la policía se creaba la Oficina de la Policía secreta del Estado en Berlín (Geheime Staatspolizeizamt o Gestapa) encargada de coordinar la lucha efectiva contra todos los enemigos de Alemania y la seguridad del Estado, dirigida por el mismo Göring con Diels como segundo de abordó. Con esta regulación se establecieron en cada uno de los distritos nominales de Prusia puestos regionales de la policía política, los Staatspolizeistellen, que bajo la Gestapa en Berlín, controlaban el *Länd* al completo. El nombre elegido fue Geheime Staatspolizei, cuya traducción del alemán es «Policía del Estado secreta o privada». En dicha

elección tuvieron un papel principal las siglas del nombre primitivo de la Geheime Staatspolizei o Gestapa, ya que recordaban bastante a las de la fuerza policial rusa GPU. Göring, henchido de poder por sus numerosos cargos y al frente de la policía política, quiso ampliar sus expectativas hacia un control global de la institución en todo el Reich. En este propósito, su camino se cruzó con el de su próximo enemigo, Heinrich Himmler.

LA OTRA CARA DE LA MONEDA: HIMMLER EN BAVIERA, LA LUCHA POR LA CONQUISTA DEL REICH

Mientras esto ocurría en Prusia, Baviera comenzaba un proceso similar. La otra gran zona de Alemania, bajo las órdenes del temido Himmler, comenzó la reorganización de la policía política. Este paso resulta de suma importancia para el futuro de la Gestapo ya que Himmler estaba otorgando una estructura similar a la de Prusia en la zona de Baviera y por ende, quiso extenderlo a todos los territorios del Reich. Con los deseos de ambos, Göring y Himmler, se perfilaba el principio de una policía política nacional en Alemania, la primera en su historia, basada en su mayoría en los preceptos prusianos. Por supuesto, ambas policías tenían grandes diferencias en su inicio, sobre todo motivadas por la personalidad de sus jefes.

Himmler el Fiel, como le llamaba el *Führer*, fue un hombre extraño y poco sociable dentro de los lugartenientes del nacionalsocialismo. De joven siempre quiso entrar en el ejército para defender a su adorada patria en la Primera Guerra Mundial. A los dieciocho años ingresó como cadete pero antes de partir al frente Alemania firmó el armisticio que dio fin a la guerra. Con su sueño roto, ingresó en la universidad de Múnich, donde se adhirió a la fraternidad de alumnos nacionalsocialistas y cultivó sus teorías racistas más feroces. En 1923, ya era miembro de pleno derecho del Partido Nazi participando activamente en el *putsch* junto con Hitler, Hess o Göring. Por su fidelidad para con Hitler y su fervoroso discurso nacionalista y racista, se le asignó la tarea de dirigir un cuerpo de seguridad personal de los miembros del partido, las SS, en 1929. Himmler vio la oportunidad de crear de ese puñado de hombres, dependientes aún de las SA, un cuerpo de élite y poder para el nacionalsocialismo. Bajo su mandato como *Reichsführer* SS, la organización creció exponencialmente contando con más de cincuenta mil efectivos en los momentos previos a la toma del poder. La gran audacia de Himmler fue introducir las ideas más importantes para el nacionalsocialismo entre las metas de las SS: la pureza racial, la seguridad interna y el *Führerprinzip*.

Himmler no era un soldado, eso resultaba evidente a simple vista, pero sí era capaz de dirigir un ejército. Su complexión y delicadeza no cuadraban con los estándares de robustez y fuerza asimilados a un auténtico guerrero germano, pero detrás de sus redondos anteojos se escondía un hombre capaz de todo. Las SS y sus diferentes departamentos cayeron en toda Alemania como un rayo potente, imparable y sin compasión, haciendo gala del significado de su símbolo escrito en runas: dos rayos. Pudo demostrar su eficacia contra las temidas SA cuando estas, en 1931, intentaron dar un golpe de Estado contra la cúpula del NSDAP. Las SS aplastaron a los sublevados en Berlín y consagraron a Hitler como líder indiscutible del partido. Tras este suceso, se creó el SD, o servicio secreto a las órdenes del partido dependiente de las SS en 1932, bajo las órdenes de Heydrich, el segundo de a bordo de Himmler. Esta organización, considerada hermana de la Gestapo en la etapa nacionalsocialista, permitió a sus aliados conocer de cerca todo tipo de información secreta para hacer frente a sus enemigos fuera y dentro del partido. El poder de Himmler se había multiplicado.

La «Gestapo» de las SS

El 3 de marzo de 1933 Himmler es nombrado *Polizeipräsident* de Múnich que, junto con sus otros cargos, le otorgaban un gran poder en este territorio. A partir de este momento comenzó a crear su propia policía política a imagen y semejanza de la prusiana, pero contando con el apoyo de la policía rural, auxiliar y ordinaria, además de sus temidas SS. El caso de Himmler incide más en la «coordinación» del nacionalsocialismo con el Estado al ser él jefe de las SS y de la policía de Baviera. Que estos dos cargos estuviesen bajo el mando del mismo hombre sólo fue el primer paso de la «coordinación» de las llamadas fuerzas del orden. En Baviera había existido una policía política con anterioridad que no contaba con la autonomía de la prusiana. Al frente de la nueva policía política muniquesa Himmler impuso a Heydrich, director del SD, como su mano derecha. La idea de una policía política que apoyara la labor de Himmler y las SS surgió a imagen y semejanza de la policía política prusiana, pero el *Reichführer* SS anhelaba una organización estatal con los mismos principios que había otorgado a las SS. Se creó, por tanto, una policía política en Baviera con los mismos rasgos en estructura que la prusiana pero, en realidad, esta nueva organización tenía mucho más que ver con los principios que regían las SS.

Además, las condiciones en Baviera fueron adversas para los nazis. Al contrario de lo que sucedió en Prusia, Himmler no tuvo el poder de la administración en este territorio. El gobierno bávaro puso todo su empeño en mantener su parcela de poder frente al Reich y obstruyó los esfuerzos para desarrollar un ente autónomo como la policía política prusiana. Aunque los pasos fueron más lentos esto fue una batalla perdida: los Decretos de 1933 obligaron a las regiones a someterse a la autoridad del Estado y hacían posible que Berlín tomara medidas necesarias para «el restablecimiento del orden». Con estas directrices, Himmler tuvo el camino libre para llevar a cabo su empresa. Ya nada pudo pararle. A finales de 1933, Himmler comenzó con la formación de las diferentes policías políticas en otros territorios del Reich y, aunque aún no las dominaba, tuvo personas de su confianza, normalmente miembros de las SS, que se establecieron en los puestos clave. Fue su primer paso hacia el control completo de la policía en todos los territorios dominados por el nacionalsocialismo.

En un mes de andadura del Reich ya existía un gran entramado policial político en las dos zonas más importantes de Alemania y al mando de dos importantes nazis: Göring y Himmler. Sin embargo, con la coordinación se amplió el poder y la jurisdicción de la policía política en todos los territorios del Reich. Sólo una pregunta quedaba pendiente ¿quién dirigiría tamaña obra?

LA UNIÓN. LA GESTAPO SE INSTALA EN TODA ALEMANIA

Los primeros meses de la organización fueron duros y los problemas se le acumulaban al ministro Göring cada vez más sólo entre los líderes nacionalsocialistas. Los errores, brutalidades y excesos se acumulaban en el expediente de los hombres de la Gestapo, una institución publicitada como garante del orden. Los enemigos de Göring, entre ellos el propio Himmler, deseaban su caída al entender el gran poder que tenía al mando de la todopoderosa policía política. Prácticamente toda Alemania pedía la cabeza de Göring, pero él no estuvo dispuesto a renunciar tan fácilmente. Durante este tiempo, el ministro de Interior del Reich, Frick, no admitió que la Gestapo quedara fuera de su control y urdió un plan para deshacerse de Göring. En virtud de su gran inteligencia política, el presidente del Reichstag prefirió entregar al director, Diels, en septiembre de 1933 como cabeza de turco. Este viejo policía había calculado mal el alcance de sus actos e imagen pública. Toda Alemania sabía, o al menos intuía, los excesos de Diels, sobre todo con el alcohol, las fiestas y las mujeres. Además había osado enfrentarse a las SA y las SS y acusarlas de varios crímenes en sus campos de concentración, ganando algunas batallas. Así, Himmler y Röhm se aliaron para denunciar a Diels, sobre todo para poner en tela de juicio a Göring. Tirando de ese hilo, el ministro se deshizo de él alegando que como jefe había permitido y auspiciado todo tipo de barbaries. Este giro le sirvió a Göring para mantenerse en el poder durante algo más de tiempo, pero la realidad es que su ansiado puesto estaba en el punto de mira de varios de sus camaradas más cercanos al *Führer*. En su lugar colocaron a un hombre de gran reputación, Paul Hinkler, pero su cargo sólo duró unas semanas. De nuevo la vida personal de vicios y excesos se destapó y tuvo que dimitir. Triunfante, Diels volvió a su cargo con más ganas que nunca de deshacerse de sus enemigos públicos.

Con sólo siete meses la Gestapo prusiana quedó bajo el mando personal del ministro Göring tras el decreto de 30 de noviembre de 1933. El aviso que había recibido le sirvió para comprender que las acciones de la Gestapo no podían someterse al juicio ajeno. Este cambio es fundamental para comprender la importancia de la nueva organización que se estaba gestando por dos razones de envergadura. En primer lugar, como sabemos, Göring era responsable de la policía política prusiana, sin embargo el entramado institucional legado por la República de Weimar ofrecía un control jerárquico al que Göring debía someter sus decisiones y responsabilidad al ministro del Interior del Reich, Wilhelm Frick. Aunque a estas alturas la figura de Frick tenía poco peso en juzgar las acciones de la Gestapo, aún podía plantear preguntas incómodas. Con este decreto, la Gestapo quedó bajo el mandato de ministro-presidente de Prusia, es decir, el mismo Göring. Por encima de él sólo estaba el *Führer*, canciller de Alemania desde la muerte de Hindenburg en agosto de 1933. Así, eliminaba cualquier tipo de control de las instituciones prusianas al estar Göring como el único encargado de la institución. De este modo, la Gestapo quedaba al margen del marco legal por el que se regían las administraciones públicas y demás instituciones de Prusia, otorgándole un gran poder. En segundo lugar, el decreto de noviembre supuso la ampliación de la jurisdicción de la Gestapo: la

policía local y regional quedaba bajo sus estrictas órdenes como policía auxiliar siguiendo las instrucciones concretas que emanaba la central en Berlín. Además, todo lo que pudiese ser un acto «político» quedaba bajo su jurisdicción. Cualquier supuesto enemigo de la Patria debía ser investigado por la Gestapo o cualquier situación que la organización supusiese peligrosa tendría que ser investigada a través de una acción preventiva.

En definitiva, lo que suponen los decretos de la Gestapo es que la misma toma un rumbo diferente a la policía general y de la administración pública local, regional o nacional, no estando sometida a ninguna restricción que no emanara de la Gestapo, Göring o del mismísimo *Führer*. Aun así, la caída en picado de Göring iba en aumento y favorecía a sus enemigos, sobre todo al todopoderoso Röhm y sus SA. El engranaje de desprestigio en uno u otro sentido estaba en marcha. Röhm deseaba controlar la Gestapo prusiana e imponer la fuerza de las SA sobre el orden nazi. Pero las SA eran molestas para gran parte de los nazis, incluso para el mismísimo *Führer*, por la gran cantidad de poder que acumulaban sobre todo a nivel local. Las SA eran ingobernables para Hitler y le resultaba necesario deshacerse de ellas de inmediato.



Himmler y Göring el 20 de abril de 1934. La fugaz amistad entre estos dos personajes resultó muy beneficiosa para el Régimen ya que posibilitó la caída de las SA, que intentaban modificar las bases fundamentales del Reich a su antojo.

La caída de las SA y del propio Göring

El 27 de junio 1934 en una reunión secreta en la calle Prinz-Albrecht, el SD, de la mano Heydrich como su jefe, confirmó que los las SA planeaban un golpe de Estado para hacerse con el poder. Esta información estaba manipulada por Heydrich a través del pacto al que habían llegado Himmler y Göring para eliminar a las SA. Ellos, así como otros nazis de primera línea, aparcaron sus diferencias para aplastar a las SA en la conocida como Noche de los Cuchillos Largos (*Nacht der langen Messer*), que comenzó el 30 de junio de 1934. El propio Hitler creó una lista para llevar a cabo la purga, en la que se encontraba en primer término su jefe, Röhm, acusado además, a través de informes de la Gestapo, de tendencia homosexual. Con la caída de Röhm y los suyos, los camisas pardas quedaron descabezados y se sometieron al control jerárquico del *Führer*. Su presencia fue paulatinamente eliminada y la vertiente izquierdista del NSDAP desarticulada. Con este caldo de cultivo, la Gestapo y las SS pudieron alcanzar cotas más altas de poder al hacerse cargo de varias de las atribuciones que tuvieron en otro tiempo las SA.

Pero este pacto entre Göring y Himmler no se quedó en una mera estrategia contra el enemigo común, sino que supuso un hito en el desarrollo de la recién nacida Gestapo. Diels volvió a ser destituido de su cargo cerrando así la primera etapa de la Gestapo y, en su lugar, se colocó a Himmler como jefe delegado de la Gestapo prusiana que cambió el rumbo de los acontecimientos. Con este nombramiento de 20 de abril de 1934, Himmler se hacía con el poder efectivo de todas las policías políticas del Reich. La noche en que cayeron las SA los últimos resquicios de poder de Göring cayeron en las manos del jefe de las SS.

La decisión de imponer a Himmler como jefe directo de la Gestapo emanó del propio Hitler. Himmler tuvo a su favor en esta decisión lo impresionado que estaba el *Führer* por su labor al frente de las SS y los campos de concentración que se habían creado en toda Alemania. Su labor quedó reconocida al cedérsele el control personal de la Gestapo por encima de la figura de Göring, que quedó hasta 1936 como jefe de la Gestapo pero sin ningún poder efectivo. A su vez, Himmler fue ampliando la unificación y concentración de poder sobre la policía política regional que ya controlaba en las demás zonas alemanas. A cambio Göring pasó a ser comandante en jefe de la Luftwaffe (Fuerzas Aéreas alemanas) su gran pasión y vocación profesional, que llevó a coordinar las estrategias militares de la Segunda Guerra Mundial y para la invasión eficaz de varios países. Así la Gestapo quedaba implantada en toda Alemania. Una derrota agrídulce para Göring.

LOS CAMBIOS DE HIMMLER: UNA NUEVA GESTAPO

Los cambios implantados por Himmler no se hicieron esperar. Bajo su mando se aunaba toda la policía de Alemania, lo que contribuyó a la unificación de la policía y a la jerarquización de la Gestapo a las autoridades del Reich. Además, la renovación de personal se convirtió en un gran acierto por su parte: el binomio Heydrich-Müller resultó ser muy eficaz para la dirección de la Gestapo. Heydrich ocupó el cargo de jefe de la Oficina de la Gestapo el 22 de abril de 1934 y Müller fue nombrado su ayudante. Heydrich era un viejo conocido en sus métodos para los miembros del partido como segundo a bordo de las SS y jefe del SD. Sin embargo, la figura de Müller fue un gran descubrimiento: su obsesión por la eficacia fue decisiva para el nuevo rumbo que tomó la Gestapo. Müller era además tremendamente estricto en el cumplimiento de sus objetivos y, lo que fue más importante, su ansia de poder no tenía límites. Él contribuyó a crear una propaganda renovada para la imagen de la Gestapo. En la propaganda ideada por Müller, la Gestapo se perfilaba como la «amiga» del pueblo, la guardia de Alemania como un cuerpo todo poderoso capaz de aplastar al enemigo. A través de los grandes mecanismos creadores de opinión con los que contaba el Reich – televisión, radio, panfletos, escuelas o incluso juegos de niños –, se afianzaba la imagen de la Gestapo.



Himmler y Heydrich. Estos dos personajes fueron la clave para llevar a cabo los planes del Régimen en materia de policía política. Ambos ostentaron mayor poder que el mismísimo *Führer*.

El 10 de febrero de 1936 se da el paso final para la nacionalización y centralización de la Gestapo a través de la Ley básica de la Geheime Staatspolizei, promulgada por Göring como ministro-presidente de Prusia y Frick como ministro de Interior del Reich. En esta ley se recogen los objetivos básicos que persiguió la Gestapo, así como la ampliación de su jurisdicción a nivel nacional en vez de la parcelación con la que operaron hasta la fecha. Quizá la importancia de esta ley recayó en la decisión que se toma para que la Gestapo no estuviera sujeta a ningún tribunal ordinario que pudiera juzgar sus actuaciones y su potestad para dirigir los campos de concentración. En relación a sus actividades, el artículo 1 de la Ley establecía que la Gestapo debía: «[...] investigar y luchar contra todos los esfuerzos peligrosos en el conjunto del área del Estado, recoger y evaluar el resultado de los informes, para ilustrar al gobierno del Estado y poner al tanto al resto de autoridades sobre las principales investigaciones [...]».

El mismo día se decreta la ejecución de la ley. A partir de este momento, la organización tiene potestad para establecer medidas para todo el territorio que abarca el Reich, no en una región concreta, así como el encargo de la investigación y recepción de toda la información política que pudiera ser relevante para la defensa del pueblo y del Estado. Estas medidas se completaron con el nombramiento de Himmler como jefe de la Policía del Reich, el 17 de junio de 1936, subordinado directamente a Hitler y al Ministerio del Interior comandado por Frick. Este paso supuso la primera policía alemana unificada en toda su historia, todo un hito de integración nacional para el nacionalsocialismo. Aun así, todavía existían múltiples denominaciones para nombrar los diferentes cuerpos de la policía política en todo el ámbito nacional y la jerarquización bajo Berlín era difusa. Para aliviar esta dispersión, el propio Himmler emitió una circular en agosto de 1936 decretando que todas las policías políticas de las provincias que compusieran el Reich se denominarían Geheime Staatspolizei, y además en septiembre de ese año la estructura quedaba bajo las órdenes del cuartel general de Berlín. Con esta maniobra la Gestapo quedaba centralizada y unificada bajo un único mando.

El cambio fue teóricamente fácil pero, en la práctica, el embrollo institucional era mayúsculo. La Gestapo pasaba a formar parte de todo el entramado policial del Reich y quedaban por definir sus relaciones dentro del mismo. La estructura policial había variado con respecto al pasado y en ese momento se encontraba bajo el departamento de la policía de seguridad (*Sicherheitspolizei*), antecesor de la oficina de seguridad del Reich o RSHA, creado en junio de 1936, dirigido por Heydrich y subordinado jerárquicamente dentro de las SS. Este departamento coordinaba y unificaba la policía política (Gestapo) y la policía criminal (KriPo) en un mismo mando, el SiPo, el de Heydrich. El Departamento de Seguridad quedaba establecido en tres secciones, cuya piedra angular era la policía política:

- Administración y derecho (*Amt Verwaltung und Recht*) dirigida por Werner Best.
- Policía criminal (*Amt Kriminalpolizei*) dirigida por Heydrich.
- Policía política (*Amt Politische Polizei*) dirigida por Heydrich.

El departamento de la policía política estaba subdividido en dos secciones, la encargada de la seguridad interior y la de la exterior. El departamento II, el perteneciente a la Gestapo, fue delegado en Müller. Este paso es la absorción completa de las SS de los cuerpos de seguridad del Estado alemán.

Para llevar a cabo el proceso de asimilación, se nombraron inspectores de la policía de seguridad y del SD (Inspektore der Sicherheitspolizei und des SD) que tuvieron la misión de establecer el paso del antiguo sistema policial al nuevo, unificado, centralizado y puramente nacionalsocialista, de forma gradual pero firme. Su misión fue imprescindible para establecer las nuevas líneas de actuación y organización que la visión nacionalsocialista concebía para las fuerzas de seguridad del Estado. Para la Gestapo esto no supuso sin embargo la jerarquización esperada. El nombramiento de sus miembros como funcionarios nacionales de pleno derecho en 1937, junto con la pérdida de poder efectiva sobre ella del Polizeipräsident, fueron en la línea de dejar a la Gestapo como un ente autónomo, ajeno al control de las instituciones tradicionales sobre ella. Bajo Heydrich, jefe también del SD y del departamento de Policía de Seguridad, su poder iba en aumento y cada vez ocupaba más campo de actuación ante las diferentes actitudes sociales y políticas.



Imagen de Müller, que fue reclutado directamente de la policía de Múnich en la que se había enrolado tras ser desmovilizado como soldado de la Primera Guerra Mundial.

Su leyenda como investigador anticomunista llamó la atención de los jefes de la Gestapo.

La Gestapo organizada, la Gestapo más letal

Sin embargo, esta etapa fue fundamental para la Gestapo. Con la introducción de las nuevas medidas de organización y reconfiguración de las fuerzas policiales, la Gestapo obtuvo métodos de actuación más eficaces. La integración de los diferentes cuerpos policiales hizo que las tareas se diversificaran y especializaran. El SD era el encargado de recoger gran parte de la información a través de la red que tenía en todo el Reich. Por su parte, la Gestapo quedaba como garante de la ejecución de la limpieza en Alemania de todas las «impurezas» que la lastraban: raciales, culturales, sociales y políticas. Y para ello, la organización se profesionalizó. Con la asimilación de los principios que

ostentaban las SS, la Gestapo estaba estableciendo sus métodos característicos para difundir el miedo. La llamada a la puerta de cualquier alemán por parte de la Gestapo significaba en el inconsciente colectivo de la sociedad de la época dos cosas: culpabilidad y muerte. Pocas de las víctimas de la Gestapo sobrevivían y la prensa avivaba el mito y el terror. En los medios de comunicación se destacaban a diario las detenciones y éxitos de la Gestapo para invocar el miedo de la resistencia que quedaba en Alemania. En los informes se veía un goteo incesante de publicidad. El mito de que la Gestapo estaba ahí, en todas partes. Para que cuando un ciudadano quisiese decir algo contrario al régimen mirara a su alrededor con miedo, lo que se bautizó como «la mirada alemana». La labor se profesionalizó y además tenía el poder suficiente y efectivo de controlar todo el Reich. Se encargaron de aplastar toda la disidencia. En primer lugar los enemigos políticos y más tarde cualquiera que según el criterio nazi estuviese en contra de Alemania.

Además, con las Leyes de Núremberg de 1935 la persecución racial o étnica no es que estuviese permitida, sino que era de obligatorio cumplimiento. En 1938 el ministro del Interior exigió a todas las organizaciones nazis que vigilaran a elementos peligrosos para apoyar así la purga social que la Gestapo estaba llevando a cabo. Con esta ayuda, la administración nazi publicitó a finales de los años treinta que toda oposición al régimen había sido destruida y los datos actuales parecen arrojar premisas similares. Unidos los exilios, detenciones, asesinatos y la fuerte autocensura que practicaba la sociedad de la época era difícil encontrar en la Alemania de finales de la década de los años treinta una oposición organizada y contestataria que supusiera un verdadero problema para el nacionalsocialismo. Aun así, la Gestapo no rebajó el control sino que siguió haciéndose cada vez más fuerte e implacable. Su nuevo objetivo fue la creación de una sociedad ideal eliminando cualquier persona que estorbase en el Régimen y la preparación de la nueva guerra que se perfilaba en el horizonte europeo. Nada ni nadie en toda Europa escapaba de su control férreo.

La Gestapo en guerra

Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra...
Elegisteis el deshonor y tendréis la guerra.

Winston Churchill a Arthur Neville Chamberlain
en 1939

Durante el verano de 1939, el Reich comenzó a preparar una nueva ofensiva contra Europa: la invasión de Polonia. Ya en marzo de este año, había comenzado la conquista del resto de Checoslovaquia, incumpliendo los Acuerdos de Múnich firmados en 1938. La idea de la conquista del *Großdeutschland* o Gran Alemania avanzaba a pasos agigantados. Con la invasión de Polonia, se desató una nueva guerra en Europa, que en poco tiempo, a través de alianzas estratégicas, llegó a todo el globo. La batalla más cruenta, la guerra más estudiada de la historia mundial y una de las mayores masacres humanas daba sus primeros pasos: la Segunda Guerra Mundial había comenzado.

La guerra no comenzó por casualidad, sino que fue consecuencia de una tensión de más de seis años en la esfera internacional. Nadie quería la guerra de nuevo, seguramente ni Hitler la deseaba en ese momento, pero para él y los nazis la premisa era clara: no había campo para negociar sus acciones, sólo para imponerlas. Esta técnica impositiva sirvió a Berlín durante años y se hizo patente en la anexión de Austria, la Crisis de los Sudetes o la militarización de Renania, pero en el año 1939 la cuerda se había tensado demasiado y la opinión pública se impuso. Hitler había incumplido punto por punto el Tratado de Versalles poniendo en peligro la paz impuesta al término de la Primera Guerra Mundial. La militarización de Renania en 1936 o la incursión en la Guerra Civil Española de Alemania e Italia, por encima del Pacto de No Intervención que habían firmado, no supusieron queja alguna por parte de ninguna potencia internacional. Las potencias fuertes del momento se limitaron a incurrir en protestas diplomáticas que sólo fueron papel mojado. Gran Bretaña, de la mano de su primer ministro, Arthur Neville Chamberlain, tomó el camino de la política de apaciguamiento basada en mantener la paz europea por muy alto que se pagase el coste. Entre sus razones estaba el convencimiento que ni Francia ni Inglaterra estaban a la altura de Alemania militarmente, ya que el

nacionalsocialismo volvió a militarizar el país y el ejército alemán superó los datos anteriores a la Gran Guerra. Esta postura fue apoyada por muchas personas en Europa, mandatarios y civiles, a la vista de los grandes desastres que la Primera Guerra Mundial había traído al continente, nadie deseaba que el horror volviese a penetrar en sus países y quizá pensaron que Alemania se apaciguaría. No pudieron estar más equivocados.



Fotografía conmemorativa de la Conferencia de Múnich. De izquierda a derecha: Chamberlain, Daladier, Hitler, Mussolini y Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano y cuñado del *Duce*.

El 30 de septiembre de 1938 se forjó esta política de apaciguamiento en la Conferencia de Múnich donde asistieron Mussolini, Chamberlain, Édouard Daladier, primer ministro francés, y el *Führer* para negociar la anexión de los Sudetes checos por parte del Reich alemán. En esta reunión se plasmó la idea del «muniquismo», tendencia para apaciguar las tensiones y garantizar la paz, sin contar con representación de Checoslovaquia ni de la Unión Soviética. Reunidos en la ciudad que vio nacer el movimiento nacionalsocialista, se llegó al acuerdo común de que Alemania tenía jurisdicción en los Sudetes –territorio que anhelaba su autonomía del país checo desde el fin de la Primera Guerra Mundial, de mayoría alemana y con un fuerte Partido Nazi– por la mayoría de germanos que los habitaban. Todos estuvieron de acuerdo en que los tratados de posguerra habían deteriorado el progreso alemán y se debían hacer ciertas concesiones para garantizar el orden internacional. Los Acuerdos de Múnich se publicitaron como una revisión parcial del Tratado de Versalles, permitiendo a Alemania variar las fronteras de Checoslovaquia a conveniencia, sin preguntar siquiera a los checos, y se autorizó la anexión de los Sudetes como parte integrante del Reich. Con esta reunión, de facto, se otorgaba el beneplácito a Alemania sobre las anteriores anexiones, la militarización y sus demás políticas. Así mismo, las potencias europeas parecían asistir impasibles a los ataques que el nacionalsocialismo hacía contra sus propios ciudadanos. La prensa internacional estaba al corriente de la violencia que el Reich ejercía contra toda la oposición y eran

conscientes de que se estaba llevando a cabo una eliminación étnica y social. Por muchos esfuerzos que el Régimen nazi hacía para ocultar, incluso para los alemanes, ciertas prácticas, la verdad o al menos una parte de ella era conocida. Como sucediera con países como España, Italia o la Unión Soviética, la población recibió una tremenda represión que no derivó en ninguna ayuda por parte de ningún organismo internacional, al menos de manera directa.

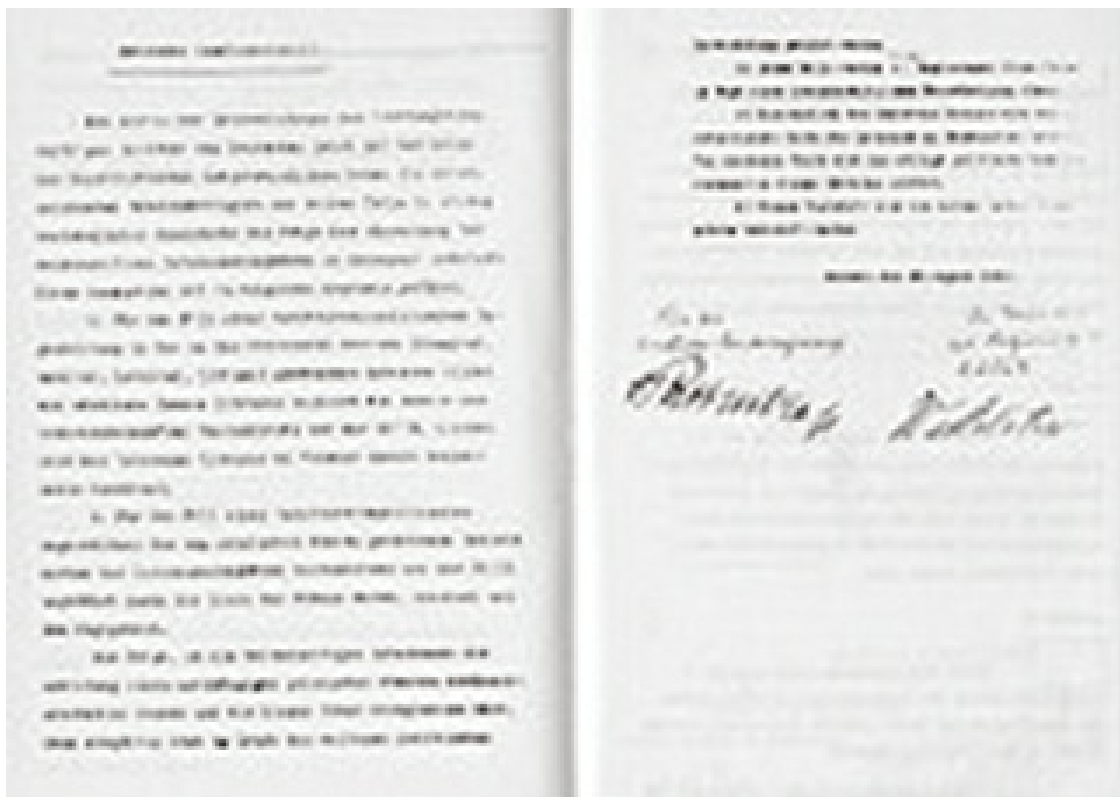
Estas concesiones internacionales parecían el precio de la paz con Alemania, pero Alemania se «estaba comiendo Europa» a pasos agigantados y su armamento y capacidad se sabían muy superiores a la fuerza de Reino Unido o Francia. Sin embargo, la invasión de Polonia, sólo unos días después de que Reino Unido corroborase su amistad y pacto con este país, adelantaron los acontecimientos. Las potencias aliadas, como se las conoció más tarde, tenían que salvar su integridad y poderío al menos de cara a la galería. El rumbo de los acontecimientos, y sobre todo la inclusión de la Unión Soviética y Estados Unidos en la guerra, cambió la victoria de bando contra todo pronóstico.

EL CAMBIO DEL *STATU QUO* EUROPEO

Para justificar la incursión en Polonia, Hitler decidió crear un plan mediante el cual el país invadido pareciera culpable ante la opinión pública de su propia destrucción. No podemos olvidar que Polonia había sido reforzada como Estado independiente por el Tratado de Versalles después de más de dos décadas de inestabilidad como Estado-tapón. Además, su frontera occidental fue redefinida y reforzada con el llamado «corredor polaco» y la ciudad libre de Dánzig, partiendo el territorio alemán de Prusia en dos. Pero ni Versalles ni los Acuerdos de Locarno de 1925, mediante los cuales se había forjado una alianza entre Polonia y Francia, supusieron ninguna ventaja para este nuevo Estado. Polonia fue asediada desde finales de la Primera Guerra Mundial y libró múltiples batallas con sus vecinos para establecer sus fronteras, entre ellos se encontraba la Unión Soviética. Sorprendentemente los polacos habían repelido, los ataques del Ejército Rojo durante su ofensiva en Varsovia en el verano de 1920. Doce años después, ambos países firmaron un Pacto de No agresión que los rusos vulneraron en poco tiempo.

La Unión Soviética había gestado una política contra el fascismo y a favor de la creación de un frente antifascista global. Para los rusos de entreguerras, Alemania, Italia y los múltiples partidos fascistas de Gran Bretaña, Checoslovaquia, Austria o España componían el enemigo a batir. Sin embargo, las potencias «democráticas» nunca se sumaron al apoyo a la Unión Soviética contra el fascismo. En un mundo polarizado como fue la etapa de entreguerras, los comunistas suponían un mayor peligro para las potencias que el fascismo, que por aquel entonces sólo contaba con grupúsculos fácilmente controlables en varios países. Rusia no participó en ninguna política apaciguadora frente al Reich pero tampoco nadie la hubiera invitado a la mesa de negociación a dar su opinión. Mientras, las aspiraciones de Rusia frente al Estado polaco eran claras: anexionar su territorio y crear una zona de influencia en la parte oriental de Europa. Con sus ambiciones imperialistas encima de la mesa, se firmó el Pacto Ribbentrop-Mólotov el 23 de agosto de 1939 en Moscú. Los ministros de exteriores de Alemania y la Unión Soviética establecieron un Pacto de No Agresión entre ellas, además de plasmar unos buenos propósitos para la prosperidad común de ambos países. No obstante, había un plan secreto firmado en lo que se denominó como Protocolo Adicional Secreto que no trascendió a la opinión pública. En él, se establecieron dos zonas de influencia para cada país en Europa del Este, incluyendo el reparto de Polonia de común acuerdo. Este acuerdo que parecía inviable sorprendió al mundo, que lo último que esperaba era un pacto de un Estado fascista que perseguía a los comunistas y un Estado comunista que persiguió a los fascistas, pero el pragmatismo se impuso en la negociación.

El *statu quo* había cambiado. El cambio de rumbo de la política internacional asombró al mundo, que no pudo entender que dos visiones, *a priori*, tan diferentes hubieran llegado a un acuerdo, pero Alemania y Rusia tenían más en común de lo que se imaginaba en un primer momento. Las dos grandes potencias militares del mundo se habían unido para satisfacer sus tendencias imperialistas dejando al margen a los demás países e incluso sus diferencias más notables. Sólo quedaba dar el paso y la Gestapo estuvo en primera línea.



Protocolo adicional secreto firmado por Alemania y la Unión Soviética mediante el cual se acordaba la invasión de Polonia y el reparto de zonas de influencia en Europa oriental.

La Operación *Reichsführer*

Para la invasión de Polonia se puso en marcha la apodada como Operación *Reichsführer* u Operación Himmler. Sólo un hombre de extrema confianza de Hitler podría llevar a cabo una misión que dejase en buen lugar el nombre de Alemania en esta nueva agresión a Europa. Había, al menos, tres razones de peso para llevar a cabo el plan:

1. En primer lugar, el llamado Corredor Polaco y la ciudad libre de Dánzig –ciudad autónoma comandada por Polonia y la Sociedad de Naciones que había formado parte de Prusia hasta Versalles–, que reconfiguraron la frontera alemana oriental, emergieron tras la Primera Guerra Mundial como una estratagema de los vencedores para aportar una emancipación segura a Polonia. Este cambio fronterizo separaba los territorios de Alemania y Prusia oriental que se unían por un único tren que pasaba por suelo polaco. Además, existían varias zonas de gran calidad de materias primas de las que se privó al país germano.
2. Por otra parte, este territorio fue el primer lugar donde el *Volks* (pueblo) conquistó parte del espacio vital o *Lebensraum* que reivindicó el nacionalsocialismo desde el inicio de su movimiento. Aunque se habían realizado otras incorporaciones como Austria o los Sudetes, estas no correspondían al interés de Alemania por expandirse, sino a razones de origen étnico asociadas a la germanidad, la nulidad del Tratado de Versalles o motivos económicos.
3. Por último, la alianza de Alemania y la Unión Soviética firmada a nueve días del inicio de la invasión en Polonia, el 23 de agosto de 1939. La conquista sería un primer paso para la

creación de las zonas de influencia que dominarían ambos países. Sólo quince días después estaba previsto que la Unión Soviética atacara a Polonia por su frontera oriental para apoyar al ejército alemán, como así ocurrió.



Mapa de la ciudad libre de Danzig y el «corredor polaco» que supuso la partición del territorio alemán en dos tras la Primera Guerra Mundial.

Con estas circunstancias sólo quedaba dar el primer paso, la justificación por la cual el mundo entero diese el beneplácito a la nueva maniobra del Reich y como no podía ser de otro modo, el todo poderoso Himmler iba a ser el encargado de llevarla a cabo.

La ofensiva se denominó Caso Blanco (*Fall Weiss*) y consistió en crear una situación favorable para hacerse con el control de una parte importante del territorio polaco. Para ello, Hitler recurrió a su arma más letal: el Departamento de Seguridad bajo las órdenes de Himmler y, más concretamente, Heydrich. Así, relató en los Juicios de Núremberg, el 20 de noviembre de 1945, el hombre elegido por Heydrich para realizar esta misión secreta (página 191 de la transcripción del juicio):

Yo, Alfred Helmut Naujocks, tras haber jurado, declaro lo siguiente:

1. Fui miembro de las SS de 1931 a octubre de 1944, y miembro del SD desde su creación en 1934 hasta enero de 1941. Serví como miembro de las Waffen SS de febrero de 1941 hasta mediados de 1942. Posteriormente fui destinado al Departamento Económico de la Administración Militar de Bélgica de septiembre de 1942 a septiembre de 1944. Me rendí a los Aliados en octubre de 1944.
2. Hacia el 10 de agosto de 1939, el Jefe de la SiPo y el SD, Heydrich, me ordenó personalmente simular un ataque a la emisora de radio cercana a Gleiwitz, junto a la frontera polaca, aparentando que la fuerza atacante era polaca. Heydrich dijo: «Hacen falta pruebas de este ataque de los polacos para la prensa extranjera, así como para la propaganda alemana». Se me ordenó ir a Gleiwitz con otros cinco o seis hombres del SD y esperar allí hasta que recibiera una contraseña de Heydrich que indicaría el momento de lanzar el ataque. Mis órdenes eran tomar la emisora de radio y ocuparla el tiempo suficiente como para que un alemán que hablaba polaco, que sería puesto a mi disposición, emitiera un comunicado en polaco. Heydrich dijo que este comunicado debía decir que había llegado el momento del conflicto entre alemanes y polacos, y que los polacos debían unirse y aplastar a cualquier alemán que se resistiera. Heydrich también me dijo entonces que esperaba un ataque de Alemania a Polonia en pocos días.



Alfred Helmut Naujocks, responsable de la acción contra la emisora de radio de Gleiwitz, en 1944.

3. Fui a Gleiwitz y esperé allí 14 días. Entonces le pedí permiso a Heydrich para volver a Berlín, pero me dijo que permaneciera en Gleiwitz. Entre el 25 y el 31 de agosto fui a ver a Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, que entonces estaba cerca, en Oppeln. En mi presencia Müller habló con un hombre llamado Mohlhorn de planes de otro incidente fronterizo, en el que se debía hacer ver que soldados polacos atacaban a tropas alemanas. Se usaría a alemanes, con un total de efectivos de una compañía aproximadamente. Müller dijo que tenía a 12 o 13 criminales condenados a los que vestirían con uniformes polacos y abandonarían muertos en la zona del incidente, para demostrar que los habían matado durante el ataque. Para ello, un doctor a las órdenes de Heydrich les iba a dar inyecciones letales. Entonces también se les dispararía para que tuvieran heridas por arma de fuego. Después del incidente, se llevaría a la prensa y a otras personas a la escena del incidente. Posteriormente se prepararía un informe policial.
4. Müller me dijo que tenía una orden de Heydrich de poner a mi disposición uno de esos criminales para la acción en Gleiwitz. El nombre en clave que utilizaba para referirse a estos criminales era «productos enlatados».
5. El incidente de Gleiwitz en el que tomé parte se llevó a cabo la tarde anterior al ataque alemán a Polonia. Por lo que recuerdo, la guerra estalló el 1 de septiembre de 1939. Al mediodía del 31 de agosto, recibí de Heydrich por teléfono la contraseña para el ataque, que iba a tener lugar esa tarde a las 8. Heydrich dijo: «Para llevar a cabo este ataque, informe a Müller para pedir productos enlatados». Lo hice, y le di a Müller instrucciones para que dejara al hombre cerca de la emisora. Recibí a este hombre y lo dejé tumbado a la entrada de la emisora. Estaba vivo, pero totalmente inconsciente. Traté de abrirle los ojos. No pude saber por sus ojos si estaba vivo, sólo lo supe porque respiraba. No vi las heridas de bala, pero tenía mucha sangre por toda la cara. Iba vestido de civil.

6. Capturamos la emisora de radio según las órdenes, emitimos un comunicado de tres o cuatro minutos con un transmisor de emergencia, hicimos unos cuantos disparos y nos marchamos.

La Guerra vuelve a Europa

Este no fue el único ataque que simuló Alemania durante los últimos días de agosto de 1939. Se contaron hasta 17 incursiones polacas simuladas en territorio alemán donde participaron varios departamentos encargados de la seguridad del Reich, entre ellos la Gestapo, el SD y la Subsección F, encargada de realizar documentación e uniformes falsos polacos para que la recreación fuese creíble ante la prensa. Se dirigió a los medios de comunicación interiores y extranjeros a los lugares de los hechos para que constatasen por sí mismos la versión que Alemania ofreció. La escena estaba preparada y el 1 de septiembre de 1939, el *Führer* anunciaba ante el mundo que Alemania marchaba hacia Polonia para contestar a las provocaciones. El Ejército alemán estuvo acompañado por miembros de las SS, el SD y la Gestapo. Días antes, Gran Bretaña había ratificado su pacto de amistad con Polonia y bien sabida era su relación con Francia. El sábado 2 de septiembre en el gabinete inglés se debatía si romper su alianza con Polonia y ofrecer una alternativa pacífica a Hitler, o tomar una vía mucho más agresiva. Finalmente se decidieron por dar un ultimátum a Alemania quemando el último puente de paz. El miedo de Francia siguió en aumento y presionó todo lo que pudo para que la sociedad internacional condenara a Alemania.

Por otro lado, Italia, la gran aliada de Alemania, propuso una conferencia de paz internacional para no entrar en guerra, ya que no se sentían preparados para afrontar una situación así. Alemania lo rechazó de inmediato, e Italia ratificó su no beligerancia anulando el Pacto de Acero de mayo de 1939, por el que ambas potencias habían firmado su amistad y apoyo. Mientras, en Berlín se restableció la condecoración de la Cruz de hierro, símbolo de honor en el campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial y abolida tras la misma. Las tropas avanzaban a un ritmo imparable con la técnica de la guerra relámpago y Polonia quedaba perdida entre los miles de alemanes que le iban a dar caza. La mecha de la Segunda Guerra Mundial estaba encendida: la opinión pública británica y los partidarios de frenar a Alemania, entre ellos Winston Churchill –aspirante al gobierno inglés por el partido conservador y que meses después se convirtió en presidente de Reino Unido– forzaron la declaración de guerra el 3 de septiembre de 1939 tras el fin del ultimátum. Francia y los países de la Commonwealth siguieron esta declaración de inmediato. La paz estaba rota.

LA RSHA. LA MAQUINARIA PERFECTA

Mientras las tropas alemanas se dirigían a Varsovia, en la calle Prinz-Albrecht se preparaban las listas de las personas que debían ser ejecutadas. En primer lugar, se detendría al gobierno polaco y los partidos políticos quedarían abolidos y sus miembros fusilados. Una vez roto el control político, habría que limpiar la sociedad polaca de elementos subversivos. Cualquier opositor o posible enemigo debía ser detenido, torturado, para sacar de él toda la información posible, y por último sería enviado a un campo de concentración o sería asesinado. Para ello, habría que buscar aliados dentro de la población y si esta no quisiese colaborar habría que obligarla. La vida de un opositor, judío, gitano o cualquier civil que no se ajustase al modelo que el nacionalsocialismo requirió, no valía nada en el corazón del Reich y mucho menos fuera de sus fronteras, pero tampoco resultaban imprescindibles las de los polacos corrientes. El escenario bélico era el campo ideal para que la Gestapo llevase a cabo sus técnicas más inhumanas, sin explicaciones o culpas. Pero en la cabeza de los jefes, el entramado represor tenía ciertas carencias que no podían permitirse en la etapa bélica. Los acontecimientos eran cada vez más rápidos y la Dirección de Seguridad de 1936 pareció obsoleta. Desde la toma de la parte integral de Checoslovaquia en 1938, estaba gestándose una nueva forma de organización del terror que llegase a cotas mucho más altas de poder y control, acorde a las nuevas circunstancias. La Reichssicherheitshauptamt (Oficina de Seguridad del Reich) nació de este espíritu el 27 de septiembre de 1939.

El nombre tomado era más que explícito en cuanto a la nueva política que se quiso llevar a cabo. La nueva organización supuso la integración de todos los servicios de seguridad de Alemania en una sola oficina comandada por dos de los nazis más influyentes: Himmler y Heydrich. Estos no estaban contentos con las organizaciones que dirigían desde principios del año 1939, ya que los diferentes departamentos incurrían en duplicidades constantes y sus diferencias iban en aumento. La incursión que se preparaba en Polonia y una posible guerra afectaron el curso de la Dirección de Seguridad que mutó a la RSHA, como una máquina perfecta y superburocratizada al estilo nazi. Para llevar a cabo estos cambios, se realizaron varias reuniones en las dependencias de la Gestapo en Berlín donde se planearon las líneas generales de lo que sería la nueva organización que amedrentaría a Alemania y Europa, a expensas del *Führer*. Rápidamente se proyectó un nuevo modo de actuación que supusiera una mayor centralización y eficacia bajo un único mando de Heydrich. El poder de Heydrich había crecido exponencialmente en los últimos años y todos le temían por la gran cantidad de información que pesaba sobre sus hombros. Sólo él sabía lo que otros ignoraban sobre sus contrarios, sus amigos, aliados o incluso sus propios jefes. Su cargo como jefe del SD y superior de la Gestapo le otorgaba gran poder para investigar cualquier tema a su antojo. La información que debió pasar a Himmler y al *Führer* estaba supeditada a sus intereses personales y profesionales y, por si fuera poco, sabía el supuesto secreto de Hitler, sus raíces judías, que investigó antes de la

Llegada de los nazis al gobierno. Con todo ello, Heydrich era la única persona en toda Alemania que podía hacer sombra a Hitler. Aun así, el que fue el nazi perfecto, campaba a sus anchas a través del poder que estaba obteniendo. Mientras, Himmler, anulado por los cargos que pesaban sobre él, intentaba seguir los avances en la creación de su obra maestra, la Oficina de Seguridad del Reich, para mantener el control.

La creación de la maquinaria irresponsable

Como vimos en el capítulo anterior, desde el Ministerio del Interior del Reich se había instado a todas las organizaciones emanadas del Partido Nazi a colaborar con la Gestapo para eliminar cualquier tipo de disidencia contra el propio NSDAP o contra el Estado nacionalsocialista en 1938. De esta forma, se había llegado a considerar a las fuerzas del partido como auxiliares de la propia Gestapo. Así, la policía secreta había ganado gran poder como institución autónoma que recibió información de todo tipo, a la vez que era la única encargada de seguir la investigación y culminar la ejecución, dado que sólo ella tenía potestad y jurisdicción para llevarlo a cabo. Englobada dentro del SiPo y con el SD como órgano informativo auxiliar, todo ello bajo el mando del todopoderoso Heydrich, el alcance de sus pesquisas era insuperable a finales de los años treinta. Pero el camino de la Gestapo no fue lineal hacia el ideal de control social total. Con la organización dirigida por Heydrich, el Departamento de Seguridad, afloraron discrepancias entre las diferentes instituciones de protección del Estado que entorpecieron la labor que tuvieron en mente los líderes nacionalsocialistas. La unión era totalmente teórica pero, en la práctica, los departamentos estaban parcelados y la comunicación fue poco fluida en muchos casos. Uno de los grandes problemas surgió de la delimitación jerárquica, pues mientras Heydrich dirigió a gran parte de las unidades destinadas al control social, otras estaban supeditadas al mando único de Himmler. Esta situación estableció fronteras entre los órganos dirigidos contra la disidencia interior que llegaron a suponer una brecha dentro del mismo Estado nacionalsocialista.

Con la invasión de Polonia en ciernes y con la perspectiva de un nuevo terreno para someterlo a su mando férreo, Himmler tomó la decisión de unificar todos los servicios de información y ejecución para extirpar la disidencia política y social a través de la creación de la Reichssicherheitshauptamt más conocida por su acrónimo, RSHA. Este gran departamento dependió de dos raíces: el Ministerio del Interior del Reich y de las SS, como un servicio más de los doce que éstas daban al Estado. Si bien, se otorgó preeminencia a los mandos emanados de las SS para que coordinasen todo este entramado, ya que Himmler quiso que sus hombres fuesen los que mandasen pues serían sus ojos y oídos dentro de la misma llegando donde él no podía llegar. Con esta combinación, además, se diluyó por completo la separación partido-estado que se había estado madurando durante la década de los años treinta como expreso deseo del *Reichsführer*.

Los planes se aceleraron por la tentativa alemana, planificada en el verano de 1939, en Polonia. Se crearon los departamentos, los *Amts*, y se establecieron los límites entre ellos para que la eficacia fuese mayor. Se logró no sólo establecer un único mando, para todas las organizaciones y departamentos, sino que también se llegó a una unión estructural. Los departamentos análogos se fusionaron, sobre todo a nivel administrativo, creando grandes agencias estatales organizadas y con

personal que venía de raíces muy diversas. Además, todos los miembros de la RSHA tuvieron de facto el derecho a ingresar en las SS, mantener su estatus y vestir sus uniformes. Con la nueva organización todos los grupúsculos dirigidos a la eliminación de la disidencia encontraron su justificación legal dentro de la administración estatal, emanaran del Estado o del partido. Las oficinas existentes se apoyaron en grandes departamentos dirigidos al control presupuestario, la administración o la estadística que conformaban el grueso del personal. Combinados con los agentes de campo y los colaboradores, se computan decenas de miles de personas trabajando únicamente para localizar y eliminar a todos los enemigos del Reich, dentro o fuera de sus fronteras. Las oficinas centrales se instalaron en Berlín y también en los diferentes ámbitos administrativos y los países ocupados, bajo la idea de trabajar como una única fuerza centralizada y estatal.

El 27 de septiembre de 1939, Himmler firmó la burocratización del terror. Miles de personas comenzaron a trabajar bajo las siglas de la RSHA realizando tareas administrativas y rutinarias, alejadas de las calles y las detenciones, pero que aportaban un grano de arena más para que la policía y comúnmente, la Gestapo, pusiera rostro a ese amasijo de nombres, números y estadísticas. El secreto resultaba ser fundamental para llevar a cabo su misión y el silencio imperaba entre los mismos departamentos o incluso entre compañeros de mesa. Tal era su parcelación y secretismo que resulta aún muy difícil purgar las culpas de las personas que allí trabajaron. Cada uno era una rueda más dentro del majestuoso engranaje que fue la RSHA y por tanto sus actos eran tremendamente limitados. Esto creó una situación de vacío de responsabilidades en la que nadie llevaba a cabo una acción completa que repercutiese en la sociedad. Si bien, todos recibían órdenes directas y secretas para contribuir al mismo fin, que no era otro que crear la sociedad ideal para el Reich. La irresponsabilidad fue el sello de la RSHA pero ninguno de sus miembros ignoraba el propósito de su trabajo.

El *Amt* o la minuciosidad de la labor

La idea de la RSHA partió de una premisa muy concreta: la división del trabajo. Cada trabajador se imbuyó en un departamento estanco y alejado de los demás, informando sólo por orden jerárquico. Los datos emanaban de cada departamento al superior inmediato o a otro departamento que los necesitase, sin escapar de la red convenientemente establecida. De esta forma, el secreto fue la base de la nueva organización que avivó la distancia entre compañeros y el silencio. Por ejemplo, un trabajador del *Amt* u Oficina II –dedicado a administración, leyes y finanzas– no tenía acceso a la información de la Oficina IV, la Gestapo, si no influían en su trabajo directo. Prácticamente toda la información que emanaba de la RSHA llevaba el sello de «información clasificada». El embrollo era infinito y pronto la RSHA se vislumbró como un sistema difícil de manejar. Era prácticamente imposible conocer sus recovecos para los no iniciados, lo que dificultó la tarea de reclutar nuevos miembros, necesarios para satisfacer la grandiosidad de la institución. Para sortear este problema, se fijó un sistema de entrada para nuevos trabajadores que llegaron para engrosar las filas de la RSHA.

Era una red leal, estructurada y con mucha iniciativa e imaginación para crear las más inverosímiles situaciones siguiendo su objetivo. Un recién reclutado, que solía provenir de las universidades del Reich, comenzaba su andadura en la organización a través de un curso introductorio de algo menos de un año donde rotaba por diferentes departamentos según su preferencia y estudios. Entre las rotaciones más generales estaban las siguientes:

- Tres meses de trabajo en la Oficina V, KriPo, en labores policiales, de identificación y prevención del delito no político. A través de esta experiencia se lograba que el «nuevo» tuviera una visión general del trabajo policial y adquiriese conocimientos científicos y técnicos.
- Tres meses en el *Amt III*, el departamento del SD-Seguridad interior, donde se encargaban de asuntos en el extranjero, localizando a alemanes fuera de las fronteras del Reich y evaluando sus comportamientos. Además, se emitían dictámenes sobre ciertos ciudadanos dentro y fuera de Alemania sobre su fiabilidad política, social y racial.
- Tres meses en el *Amt IV*, la Gestapo, la piedra de toque del sistema. Todos los departamentos trabajaban para que el temido departamento de Müller actuase. Además dentro del *Amt* existían varios grupos dedicados a la administración y centralización de la información que ejecutarían posteriormente los agentes de campo.

Una vez superada la introducción, se evaluaban las aptitudes de los nuevos integrantes, sus estudios y los informes de sus superiores, para instalarlos en alguno de los departamentos de la RSHA. La maquinaria contaba con siete oficinas con al menos cuatro secciones cada una que se organizaban del siguiente modo:

- *Amt I*: personal y organización, dirigida por el general de brigada de las SS Bruno Streckenbach. Sus cometidos eran administrativos y se encargaban de los agentes dentro y fuera de Alemania participando en su formación.
- *Amt II*: administración, leyes y finanzas, administrado por el coronel de las SS Hans Nockemann. Tenían como misión expulsar a los enemigos del Reich, además de incautar sus bienes. Llevaban las finanzas, organización y administración generales de la RSHA. Una misión especial del departamento fue crear los vehículos por los que murieron miles de personas por la inhalación de gas.
- *Amt III*: correspondiente al servicio de información nacional o SD-Seguridad Interior, comandada por Otto Ohlendorf. Contaba con cinco secciones que velaban por la limpieza étnica de los alemanes instalados en el extranjero, además de generar informes sobre la fiabilidad política, social, cultural o racial de individuos para conseguir un empleo, un ascenso o nombramiento.
- *Amt IV*: la Gestapo, dirigida por Müller. Este es uno de los departamentos que cuenta con más secciones y sub secciones para garantizar la limpieza en Alemania. Como sabemos es la responsable de la persecución de los verdaderos o presuntos enemigos del Reich, detenerlos, interrogarlos, confinarlos sin juicio o sin acusación específica y trasladarlos a los campos de concentración si fuese necesario a través de «custodia protectora» (*Schutzhaft*). La Gestapo era el corazón de la RSHA y recibía información de los demás departamentos para llevar a cabo su labor y a su vez suministraba información a pie de calle de los arrestos, registros, informaciones, bienes, etc. Una de las labores más ocultas fue la vigilancia del *Abwehr*, la

inteligencia militar, a cargo de Wilhelm Canaris, acérrimo enemigo de Heydrich y Himmler y que participó más tarde en la Operación Valkiria contra el Régimen.

- *Amt V*: la *Kriminalpolizei* dirigida por Arthur Nebe hasta el 20 de julio de 1944, cuando participó en el golpe de Estado contra Hitler. Fue encargada de los delitos con raíz no política tales como robos, violaciones, incendios, etc. e incluía medidas preventivas y represivas. La sección VD era compartida con la Gestapo y se encargaba de las técnicas de criminalística. Una de las tareas más atípicas del departamento consistió en la persecución de gitanos y enfermos mentales que fueron redirigidos a campos de concentración a través de otras oficinas de las RSHA para su confinamiento y exterminio.
- *Amt VI*: *Sicherheitsdienst*, el SD-Seguridad Exterior. El otro departamento del SD se engloba bajo las órdenes directas de Heinz Jost hasta 1941 y posteriormente por Walter Schellenberg. Sus tareas fundamentales son el espionaje y contraespionaje internacional de países contrarios y neutrales. Llegó a contar con quinientos agentes.
- *Amt VII*: archivo y registro. Con el embrollo que suponía una organización como la que acabamos de repasar, se requirió un departamento que organizase toda la documentación que suministraban las oficinas. Otra de sus funciones fue la difusión de la propaganda del Reich de carácter antisemita y antimasónico, principalmente.

Para gran disgusto de Heydrich el OrPo –*Ordnungspolizei*–, encargada del orden en todo el Reich como policía urbana o rural, quedó fuera de la RSHA. Era la pieza que le llevaría al control total de todas las fuerzas policiales del Estado. El OrPo siguió bajo las órdenes de Himmler como jefe de todas las fuerzas policiales del Reich.

Durante el curso de la guerra los departamentos variaron e incluso crecieron siguiendo las necesidades del Reich. Las oficinas centrales de la RSHA se centralizaron en la calle Prinz-Albrecht, sede de la Gestapo. Desde ese mítico lugar, la monstruosa organización dirigió el presente y futuro de miles de personas en toda Europa. Se había completado plenamente el Estado policial y súper-burocratizado que anhelaba el nacionalsocialismo desde su raíz. La RSHA no fue una organización inmutable sino que las peculiaridades a las que se enfrentó Alemania dentro y fuera de sus fronteras, entre 1939 y 1945, hicieron variar sus efectivos. Además, un golpe iba a hacer temblar al Régimen nazi en 1942: el asesinato de Reinhard Heydrich en Praga. Durante un año la RSHA quedó bajo las órdenes directas de Himmler, que delegó su poder en Ernst Kaltenbrunner en enero de 1943. El nuevo jefe no tuvo las cualidades de su antecesor pero consiguió aplicar gran tenacidad a sus objetivos, que le sirvió para obtener el reconocimiento del *Führer*. Aun así, la RSHA siguió funcionando bajo los métodos de la Bestia Rubia y Kaltenbrunner sólo pudo seguir la estela que él había creado. Entre sus grandes logros se encuentran el control de la policía ordinaria y la inteligencia militar como miembros de la RSHA, cerrando el círculo del terror.

El corazón de la RSHA: *Amt IV*, la Gestapo

Cuando se ultimaban los preparativos para la creación de la RSHA, la organización que lo cambiaría todo, Himmler tuvo claro que la Gestapo sería el corazón de la misma. En las reuniones participó Heinrich Müller, jefe de operaciones de la policía secreta y que tuvo un papel primordial en todo el entramado represor. Bajo su mando se logró desarticular la llamada «resistencia» contra el nacionalsocialismo, infiltrando agentes entre sus filas y destruyéndola desde dentro. Tanto Himmler como Heydrich admiraban su fidelidad y su obediencia ciega, fuese cual fuese la circunstancia, lo que le hizo imprescindible. Otro añadido más para ganarse las simpatías de sus jefes era que las misiones que se le encargaron quedaban cumplidas con esmero, dedicación y frialdad extrema. Tal era su comportamiento que se ganó el apodo de Gestapo-Müller, él era como la Gestapo: rápido, impersonal, frío, implacable, leal y todopoderoso. Cualquier plan, cualquier objetivo, podía ser una misión perfecta para Müller, él la llevaba a la práctica de la manera más pragmática posible. A partir de 1939 obtendría el cargo de jefe directo de la Gestapo dentro de la RSHA de forma oficial, aunque las tareas las llevase a cabo desde hacía años. Sólo quedaba un cabo suelto en el historial de Gestapo-Müller y era que en 1939 aún no se había afiliado al NSDAP. Aunque resulte inverosímil, el jefe de la policía secreta había sido reclutado en la antigua policía política de Weimar en Baviera y no tenía ninguna afinidad con el Partido Nazi. Su máxima fue apoyar al Estado alemán fuese cual fuese su dueño y esta misión le hizo ser uno de los más obedientes miembros de la élite nacionalsocialista. Pero esto no le serviría si no aceptaba su adhesión al movimiento, ya que sus enemigos intentaban descalificarle por este hecho y por mucho que Heydrich, su reclutador y acérrimo defensor, le protegiese, la situación no podía continuar. Así, Müller hizo lo que llevaba haciendo toda su vida: cumplió la orden de Himmler y se afilió al NSDAP.

Con la Gestapo en manos de su jefe, ya oficialmente miembro del partido, y dentro de la RSHA obtuvo su reafirmación definitiva como órgano del Estado. Al estar supeditada a una estructura global dependiente del Ministerio del Interior, consiguió la legitimación como agencia estatal que hasta el momento no había tenido, estando parcelada por los distintos ámbitos regionales. En todo este entramado legal, la Gestapo mantenía un papel primordial como epicentro de la RSHA. De hecho, en los años anteriores, había llegado a absorber varios elementos del SD, que hasta el momento no podía practicar detenciones ni llevar a cabo investigaciones en el territorio del Reich de manera legal y su campo de actuación primordial eran las investigaciones en el extranjero superponiéndose a los servicios del Abwehr para recibir información. De esta forma, la policía secreta había tomado los servicios de un órgano del Partido Nazi para utilizar sus informaciones de manera legal y reconocida por el Estado. Esta estrategia que se llevó a cabo durante años, quedó incluida en la legalidad al fusionar al SD con las demás organizaciones en la RSHA, dentro de la maquinaria represiva del Estado y amparados por él.

Los métodos de la Gestapo no variaron ni un ápice en esta nueva etapa, si acaso fueron reforzadas sus prácticas con el apoyo de los demás departamentos que conformaron la Oficina de Seguridad. Müller utilizó todos los métodos a su alcance para desarrollar cada vez más la actividad policial de su departamento y prevalecer sobre los demás. De hecho, se planteó un esquema muy sofisticado para las diferentes secciones de la Oficina IV, que abarcaron todos los ámbitos de persecución para demostrar su eficacia. Que la Gestapo fuese sólida y capaz resultaba vital para llevar a cabo los planes del nacionalsocialismo.

Dentro del *Amt IV* existían varias secciones definidas para cada caso:

1. IVA: adversarios del Régimen nazi, divididos en subgrupos según la raíz de la oposición (marxistas, reaccionarios, liberales, emigrados, contrasabotaje y medidas de seguridad general). Los subgrupos fueron variando y ampliando su campo de actuación según los acontecimientos bélicos y de interior.
2. IVB: actividad sectaria y eclesiástica. Dirigidos a vigilar y perseguir a los grupos religiosos y sus actividades, consideradas ilícitas (Iglesias católica y protestante, Testigos de Jehová, masones y, por supuesto, judíos) y encargarse de su transporte a los campos de concentración. El subgrupo dirigido por Adolf Eichmann, IVB 4, fue el encargado de planear e intentar ejecutar la Solución Final al problema judío.
3. IVC: asuntos del Partido Nazi, administración de los ficheros de la Gestapo, vigilancia de la prensa y responsables de los informes de las detenciones preventivas.
4. IVD: responsable de los territorios ocupados por el Reich y de la mano de obra de extranjeros en Alemania. Según avanzó la guerra, se abrieron nuevas secciones para llegar a los nuevos países conquistados tales como Francia, Bélgica o Polonia. Dentro de esta sección, el jefe del subgrupo IVD 4, Karl Heinz Hoffman redactó la orden del *Führer*, *Nacht und Nebel* ('Noche y Niebla') mediante la cual la Gestapo hizo desaparecer a miles de deportados, opositores o prisioneros de guerra. Este grupo fue también el encargado de movilizar a millones de personas para trabajar en las fábricas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Entre sus funciones estaban la selección del personal, movilización, vigilancia en los puestos de trabajo para eliminar posibles opositores así como asegurar su manutención.
5. IVE: contraespionaje. Este departamento se encargaba de realizar labores de contrainteligencia en todos los territorios de Europa, así como formar a los agentes y ocuparse de grandes problemas económicos de corte internacional. Además de vigilar a la inteligencia militar.
6. IVF: policía de fronteras y policía de extranjeros, que tuvieron como misión vigilar todas las fronteras del Reich, la administración de los pasaportes y las tarjetas de identidad de los ciudadanos. Para ello, se sirvieron, de nuevo, de otros departamentos de la RSHA que emitían informes personales de alemanes y extranjeros.
7. *Referat N*: grupo complementario e independiente creado en 1941 que supervisaba la centralización de los informes.

En estos siete departamentos se englobaba el terror. Cada uno trabajaba de manera eficaz en su cometido para llegar a la conformación de la sociedad ideal nacionalsocialista.

LA OPOSICIÓN EN GUERRA, NUEVAS PREOCUPACIONES DE LA GESTAPO

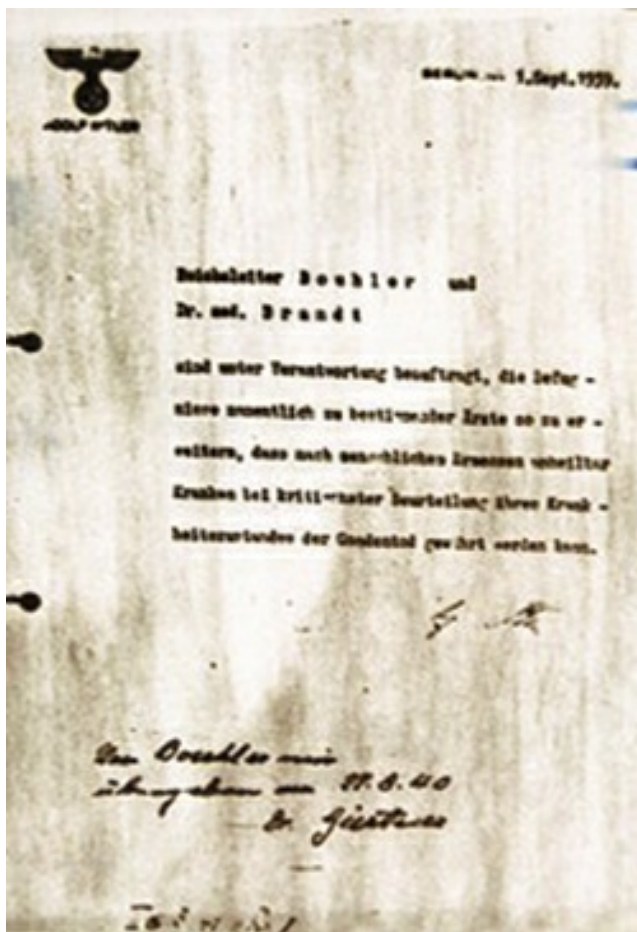
Como sabemos, una de las nuevas atribuciones de la Gestapo tras el inicio de la guerra consistió en avanzar con el ejército en los nuevos territorios para eliminar la disidencia y realizar una limpieza étnica y social. El departamento IVD dirigido por Hoffman fue el encargado del despliegue de la Gestapo por los territorios que Alemania fue ocupando durante el período bélico: Polonia, Países Bajos, Bielorrusia, Noruega, Francia o Yugoslavia, unidos a Austria y Checoslovaquia. La policía secreta del Estado se encargaba de realizar listas de opositores conocidos, investigar y localizar a los judíos, eslavos, gitanos, etc. para enviarlos a los campos de concentración que fueron aflorando por toda Europa bajo el auspicio nazi. Todo el globo sabía que la Gestapo era, si cabe, más carnicera en el extranjero y que se servían de la población afín para conseguirlo, pero en el período bélico el territorio era demasiado amplio y la resistencia contaba con la ayuda de los servicios de inteligencia extranjeros y de gran parte de la población. Los miembros de la Gestapo desplegados en el extranjero tuvieron que hacer grandes esfuerzos por llegar al control social que se asemejase a la Alemania que habían dejado en 1939. Pero según avanzaba la guerra aquella Alemania ideal se estaba volviendo en contra de los planes de Hitler. Este cambio paulatino de opinión fue al que se enfrentó la Gestapo dentro las fronteras del Reich entre 1939 y 1945.

A estos problemas se le unieron otros de mayor envergadura dentro del mismo corazón del Reich. La nueva guerra no había sido del gusto de gran parte de la población alemana y mucho menos cuando los problemas en el campo de batalla fueron cada vez más y más difíciles de encubrir. La incursión en la guerra de Estados Unidos y la Unión Soviética por el bando aliado cedieron la balanza en contra de Alemania, pero sobre todo fue el intento de la conquista de Rusia lo que trajo la primera gran derrota. La Operación Barbarroja, rompiendo el pacto firmado con Rusia en 1939, comenzó en el verano de 1941. La Unión Soviética había anexionado la parte oriental de Polonia y algunos países de Europa oriental siendo su siguiente objetivo los Balcanes. Alemania creyó que el conflicto era inevitable y prefirió adelantarse. Pronto se dieron cuenta que el territorio ruso resultó inexpugnable para sus enemigos y a sólo veinticinco kilómetros de Moscú el Ejército alemán tuvo que replegarse por el intenso frío (pueden llegar a temperaturas de $-50\text{ }^{\circ}\text{C}$) y su ofensiva se desplomó. En diciembre se suspendió la operación y la Unión Soviética ya se encontraba del lado de los Aliados en la guerra. A partir de este momento, las derrotas comenzaron a sucederse sin que pareciese que había salida alguna. A su vez, la fidelidad de los ciudadanos se iba desmoronando lentamente alentados por la visión del desastre en el campo de batalla mientras los servicios de seguridad se afanaban por la creación de la sociedad ideal. Las luchas internas volvían con incidencia a Alemania.

El programa Aktion T4

Dos años antes de la incursión en Rusia, en el año 1939, la Gestapo se encontraba inmersa en un período de cambio sin precedentes. Su inclusión en la RSHA traía consigo un aumento en el presupuesto, el personal y sus atribuciones. Los trabajadores de la Gestapo que se quedaron para proteger Alemania siguieron sus actividades de búsqueda de opositores, espías extranjeros en territorio alemán y sobre todo, continuaron con la limpieza étnica y social. La guerra iba viento en popa y el trabajo de la organización era escaso y mucho más complicado por escasez de oposición que se planteaba en Alemania. Pareció que todo estaba en orden, que habían conseguido llegar a controlar por fin a la sociedad del Reich. En este estado, quisieron continuar su misión hacia la sociedad ideal que habían proyectado para Alemania a través de un programa político-social llamado Aktion T4.

El nacionalsocialismo había intentado llegar a una sociedad ideal a través de la biopolítica. De esta forma, se creyó en la transmisión hereditaria de los caracteres raciales, tanto en forma positiva como negativa, lo que los psiquiatras de entreguerras denominaron eugenesia. Esta teoría fue aceptada científicamente en países de todo el mundo y sobre ella se prepararon leyes con el fin de esterilizar a millones de personas. El Régimen nazi no fue una excepción y desde 1934 esterilizó a unas cuatrocientas mil personas consideradas incapaces por tener alguna discapacidad física o mental, siendo superado únicamente por Estados Unidos. Los encargados de detener y confinar a estas personas fueron una vez más miembros de la Gestapo. Pero en 1939 se preparó una nueva fórmula para atajar lo que creían un problema para la raza aria, la eutanasia o ayuda a morir. Comenzó entonces el programa Aktion T4, cuyo ideólogo principal fue Himmler, obsesionado con la arianización de Alemania, y como ley en octubre de 1939 bajo orden directa del *Führer*. Según la ley cualquier hombre, mujer o niño que tuviese una enfermedad considerada incapacidad bajo los cánones de la ciencia de los años cuarenta debía ser ejecutado. Su asesinato no se consideró tal sino que la ideología nazi llegó a la conclusión de que sus vidas no eran merecedoras de ser vividas y, por tanto, se estaba haciendo un acto de compasión que beneficiaría al conjunto de la sociedad. La epilepsia en alto grado, la diversidad funcional, el Síndrome de Down, enfermedades no comunes, sordera, ceguera, enfermedades mentales en cualquier grado e incluso la homosexualidad, eran supuesto válidos para llegar a cabo la eutanasia.



Orden de Hitler para llevar a cabo el proyecto Aktion T4 de octubre de 1939 pero que se aplicó de forma retroactiva a fecha 1 de septiembre de 1939.

El programa comenzó en Alemania aquel octubre de 1939 y los encargados de llevar a cabo las investigaciones y detenciones de personas que fueron ejecutadas fue la Gestapo, ya que se trataba de un programa al que no se le dio una excesiva publicidad. Una conducta extraña o el nacimiento de un infante diferente al resto era señal de que la visita de la policía secreta del Estado estaba cerca. Otros, que ya se encontraban en hospitales ordinarios o psiquiátricos o incluso en campos de concentración fueron ejecutados sin paso previo. Una vez confinados se entregaban a los médicos del Reich, comandados por Philipp Bouhler y a su médico personal, el doctor Karl Brandt, que pasaron a exterminarlos en masa a través de las primeras duchas de gas venoso, inyecciones letales de morfina y escopolamina. En el caso de los niños se procedió a la inyección directa al corazón o su muerte por inanición, sobre todo en el caso de los recién nacidos. El programa resultaba obvio para el resto de la población, e incluso se publicitó el ahorro en el coste de hospitales que serían destinados a la guerra o a la mejora de los servicios públicos. Además contó con el beneplácito de la comunidad médica que fueron los que llevaban a cabo el proceso de la mal llamada eutanasia. Pero la presión social, sobre todo ejercida por la Iglesia, que arrastró a parte de la sociedad, hizo que el programa desapareciese oficialmente en 1941. En la práctica, se siguió con estos procedimientos de manera sistemática. Los beneficios del Aktion T4 no pasaron desapercibidos para el nacionalsocialismo que

comenzó a utilizarlos en los campos de concentración para la eliminación masiva de personas. Además, sus métodos fueron incluidos en el programa de la Solución Final y se comenzó a investigar con las personas tachadas de incapaces para saber el origen del mal y poder erradicarlo por completo de la sociedad. Estas investigaciones fueron en todos los casos a través de torturas inhumanas al paciente antes de su ejecución.

La nueva oposición interior

En septiembre de 1939 se prohibió escuchar en Alemania cualquier radio extranjera. La radio fue un elemento más para la guerra total que había desplegado el Reich. Goebbels, como ministro de Propaganda, fue el encargado de crear una atmosfera irreal donde los ciudadanos se impregnasen únicamente de lo que ellos querían. La prensa estaba controlada desde el inicio del nacionalsocialismo, pero en la etapa bélica esta misión era fundamental. La guerra total incluyó el conflicto cultural contra los países Aliados que podían minar la verdadera germanidad. En la primera etapa nacionalsocialista, el medio radiofónico era público y se podía escuchar en plazas, mítines, etcétera, pero la creación del *Volksempfänger* o ‘radio del pueblo’, que se vendió a un precio muy bajo, permitió que cada alemán pudiera escucharla en casa. El aparato impedía escuchar emisiones extranjeras y los estudios de radio internos estaban nacionalizados y muy controlados por el Ministerio de Propaganda. La radio fue un potente mecanismo para la transmisión de ideas y noticias antes de la aparición de la televisión, según los datos, en 1940 había más de dieciséis millones de aparatos receptores radiofónicos en Alemania. Este medio de comunicación estaba algo menos censurado que la prensa escrita por el componente de improvisación en directo que incluye, pero durante la guerra no se permitió ninguna salida de tono por leve que fuese. En octubre de 1939 las emisiones de *jazz* o *blues* quedaron prohibidas y se alentó a la reproducción de música alemana constante para contribuir al adoctrinamiento y la propaganda. El programa *La hora de la nación* fue la estrella informativa del Régimen, en el que se desarrollaba toda la acción propagandística nazi, incluyendo noticias, música e ideales afines.

La eliminación de programas como Aktion T4 por la presión de la comunidad popular fue sólo el punto de partida de los nuevos problemas a los que el Reich debía hacer frente en la etapa de guerra. La guerra, en términos de seguridad interior, no debía suponer, *a priori*, la necesidad de realizar ningún cambio en las políticas de limpieza social y étnica en el territorio alemán. Con la nueva organización, la RSHA, pareció que la llegada al control total de la sociedad era pan comido para el nazismo. Pero no contaron con el descontento que poco a poco empezó a calar en la sociedad. Había diversos motivos por los que los alemanes, aparentemente dóciles, se mostraban contrarios a las políticas que el Reich ordenaba. La guerra trajo consigo la movilización de todos los alemanes obligados a luchar y contribuir a la causa del Estado. Además, el control se hizo más efectivo sobre todo en la integridad que como alemanes se les exigió a los ciudadanos. En este contexto, surgió una nueva oposición alejada de las grandes corrientes políticas del momento y que estuvo representada por jóvenes en su mayoría. Esta juventud nacida tras la Primera Guerra Mundial había vivido la mayor parte de su vida «consciente» bajo la red del nacionalsocialismo. En el fragor del conflicto encontraron recodos para desafiar al Estado.



Toda Alemania escucha al *Führer* con la *Volksempfänger*. Estos panfletos propagandísticos recorrieron Alemania y Europa.

Ir contra la propaganda era delito y la Gestapo no cesó en la persecución de aquellos que escondidas escuchaban radios extranjeras. Aunque algunos sólo quisiesen acercarse a la música o los deportes extranjeros, los matinales radiofónicos del exterior aportaban noticias continuas de los avances de la guerra. Aunque era difícil llegar a las ondas extranjeras, no era imposible, sobre todo en los países ocupados. Los británicos hicieron una gran labor de propaganda intentando ampliar su frecuencia para ser escuchados en los territorios dominados por el nacionalsocialismo, incluso en la propia Alemania. Se consideró que recibir noticias que no fuesen las que apoyaba al Reich era señal inequívoca de que no se apoyaba a Alemania en la Guerra, lo cual era un delito grave. La escucha de emisiones no nacionalizadas podía suponer hasta cinco años de cárcel y la Gestapo estuvo constantemente al acecho de estas prácticas.

Otra forma de delito era mostrarse afín a otras culturas que no fuesen la germana. La escucha o admiración de música extranjera era considerada delito. El *jazz*, el *blues* y sobre todo el *swing* eran populares durante los años treinta y muchos jóvenes alemanes no se resistieron a esta música que les hacía bailar sintiéndose modernos. Naturalmente estas prácticas estaban prohibidas por atentar contra la cultura alemana y ensalzar la de los enemigos. No obstante, algunos pequeños grupos de jóvenes escuchaban esta música incluso en el corazón de Alemania. Los chicos del *jazz* o los chicos del *swing*, como se les conoció, no suponían en teoría ninguna amenaza para el Reich, pero con la

guerra total su debilidad era delito y se les persiguió al considerar sus prácticas antialemanas. Su captura fue encargada a la Gestapo, pues se les consideraba opositores, y para ellos fue fácil realizar sus detenciones. Sin embargo, pocos de los jóvenes detenidos eran encarcelados indefinidamente; sólo pasaban privados de libertad unos días durante los que recibían palizas y vejaciones por parte de la policía secreta.

Estos nuevos delitos fueron a los que tuvo que hacer frente la Gestapo dentro de las fronteras de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. El trasfondo de esta oposición recayó en que la sociedad ya no apoyaba al Régimen nazi y buscaba otra manera de vivir alejada de la guerra y el militarismo, sobre todo la población más joven. Detener a estas personas resultó muy fácil para los experimentados miembros de la policía política, pero la semilla de la disidencia se extendía imparable calando en Alemania. La respuesta del Estado fue realizar detenciones cada vez más arbitrarias para infundir el miedo entre la población para advertir del peligro que era ir contra las normas. Sin embargo, cada vez más alemanes entendieron que el nacionalsocialismo debía acabar y para algunos esto pasaba por asesinar a su cabeza: el *Führer*.

Matar a Hitler

Durante la vida política del *Führer* se contabilizó una cuarentena de atentados contra su persona. La mayoría fueron desarticulados por la Gestapo muy pronto, pero otros estuvieron a punto de acabar con su vida. A pocos días del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y con la Gestapo acompañando al Ejército alemán en su tentativa contra Europa, el punto de mira volvió a centrarse en Alemania y los alemanes. Los nazis pensaron que el país estaba convenientemente pacificado pero el curso de los acontecimientos varió las opiniones en Alemania.

El 8 de noviembre de 1939, Johann George Elser, un relojero y carpintero alemán, construyó un artefacto bomba que colocó en las columnas de la cervecería Bürgerbräukeller, en Múnich. Este lugar había sido elegido por Hitler para dar un discurso de conmemoración del *putsch* de la Cervecería de 1923. A las 21:20 de la noche el artefacto estalló quitando la vida de siete personas reunidas allí para escuchar al *Führer*, pero este había interrumpido su discurso sólo trece minutos antes y había salido precipitadamente del lugar acompañado de otros jefes nazis como Goebbels o Von Ribbentrop. Este cambio de planes que salvó su vida surgió de la necesidad de Hitler de coger un tren que le llevara a Berlín a las 21:30 para atender asuntos de guerra. A las 22 horas la maquinaria se puso en marcha para detener a los causantes, Heydrich avisó a la policía dirigida por Nebe y los servicios exteriores del SD, comandados por Schellenberg, ya que se pensó que la emboscada podría haber sido planeada por los británicos. Elser, sin embargo, fue detenido por la Gestapo en la frontera suiza e internado en Dachau. Se le mantuvo con vida como símbolo pero fue ejecutado en los últimos días del nazismo. Las motivaciones de Elser fueron el descontento que percibió en los trabajadores alemanes y la sociedad en general desde el inicio del Régimen. Sus

argumentos fueron más sociales que políticos, ya que al llegar la guerra percibió que el sufrimiento de la sociedad alemana sólo iba a ir en aumento. Pero éste sólo fue el primero de los varios atentados donde el *Führer* salvó la vida de manera casual o por la intervención de los servicios de protección. En 1943 se tuvieron constancia de dos tentativas de asesinato a Hitler a través de sus medios de transporte, aunque de nuevo la suerte estaba de parte del nacionalsocialismo.

Aunque los magnicidios no lograron su labor, la Gestapo veía sus esfuerzos truncados en la detención de esta nueva oposición de alto nivel que tenía poder para atentar contra la vida del mandatario. El SD no alcanzaba a aportar la información necesaria para frenar este ascenso de la violencia interna y los intentos cada vez fueron mayores. Las detenciones se hicieron cada vez más arbitrarias y el curso de la guerra creaba cada vez más descontento entre la población. No fue extraño que en estas circunstancias se organizase una red de opositores, sobre todo desde el ámbito militar y derechista –aunque en la red había personas de diferente cariz político y social–, que decidieron matar a Hitler.

Uno de los sucesos más importantes de los últimos meses del Régimen nazi fue la Operación Valkiria, que puede ser fácilmente el atentado más conocido de la historia. El cine y la literatura han escenificado en multitud de ocasiones este hecho que estuvo a punto de cobrarse la vida de Adolf Hitler. La operación no consistía únicamente en asesinar al *Führer*, sino que se pretendía dar un golpe de Estado que eliminara el nacionalsocialismo. Los autores eran miembros del Ejército alemán, descontentos sobre todo por el cambio en la guerra que auspiciaba una derrota deshonrosa para Alemania. El coronel Claus von Stauffenberg, a cargo del ejército de reserva, fue el autor material del atentado, pero en su red estaban implicadas entre doscientas y trescientas personas que sustentaban sus ideas y apoyarían el cambio. Se planeó el asesinato de Hitler en multitud de ocasiones, sin éxito por problemas técnicos en su mayoría. Los atentados anteriores, a comienzos de 1944, habían hecho que la vigilancia fuese mayor entre el círculo del nacionalsocialismo y la idea de los conspiradores era eliminar de un plumazo a Hitler, Himmler y Göring, para evitar posibles continuidades. Una vez asesinados se utilizaría a la reserva del ejército para desarmar a las SS y la Gestapo, y sabían que contarían con apoyo internacional suficiente. Von Stauffenberg acudió a varias conferencias con artefactos bomba, pero nunca encontraba juntos a los dirigentes. Mientras, la Gestapo estrechaba el círculo tras los conspiradores y había que pasar a la acción.

El 20 de julio de 1944, Von Stauffenberg acudió a Rastenburg, en Prusia oriental, donde se encontraba el *Wolfsschanze*, la ‘Guarida del Lobo’, el cuartel general secreto de Hitler. Acudió con una bomba que hizo estallar cuando el *Führer* se encontraba revisando un mapa de los acontecimientos de la Operación Barbarroja o *Unternehmen Barbarossa* sobre la Unión Soviética. Él se había ausentado de la sala de conferencias unos minutos antes y pensó que la Operación Valkiria había triunfado al oír la explosión, pero no había confirmación. Rápidamente informó a los conspiradores y en Berlín comenzó una revuelta con detenciones de adeptos al nacionalsocialismo y ocupación de edificios públicos, pero no contaron con que tanto Kaltenbrunner, presente en la reunión, como Hitler sospechaban de él. Lo que sí notaron fue el silencio, las SS y la Gestapo no estaban realizando ningún movimiento que denotara la muerte de su líder y muchos se echaron atrás en el plan. Mientras, tanto Himmler como Kaltenbrunner y Müller estaban atacando. Esa misma noche se detuvo al grueso de los conspiradores, que tuvieron diferentes destinos que bascularon ente el suicidio o la ejecución, pasando por campos de concentración, torturas y escarnio personal y profesional. La Gestapo se hizo cargo de detener a todas las personas pertenecientes a sus círculos

privados y públicos, destruyendo sus viviendas y confiscando todos sus bienes. La Operación Valkiria fracasó gracias a la rapidez de Goebbels en tomar el mando de las comunicaciones y avisar de que Hitler seguía con vida. Desde este intento de golpe de Estado, la salud mental del *Führer* sufrió un grave batacazo y comenzó a tener el síndrome de manía persecutoria. Desde enero de 1945 se instaló en el *Führerbunker*, un búnker antiaéreo en el subsuelo de Berlín, desde donde dirigió los últimos coletazos de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Fue allí, también, donde se suicidó de un disparo en la cabeza el 30 de abril de 1945.

Durante la guerra la Gestapo fue perdiendo poco a poco su poder. La población, que se suponía afín, flaqueó en su adhesión al nacionalsocialismo, mientras que varios grupos de conspiradores intentaban destruir el Régimen al observar la pérdida de la guerra. Durante los últimos meses, Berlín y otras ciudades alemanas recibieron ataques aéreos por parte de los Aliados que destruyeron varios edificios gubernamentales, entre ellos (sufrió daños) la mítica sede de la Gestapo en la capital. Aun así, la policía política del Estado siguió trabajando como pudo en otras dependencias, incluso sin material de oficina o paredes en las estancias. La Gestapo murió matando, con detenciones cada vez más arbitrarias y ejecuciones improvisadas mientras los Aliados asediaban las ciudades. El 20 de abril de 1945, último cumpleaños del *Führer*, comenzó la batalla de Berlín, que durante doce días resistió el asedio del Ejército Rojo. El 29 de abril una incursión rusa logró ondear su bandera en el edificio de la calle Prinz-Albrecht, aunque tuvieron que replegarse por los últimos empujes que dieron las SS. Finalmente, el 2 de mayo el Ejército Rojo tomó Berlín deteniendo a la totalidad de los miembros de la Gestapo que encontraron en sus dependencias. La guerra fue la única que pudo plantarle cara a la Gestapo y el 7 de mayo de 1945 el general Dwight D. Eisenhower disolvió la Geheime Staatspolizei de manera oficial. Los Aliados aunaron fuerzas para juzgar los actos tan atroces que cometió la organización y para comprender cómo pudieron llegar a alcanzar cotas de control social más altas que cualquier otra policía en todo el mundo.

La Gestapo contra Europa

Sí, es Europa, desde el Atlántico hasta los Urales,
es toda Europa, la que decidirá el destino del mundo.

Charles de Gaulle

Durante la campaña contra la Unión Soviética el Reichsführer, Himmler, acompañó a las tropas invasoras en su camino para supervisar el trabajo que realizaban los Einsatzgruppen, grupos de «limpieza» étnica, política y social comandados por la Gestapo, que avanzaban junto al Ejército alemán y aseguraban la retaguardia funcionando como escuadrones de la muerte. Himmler, deseoso de observar el trabajo de campo, concertó con el Obergruppenführer y ayudante, Karl Wolf, la visita a un fusilamiento cerca de Minsk, capital de la actual Bielorrusia, a mediados de agosto de 1941. Al parecer, los miembros del escuadrón organizaron un grupo de unas ochenta personas entre las que se encontraban mujeres, niños y personas de avanzada edad, para fusilarlos a sangre fría. Otras informaciones, como la de Erich von dem Bach-Zelewsky, presente en la ejecución y que declaró este hecho como testigo en el proceso contra Adolf Eichmann en Jerusalén, habla de un número mucho más reducido y con menor presencia judía: declaró que en su mayoría fueron partisanos y que todos fueron hombres de mediana edad, a excepción de alguna mujer. No había juicio, ni delito alguno que estas personas hubieran cometido, su condición de judío o partisano fue suficiente motivo para estar allí. Se dice incluso que Himmler se acercó a un hombre, a punto de ser fusilado, y le preguntó si era judío, ante la respuesta afirmativa el líder nazi insistió: «¿Tiene algún antepasado que no sea judío? Si no es así, no podré ayudarle». Poco después, el cuerpo de este hombre caería en la fosa común. El procedimiento era bastante simple y consistía en excavar una fosa donde se colocaban los «condenados» en filas, mientras que los nazis iban disparando a discreción. Los cuerpos caían directamente en la fosa y los que aún quedaban vivos se superponían encima de los

cadáveres para facilitar el trabajo de sus asesinos. En el fusilamiento de Minsk, el Reichsführer estaba colocado muy cerca de la zanja consiguiendo así que parte de las vísceras de los asesinados le alcanzaran sus ropas e incluso su inmaculada piel. Himmler, el motor del terror nazi, pareció que iba a desmayarse y tuvo que ser acompañado a su coche de inmediato mientras terminaba la ejecución.

Este episodio, que fue relatado por Wolf años después, tuvo unas consecuencias deleznable para la población de todos los puntos de Europa. La crueldad del asesinato en masa a través del fusilamiento se hizo patente para Himmler desde el momento que visitó Minsk en agosto de 1941. Él, un hombre teórico y que ya había sufrido otros episodios similares, como en España cuando vio una corrida de toros en Las Ventas, empatizó con sus hombres de inmediato. Para conseguir que los planes siguieran adelante, había que liberar a las fuerzas de asalto de la presión que suponía disparar una y otra vez a personas de cualquier edad y condición. Para ello, pidió a Arthur Nebe que buscase métodos más humanos –para los asesinos, no para los asesinados– a la hora de llevar a cabo la política de limpieza de los Einsatzgruppen y todos los cuerpos de seguridad que fuesen a tener esta misión. Paradójicamente esta petición se realizó a Nebe mientras visitaban un centro psiquiátrico cercano a Minsk y lo siguiente que le pidió el Reichsführer fue que «acabara con el sufrimiento de estos enfermos». Horas después el centro psiquiátrico voló por los aires, con la connivencia de Himmler.



Himmler durante su visita a Minsk en agosto de 1941. El Reichsführer deseaba conocer de primera mano los escuadrones de la muerte que estaban arrasando las vidas de miles de ciudadanos del este europeo.

Este fue el principio del cambio en las matanzas masivas, unido a la Conferencia de Wannsee, en la que se ideó y planificó la Solución Final al problema judío (*Endlösung der Judenfrage*), dirigida por Heydrich, que llegó a la conclusión que era necesario establecer una muerte más efectiva para los millones de personas que estudiaban eliminar a lo largo y ancho de Europa e incluso el mundo. A partir de esta orden, comenzaron a idearse los llamados «Camiones S» que desde el exterior parecieron simples medios de transporte pero que realmente se utilizaron como elementos de exterminio de miles de personas.

LOS PLANES DE LA GESTAPO PARA EUROPA

El geógrafo Friedrich Ratzel popularizó, en la segunda mitad del siglo XIX, la idea de *Der Lebensraum* o ‘espacio vital’ consistente en la aplicación de las teorías darwinianas del progreso y la supervivencia a las naciones de ámbito mundial. Esta teoría fue completada por el politólogo Rudolf Kjellén en su obra *El Estado como forma de vida* (1916), a través de la acuñación del término de geopolítica haciendo referencia a la geografía como elemento político en una región determinada. Las tesis de Kjellén tuvieron gran importancia en el panorama científico del primer tercio del siglo XX y varios autores siguieron su estela para completar y definir la estrategia entre la geografía y la política. Como sabemos, la etapa de principios del siglo pasado estaba marcada por el imperialismo heredado del siglo XIX y que buscaba nuevas formas para convertir a una nación que dominase la esfera internacional. En este proceso, surgieron varias tendencias en torno a la geopolítica y cómo aplicarla a las ansias territoriales de las potencias, entre las teorías la de Karl Ernst Haushofer, geógrafo, político y militar alemán, fue preeminente. Él estableció que existía una importante relación entre espacio y la población, afirmando que un Estado debía asegurar su existencia a través de la disposición del suficiente espacio para atender sus propias necesidades, sino este no estaría garantizando su supervivencia. Haushofer estuvo muy cercano al movimiento nazi en sus inicios e inspiró a sus miembros de esta doctrina que completó la visión que se tuvo del *Lebensraum* durante el Tercer Reich.

Desde este prisma, al igual que la Doctrina del Destino Manifiesto estadounidense, la política exterior que llevó a cabo el nacionalsocialismo alemán se constituyó en dos fases diferenciadas, incluso en el tiempo. La primera fase estuvo dedicada a la anexión de los territorios que Alemania creyó arrebatados al fin de la Primera Guerra Mundial como fue el caso de la anexión de Austria y una parte de Checoslovaquia antes del inicio del conflicto de 1939. Estos territorios, con una gran minoría de origen alemán, se consideraban parte integral de la Gran Alemania, en alemán Großdeutschland, el proyecto central del Reich, creando un gran Estado en Europa Central que dominase el continente. La segunda fase, que se llevó a cabo durante la Segunda Guerra Mundial, fue la búsqueda del espacio vital alemán que aseguraría su supervivencia como potencia a través de la dominación de todo el territorio de Europa Central y del Este y, paralelamente, de una parte importante de Europa occidental. Con esta conjunción, apoyado por sus aliados estratégicos como España, Italia o Hungría a los que vigilaba e instruía, Alemania se convirtió en la nación más importante de toda Europa, e incluso del mundo, en la primera mitad de la Segunda Guerra Mundial. De no haber perdido la guerra, Hitler habría continuado su dominio hacia la Unión Soviética, Gran Bretaña e incluso zonas de América o Asia, donde él o sus aliados ya habían hecho incursiones con mayor o menor éxito.

Asegurar el espacio vital de Alemania sólo era el primer paso de los planes del *Führer*. Si bien cientos de alemanes se lanzaron a colonizar ciertas regiones de dominio nazi, la realidad fue que las instituciones alemanas fueron las que más presencia tuvieron en los nuevos territorios creando un entramado represor a las órdenes de Berlín. Tanto en la preparación de la incursión como en la posterior entrada en distintos países, la RSHA y sobre todo la Gestapo tuvieron un papel crucial en

el desarrollo de los acontecimientos. Varios departamentos estuvieron inmersos en la conquista de Europa y la propagación de la influencia nazi en todos los ámbitos de la vida social, política y económica de los mismos. Los planes de Hitler, una vez llevada a cabo la sociedad ideal en Alemania, era exportar ese modelo a todas las naciones posibles, es decir, «nazificar» el mundo. Estos planes no sólo pasaron por la invasión de diferentes países sino que también tenían el convencimiento de que la influencia alemana en otros serviría para sus intereses. Al mando de estas operaciones siempre estuvo la Gestapo y su monstruoso aparato represor. Su misión fue muy amplia y diversa según las necesidades de cada país o región que se pensaba invadir u obligar a colaborar, pero existieron unas tónicas generales que la Gestapo, con la ayuda inestimable del SD y la cierta parte de la población autóctona, siguió en toda Europa. En los países ocupados, la Gestapo envió a hombres alemanes de confianza para dirigir a los nuevos súbditos de Hitler en la creación de réplicas de la organización que llevaran a cabo sus planes de limpieza política, étnica y social. De esta forma, se consiguió doblegar a millones de personas bajo la autoridad del Tercer Reich.



Großdeutschland. En 1937, fecha de la imagen, se proyectó este mapa de territorios susceptibles a anexión por los nazis al considerarlos plenamente arios.

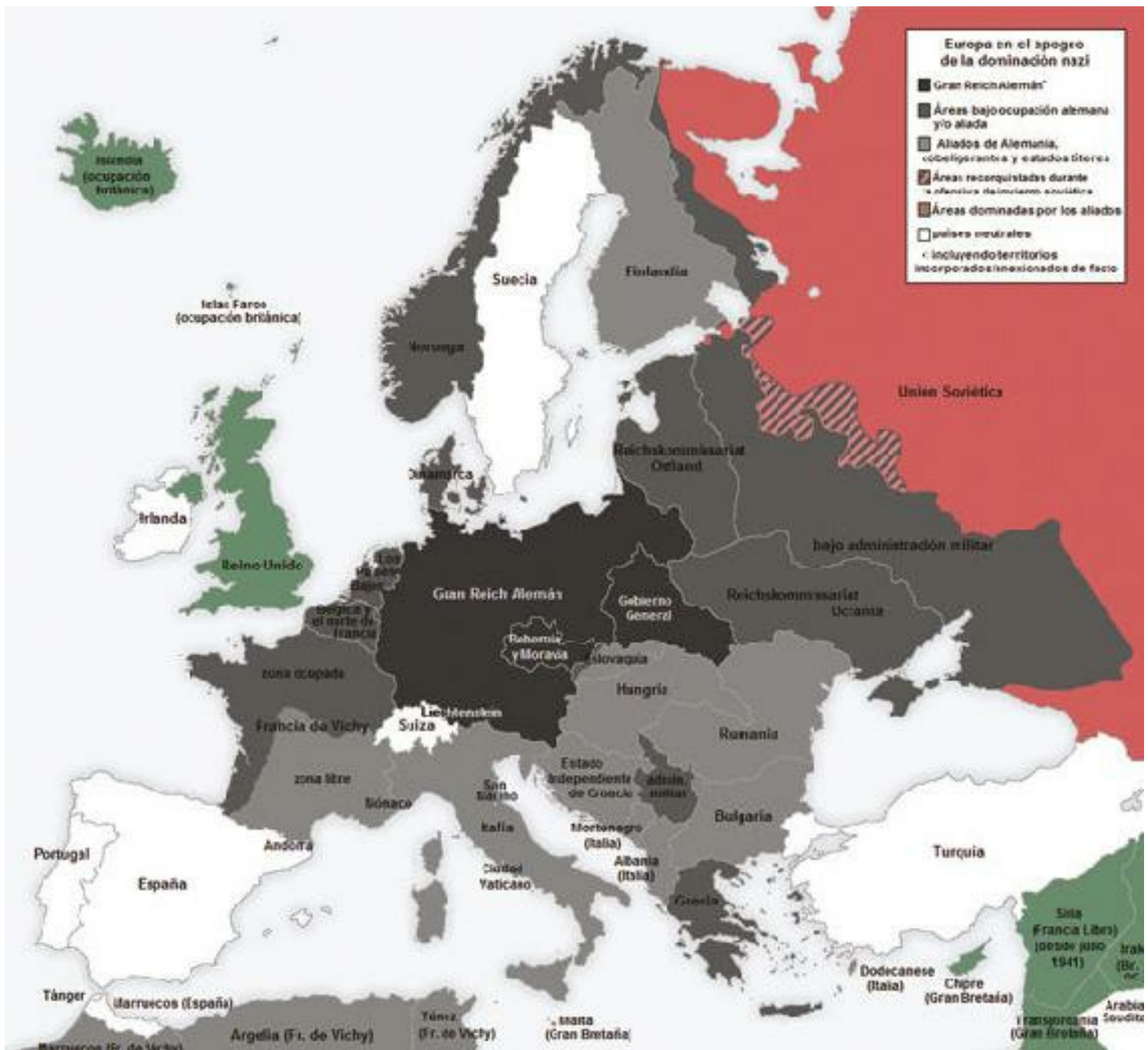
Los años del espionaje

Las victorias obtenidas por los nazis entre 1939 y 1942 fueron el caldo de cultivo perfecto para que la Gestapo pudiese pasar a dominar la vida de los civiles de los territorios conquistados. En 1940, Hitler dominaba Austria, Checoslovaquia, la parte occidental de Polonia, Noruega, Dinamarca, Luxemburgo, Países Bajos y tenía alianzas sólidas con los gobiernos colaboracionistas de Hungría, Bulgaria, Suecia, España, Japón, Italia y la Unión Soviética, mientras que la deseada Francia se rindió en junio de 1940 a su poder. En 1941, comenzó la conquista de la Unión Soviética y la toma de

parte oriental de Polonia, así como los Estados Bálticos, gran parte de Ucrania y Bielorrusia, imponiendo el sitio a Leningrado en diciembre de este año. Además, con la ayuda de Italia, Grecia y Yugoslavia fueron invadidas y saqueadas, y en el caso de ésta última, desintegrada a conveniencia. También se llevaron a cabo campañas de éxito junto a los italianos en Libia y Egipto, colonias de influencia británica, así como en las colonias africanas y asiáticas de los países que fueron dominando. En las últimas embestidas se invadió Albania e Italia, mientras que Hungría y Bulgaria caían rendidas a los aliados entre 1943 y 1944. Pero esta rápida avanzada no fue fruto únicamente de las victorias militares del Ejército alemán. En este vasto imperio fuera de las fronteras de Alemania, el nacionalsocialismo había penetrado años antes de la ofensiva militar a través de sus espías de élite, el SD y la Gestapo. Ellos ayudarían a Hitler en su hazaña contra el mundo allanando el camino antes, durante y después de la invasión militar. Sus funciones fueron desde la vigilancia, la propagación de la cultura nazi y el apoyo a los partidos fascistas de toda Europa hasta la creación de listas de disidentes y eliminación de miles de personas. Con el estallido de la guerra, la intensidad de la represión fue en aumento pero también la de la resistencia. A diferencia de lo que ocurrió en Alemania, sí encontramos una red de opositores estructurada en la mayoría de los países ocupados a finales de los años treinta. Una de ellas consiguió llevar a cabo con éxito la Operación Antropoide, asesinando a uno de los jefes nazis más importantes: Heydrich. Pero muchos años antes ya había agentes de la Gestapo de Göring propagados por el mundo. Éste sería el principio de años de señorío de la policía política alemana en toda Europa.

Desde la llegada al poder del nacionalsocialismo se comenzó a estudiar la posibilidad de crear un escenario favorable en diferentes Estados del entorno para satisfacer las pretensiones de Hitler. Más adelante y con la Gestapo en pleno funcionamiento, se la utilizó para crear una red de espías y colaboradores que llegaba desde Estados Unidos hasta Afganistán. Prácticamente todos los países del mundo fueron susceptibles a la invasión de los agentes de la Gestapo con mayor o menor incidencia. En la mayoría de las ocasiones, la Gestapo utilizaba cualquier ardid para infiltrarse en la vida política y económica de los países que quiso controlar, sobre todo a través de agentes que se hicieron pasar por hombres de negocios de diferentes sectores de inversión. Una vez recopilada una red de contactos estables, se comenzaba a espiar a los pilares sociales y políticos del país para conseguir colaboradores, ya fuese por convicción propia o a través de chantaje. Uno de los chantajes más habituales fue a través de la amenaza de hacer pública parte de la vida privada de varias decenas de los hombres y mujeres más importantes de Europa. La rígida moral del momento allanó el camino de la Gestapo en este punto: amantes, vicios o incluso tendencias homosexuales eran los secretos mejor guardados. Aun así, en un mundo polarizado en extremos como fue la etapa de entreguerras, hubo varios colaboradores que lo hicieron de buena gana entendiendo que el fascismo era el mejor camino para sus países. El siguiente paso era desestabilizar a la población para conseguir sus intereses, como ocurrió en Austria, Checoslovaquia o Rumanía, donde se alentó a las minorías o las clases sociales a enfrentarse al gobierno central mientras ellos mismos minaban a los políticos, la economía, el ejército o la propia inteligencia autóctona. Estudiaban las debilidades del Estado y las de su población para aprovecharse de ellas, haciendo listas interminables de enemigos,

aliados, colaboradores u objetivos a batir. Utilizaban el espionaje militar, económico, fronterizo, etc., a través de sus fuentes estratégicas para crear un entorno favorable a la posible ocupación. Poco a poco, como una plaga que se extiende lenta e implacable, la Gestapo penetraba en todos los ámbitos sociales y políticos del país objetivo hasta que no fuese más que una marioneta en sus manos.



Mapa de Europa bajo la Alemania nazi a mediados de la Segunda Guerra Mundial. Sin el giro que dio la guerra hacia el bando aliado, Alemania hubiera seguido conquistando territorios fuera de las fronteras europeas.

Sólo un puñado de hombres era necesario para llevar a cabo estas misiones. La política seguida por la Gestapo, copiada años después por múltiples Estados, era tan eficaz como simple, pasando inadvertida para la población. La mayor problemática recayó en el esfuerzo que tuvo que hacer el personal en un ambiente en el que no estaban acostumbrados a trabajar y que requirió de un entramado logístico de gran magnitud. Las misiones comenzaron ya en 1934 y el plan estuvo vigente durante toda la andadura nacionalsocialista. Hubo países con más fácil acceso por su debilidad o complacencia con el Régimen alemán, y otros a los que hubo que instigar, cambiar de estrategias e

incluso pasar a acciones más violentas, por el recelo de sus gobernantes o su población. Por supuesto, el SD contribuyó de manera directa en estas acciones, incluso antes de ser prácticamente absorbido por la Gestapo. Durante los años previos al conflicto, Alemania anexionó Austria y Checoslovaquia pero ya estaba infiltrado, en mayor o menor medida, en todos los países europeos, sus colonias o lugares de influencia –como en el caso de Sudáfrica e Inglaterra–, en Estados Unidos y América Latina e incluso en algunos países de Asia. Además, a través de sus afines, España, Italia, Japón y durante el año 1939 a la Unión Soviética, tuvo acceso a nuevos territorios coloniales como el estratégico Marruecos –compartido como protectorado por España y la enemiga Francia– o las zonas de influencia rusa. Pero, mientras el ejército avanzaba hacia el control completo de Austria en 1938, se ideó una nueva forma de ejercer el terror en los territorios que se iban conquistando. Aunque el escenario estaba previamente orquestado por la Gestapo y el SD, la entrada del Ejército alemán dejaba a su paso cientos de prisioneros de guerra, enemigos políticos y sociales, así como judíos, gitanos, religiosos, etc., sin que los soldados tuvieran potestad ni logística para hacerse cargo del destino de todos ellos. Para atajar este problema, se crearon los Einsatzgruppen o ‘grupos de operaciones’ que acompañaban al ejército en la invasión como encargados de asegurar la retaguardia. Su misión era la de aniquilar a la disidencia, las minorías étnicas, sobre todo judíos y gitanos, y capturar prisioneros de guerra. Su creación fue el principio del exterminio europeo organizado por el Régimen nazi.

El paso a la masacre

Los Einsatzgruppen operaron de forma plena a raíz de la invasión de Checoslovaquia durante el año 1939 y siguieron vigentes hasta 1945. Se calcula que en este tiempo pudieron exterminar a un millón y medio de personas fundamentalmente a través del fusilamiento, como hemos visto en el caso de Minsk. Para realizar este cometido a menudo se sirvieron de la ayuda de la población local, de las informaciones que los agentes del SD y la Gestapo habían recopilado anteriormente o, en el caso de los adversarios políticos, cualquier signo de disidencia era motivo de eliminación sin espera. Estuvieron formados por entre seiscientos y mil agentes por escuadrón, bajo el mando directo de Himmler y la supervisión de Heydrich, su creador teórico. De este número, alrededor de un treinta por ciento eran SS, un veinte por ciento fueron miembros del KriPo, un diez por ciento pertenecían al SD y otro diez por ciento eran miembros de la Gestapo. El resto estuvo formado por mensajeros, intérpretes, operadores de radio, policía auxiliar –conformada por población de la zona recién reclutada– y un grupo reducido de mujeres elegidas de entre las organizaciones nacionalsocialistas. Los jefes de cada grupo fueron a menudo nazis reputados fundamentalmente reclutados de entre las filas de la Gestapo que ostentaba el poder en los Einsatzgruppen. La situación legal de este grupo se formalizó con la ley de Hitler «Directivas para la persecución de las infracciones cometidas contra el Reich o las Fuerzas de Ocupación en los Territorios Ocupados», de 7 de diciembre de 1941, conocida como el decreto Noche y Niebla (*Nacht und Nebel*) o decreto NN. Este texto, secreto, desarrollaba las medidas que debían tomar las fuerzas nazis en la conquista de Europa, violando la Convención de Ginebra sobre los presos de guerra. Su máxima fue la de la eliminación física de cualquier sujeto disidente para Alemania, sin dejar constancia alguna de su muerte o circunstancia

personal para desconcertar a sus familiares. Además, facilitó la deportación forzosa de miles de personas que trabajaron en régimen de esclavos sin que nadie supiese nunca su paradero. El destino o la muerte nunca aparecieron en la ficha de los sujetos, sino que las siglas NN eran la clave. Aunque el Ministerio de Propaganda se afanó en ocultar los efectos de este terrible decreto, la sociedad era conocedora de la situación de los millones de personas que desaparecieron sin dejar rastro.



Placa conmemorativa como homenaje a los desaparecidos franceses por el Decreto NN.

Sus tareas consistieron en organizar y «limpiar» los territorios que el Ejército alemán iba conquistando a su paso. Se encargaban de contactar con los agentes de la Gestapo o el SD que previamente conocieran el terreno para facilitar el trabajo contra la disidencia, en el caso de que fuese posible. Organizaban a la población reclutando a los afines a su causa –policía, militares o civiles–, eliminando la disidencia política y social y excluyendo a las etnias. Miles de personas fueron fusiladas al paso de los alemanes, sin juicio previo ni garantía legal alguna. Su condición de enemigo de Alemania era suficiente para que se les reuniese y masacrarse sin piedad. Fusilamientos como el de Minsk eran habituales durante los primeros años de la guerra, antes de que se instalasen nuevas formas de asesinar a grandes masas de personas.

[LAS NUEVAS TÉCNICAS DE REPRESIÓN EN EL EXTRANJERO: ESCLAVITUD, CONFINAMIENTO Y MUERTE](#)

Las miras de Alemania con respecto a la dominación del espacio vital fueron en ascenso en los primeros meses de la guerra. Como vimos anteriormente, el gran territorio que el nacionalsocialismo quiso abarcar para sí requirió de grandes esfuerzos logísticos y de personal de la Gestapo y la RSHA, pero también del ejército, de trabajadores auxiliares –mecánicos, conductores, recaderos, etc.– y en general de toda la población y sus recursos. A todo ello se suma el factor de la guerra en sí, que necesitó millones de hombres de combate, mientras diezmaba los recursos económicos de la nación. Este proceso no fue único en Alemania sino que la Segunda Guerra Mundial tuvo efectos similares en otras potencias como Gran Bretaña o Estados Unidos. Alemania, sin embargo, tomó una vía para fortalecer su estatus económico durante estos años que le reportó innumerables beneficios para financiar la guerra. Optó por valerse de trabajadores forzados elegidos entre la población de los países que iba dominando, así como de las personas internadas en cárceles o campos de concentración; algunos se empleaban en labores para empresas del Estado o de las SS, otros fueron cedidos a empresas privadas. Las fábricas de todo el país comenzaron a recibir trabajadores patrios de entre los excluidos sociales en los preparativos de la guerra: Thyssen, Bosch o Siemens fueron algunas de las empresas receptoras de este tipo de mano de obra. Un ejemplo ilustrativo es el de la alemana Siemens AG que cambió su producción al campo de la armamentística en el año 1937 por la necesidad del Estado nazi de obtener este tipo de productos de una empresa nacional. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial la producción de la empresa creció de manera exponencial sin que hubiera operarios disponibles para realizar los trabajos necesarios por lo que comenzaron a llegar trabajadores forzados, sobre todo judíos, en 1940. El año siguiente Siemens AG contaba con cerca de cuatro mil trabajadores forzados y, aunque el pueblo semita seguía siendo mayoritario, había presencia de personal extranjero que llegaba desde todos los puntos de Europa. Estos trabajadores al principio fueron voluntarios por temor a otro tipo de represalias y seleccionados por los hombres de la Gestapo, según su experiencia y condiciones físicas, pero poco después la voluntariedad acabó, principalmente por las deportaciones masivas de judíos de Alemania, y la policía secreta seleccionaba a miles de personas y las obligaba a trabajar. A cambio, las empresas tenían lo que se llamó «alojamientos de empresa» donde se recluyó a los operarios mientras no prestaban servicios a la compañía. Dentro de los alojamientos fueron constantes las torturas, muertes y las celdas de castigo de la mano de los abrigos negros de la Gestapo, encargados de que no supusieran ningún problema para la empresa o para la misma Alemania. Para tener una idea del volumen de trabajadores se cifró que Siemens AG tuvo ciento cuarenta de estos alojamientos en 1942, el punto álgido de la necesidad de recursos para la guerra. Aunque *a posteriori* las empresas siempre negaron saber la esclavitud de los trabajadores, es plausible que colaboraron estrechamente en ella.

Los trabajos en empresas privadas no eran los únicos que realizaban los enemigos del Reich, sino que también trabajaron en la reconstrucción de ciudades –algunas destruidas por los propios nazis–, para empresas públicas como la Fábrica de Armamento alemán controlada por las SS o, en otras ocasiones, incluso los trabajadores hacían sus labores desde el propio campo de concentración o cárcel donde estuviesen recluidos, o bien se abrían fábricas filiales en sus alrededores para que

pudieran asistir los privados de libertad y al final de la jornada volver al campo, como en el caso de Mauthausen-Gusen. Las siglas NN figuraban en los expedientes de los trabajadores-esclavos y supuso la migración forzosa más grande conocida hasta el momento. Alrededor de siete millones de personas fueron arrancadas de sus hogares para servir a la guerra de Hitler. Esta tarea, absorbida por la RSHA y comandada por la Gestapo, fue una de las más importantes que se realizaron en la etapa bélica, pero también se necesitaba aplacar a la población de los países conquistados para que el terror hiciera mella en ellos. Se calcula que alrededor de un treinta por ciento de trabajadores forzados en Alemania en 1942 eran extranjeros y con las deportaciones y posterior exterminio de la población judía, este número se multiplicó. El decreto NN fue la clave para trasladar de manera inmediata a los elegidos a los diferentes puntos de Alemania o el extranjero donde se requerían sus servicios. A menudo, una persona era citada por la Gestapo para que se presentase en sus oficinas, allí era despojado de sus efectos personales y trasladado inmediatamente a una prisión cercana junto con varios hombres y mujeres. Poco después, iban de cárcel en cárcel hacinados y portando como única vestimenta un traje con dos letras en la espalda para su fácil reconocimiento hasta que llegaban a su destino. Una mañana les llevaban a su nuevo puesto de trabajo, en el que permanecían durante más de doce horas, en condiciones infrahumanas y constantemente vigilados. Su esclavitud era perpetua y si su cuerpo no resistía eran asesinados en el mismo puesto o enviados a campos de exterminio. Por supuesto estos hombres y mujeres que realizaron cualquier tipo de tarea no recibieron compensación alguna, pero el Estado alemán sí recibió beneficio económico por su trabajo, es el más claro ejemplo de la represión a todos los niveles, incluso el económico. La Gestapo estaba al mando del mantenimiento de estos trabajadores y de asegurar que no supusieran ningún problema en el desempeño de su labor. Por supuesto, la familia de aquellos hombres y mujeres o su gobierno no pudieron obtener ningún dato de su paradero, y además hacer demasiadas preguntas podía ser motivo de detención.

El trabajo esclavo fue uno de los pilares más importantes que llevó a cabo la Gestapo dentro y fuera de las fronteras de Alemania, pero sus tentáculos llegaron mucho más dentro de la sociedad conquistada. La organización una vez instalada en el territorio se ubicaba en la capital y ciudades importantes creando una oficina dependiente de Berlín, donde se llevarían a cabo las mayores represiones. Para crear una oficina no hacía falta más que un despacho y algunos agentes, instalados de antemano en el país conquistado, venidos del corazón del Reich o provenientes del Einsatzgruppen correspondiente. Las personas capturadas por las fuerzas de asalto y el ejército eran entregados a la Gestapo si en una semana no se había producido su muerte o habían sido confinados previamente. A partir de este momento, su vida dependía de la policía secreta del estado alemán que definía su destino. A su vez, seguían intentando localizar a los elementos subversivos a los que aún no se había dado caza: políticos, disidentes, excluidos sociales y minorías étnicas. Para realizar esta tarea se sirvieron de antiguos colaboradores o nuevos reclutados entre la población autóctona, a menudo entre las filas del hampa o la propia policía, que les ayudaban a crear purgas interminables en muy poco tiempo. Normalmente, los nazis no tuvieron problema alguno para realizar sus reclutamientos ya que miles de personas convencidas, o temerosas de sufrir un destino similar al de sus compatriotas, se lanzaban a enviar sus solicitudes de ingreso. Con la subida del número de efectivos la represión se hacía de manera rápida y eficaz porque los autóctonos tenían información privilegiada que los nazis sólo intuían. Rápidamente se habilitaron lugares de concentración de prisioneros donde además se hacinaban los detenidos en la etapa bélica, muchas veces utilizando la

arquitectura local u otras, creando de inmediato campos de concentración y cárceles improvisadas. Al ser la condición de enemigo del Reich un término demasiado amplio, la reclusión era indefinida para todos los internos marcados con esa lacra a merced de las SS que eran los encargados de ellos cuando personal de la RSHA los dejaba tras sus siniestras puertas. La vida de estas personas sólo tenía valía si servían como fuerza de trabajo para los intereses del Reich.

Si la Gestapo era implacable con su propia población, lo fue aún más en territorio extranjero. Pero no fue únicamente la Gestapo la que se trasladó fuera de las fronteras, sino que todo el entramado de la RSHA estaba presente en las nuevas oficinas que se fueron creando a lo largo y ancho del continente europeo. Cada uno de los *Amt* estaban representados en el exterior, para crear la misma red represora que en Alemania, pero escondida tras las temidas siglas de la Gestapo. Como vimos anteriormente, a todos los efectos la creación de la RSHA no tuvo mayor repercusión en Alemania y del mismo modo ocurrió en toda Europa, pero la Gestapo ya no estaba sola sino que tenía miles de personas que trabajaban sin descanso para que ella, como brazo ejecutor, llevase a cabo los planes nazis. Resulta un error hablar de la Gestapo en solitario a partir de finales de 1939 porque el entramado burocrático y administrativo estaba fundido en uno solo bajo las siglas de la RSHA. No obstante, la policía política era la cabeza visible y piedra angular de toda la represión y su nombre fue el que trascendió y ha quedado estigmatizado hasta nuestros días, pero detrás de sus siglas se encontraba todo el entramado represor del Reich.

Todas estas atribuciones de la Gestapo fuera de territorio alemán formaron parte de su rutina durante más de diez años. Es probable que los planes y cambios que sufrió la organización durante los años treinta tuvieran uno de sus pilares en las acciones que se estaban realizando en el exterior. Como sabemos, los planes nazis para Europa y el mundo fueron preconcebidos antes incluso de la llegada al poder del *Führer* y, por tanto, de la propia Gestapo. Observando el desarrollo de las funciones de esta fuera de Alemania se puede tener una mayor comprensión de los cambios que Hitler exigió para la policía secreta dentro del Estado. Así, cuando el *Führer*, acompañado de Himmler y Heydrich principalmente, guió a los suyos hacia un cambio en la maquinaria del terror, no estaba pensando en Alemania, sino que sus miras estaban más allá del Reich. Es probable que sin Himmler y Heydrich al mando de la reorganización y unificación de las fuerzas de seguridad del Estado, en el extranjero la Gestapo no hubiese podido utilizar de manera factible al SD, apoyarse en la policía ordinaria o coordinarse con las SS, bajo las siglas que englobaban el terror: RSHA.

La oposición inesperada: la resistencia extranjera

Según el tiempo avanzaba, las políticas de la Gestapo se mantenían en la búsqueda de opositores y en la ayuda a la Solución Final. Como ocurriera en la Alemania de finales de los años treinta, se buscó someter a toda la población al control férreo de las normas nacionalsocialistas. Los nazis buscaban una Europa alejada de cualquier tendencia política o social que pudiera pervertirla y en su dominación de los países europeos fue una tarea más que complicada. Las facilidades que aparentemente la Gestapo había tenido para desarticular la resistencia alemana contra el nazismo no estaban dando los mismos frutos en territorio extranjero. La cultura que se quiso imponer chocaba frontalmente con la que había por ejemplo en el París de los años cuarenta. Resulta evidente que,

aunque existió mucho colaboracionismo y miedo ante el invasor, Alemania y los nazis no dejaban de ser un elemento extraño y represor para las diferentes sociedades donde se instalaron. Este motivo, junto con el apoyo de los servicios secretos de sus enemigos en la Segunda Guerra Mundial o la relajación de las directrices en manos de personas poco capaces o más humanas, ganó la partida a la Gestapo más de una vez. Uno de los episodios más conocidos fue la muerte de Heydrich, jefe de la RSHA, en territorio checoslovaco en 1942, que supuso la gran derrota para la policía secreta del Estado alemán en tierras extranjeras. La muerte de Heydrich en 1942 es uno de esos sucesos vinculados al nacionalsocialismo que siguen causando dudas aún hoy. Incluso la figura del jefe de la RSHA supone un reto para los investigadores que basculan desde un personaje posible sucesor del *Führer* hacia una imagen de desconfianza por parte de sus pares. Si bien, existen datos objetivos que pueden arrojar algo de luz sobre una de las figuras centrales del Reich: Reinhard Heydrich o como le apodó el Premio Nobel Thomas Mann, el Verdugo de Hitler.

Nacido en una acomodada familia católica en 1904, sufrió como muchos en su generación la Gran Guerra y los años duros de posguerra siendo aún muy joven. Si bien sus actitudes políticas no fueron muy concisas durante los años veinte y no intervino activamente en ningún grupo social o político, el punto de inflexión en su vida privada llegó al conocer a su esposa Lina von Osten, acérrima nazi, con la que se casó poco después y que le instó a ingresar en las SS. Con una carrera rota en el ejército por su gran arrogancia y licenciado con deshonor, Reinhard probó suerte en esta guerrilla de élite que creció exponencialmente en los primeros años de la década de los treinta. Su cercanía con Himmler y sus primeras experiencias le hicieron escalar puestos inmediatamente en el sistema de las SS. Una de sus misiones más importantes fue investigar los antepasados del mismísimo Hitler para asegurar su pureza racial, no existiendo claridad acerca de lo que encontró y que secretos le guardó al *Führer*. Pocos años después se convirtió en el nazi modelo, seguramente debido a su tardía adscripción al movimiento y su capacidad para reinventarse. Podemos decir que Reinhard era físicamente el ario perfecto: rubio, corpulento, atlético y con ojos azules, pero al parecer tenía una «mancha» en su expediente: una abuela con antepasados judíos. No está del todo claro que se conociese entre los líderes nacionalsocialistas esta condición, aunque es probable que el todopoderoso Himmler lo conociese y le instase a superarse para limpiar su nombre. Lo que sí es seguro es que los ideales del nacionalsocialismo calaron por completo en Heydrich, su fidelidad a las ideas fue clave a la hora de llevar a cabo la tarea más importante del Reich: eliminar a todos los enemigos reales o imaginarios del Estado y el partido. Los métodos ideados por él y su entusiasmo a la hora de llevarlos a cabo le sirvieron como acicate para conseguir más y más poder. En 1939, Reinhard, ese joven poco entusiasta y arrogante, había dado paso a Heydrich, disciplinado, capaz, idealista e inhumano. Él atendía todos sus cargos a un ritmo inasequible para sus subordinados e incluso para sus superiores. Su papel se convirtió en indispensable porque bajo su mando estaba la red de seguridad que Hitler necesitaba para llevar a cabo sus planes. Esta responsabilidad se combinó con el temor que infundió entre los suyos y contrarios, ya que nadie estaba a salvo de él y sus informantes.

En septiembre de 1941, Heydrich fue enviado a Praga para relevar al Reichsprotektor de Bohemia y Moravia, Konstantin von Neurath. Este cambio devino de la relajación que Von Neurath tuvo con el procedimiento a seguir con la oposición checa y probablemente de una estrategia de Himmler para alejar al jefe de la RSHA de los asuntos alemanes, donde hacía sombra a Hitler y a él mismo. En 1941, la guerra avanzaba a buen ritmo para Alemania y el punto de mira era la limpieza étnica, social y política en Europa bajo los pies del Reich de los Mil Años. Para los checos residentes en el

Protectorado la llegada de Heydrich suponía su desintegración, ya que su fama le precedía. Las huelgas y disturbios eran habituales antes de su llegada, pero con Heydrich el silencio imperó e incluso comenzó una etapa de adhesiones al nacionalsocialismo motivadas por la bonanza económica. Este cambio de los acontecimientos no fue gratuito, sino que fue a costa de la vida de miles de personas. Su labor sanguinaria le brindó el apodo del Carnicero de Praga. La situación era insostenible para la oposición y las potencias aliadas, que vieron sus esperanzas de victoria diluirse ante el cambio de actitud local. Si Checoslovaquia cedía completamente, muchos otros países podrían seguir su ejemplo y resignarse a las órdenes alemanas. Por ello, se iniciaron los preparativos para realizar una ofensiva que minara la moral del nacionalsocialismo. La idea de la Operación Antropoide se preparó a expensas de Winston Churchill y el presidente checo en el exilio, Edvard Beneš. Se ideó la estrategia de dar un golpe de efecto al Régimen nazi que lo desestabilizara hasta sus cimientos. Con este propósito la noche del 28 de diciembre de 1941 se enviaron dos comandos checos residentes en Reino Unido liderados por Jan Kubiš y Jozef Gabčík que lograron contactar con la resistencia checa en Praga. Utilizaron los propios métodos de Heydrich para cercarle. Le siguieron, investigaron su residencia, el Castillo de Praga, y tomaron buena cuenta de su rutina durante meses. Observaron que su chófer aminoraba la marcha del Mercedes Benz 320 descapotable que llevaba a Heydrich en su trayecto matutino de su residencia a las oficinas por culpa de una curva muy cerrada. Ese fue el lugar elegido y el coche el mejor elemento, ya que el jefe de la RSHA no llevaba escolta alguna.

Día 27, un bonito domingo de mayo de 1942, tres guerrilleros se apostaron de buena mañana en el lugar indicado llevando consigo una granada antitanque británica y un subfusil de asalto. Aunque Heydrich se retrasó en su rutina, los opositores consiguieron mantener la calma y esperar. Poco después de las diez de la mañana, el Mercedes llegó al lugar indicado pero Heydrich, aunque sin escolta, supo que algo iba mal. Aún en marcha, consiguió bajarse del coche para perseguir a Kubiš, al que había visto y que portaba una de las armas. En ese preciso momento la granada impactó contra el vehículo. Las esquirlas inmovilizaron a Heydrich que pudo ser trasladado con vida al hospital mientras que los guerrilleros escaparon pensando que habían fallado. Ocho días después Reinhard Heydrich murió tras una tremenda agonía por sus heridas infectadas. La Bestia Rubia, el Carnicero de Praga y el candidato perfecto para relevar a Hitler había sido eliminado por la resistencia checa y la inteligencia británica. El Reich quedó tocado, la Gestapo hundida. Nadie imaginó que alguien se atreviera a atentar contra la vida de uno de los jerarcas nazis más importantes y al parecer la Gestapo no tenía la más remota idea del atentado. Rápidamente Hitler ordenó la Operación Reinhard, que supuso la eliminación de dos pueblos checos completos (Lídice y Ležáky) y más de diez mil checos fueron detenidos y seiscientos ejecutados, como venganza a su muerte. Sólo uno de los asesinos de Heydrich supo que lo habían conseguido al denunciar a sus compañeros. Las SS y la Gestapo sitiaron Praga y cien miembros de la resistencia, entre ellos los perpetradores del atentado, fueron asesinados cuando se parapetaron dentro de la Iglesia. Más de mil personas fueron asesinadas en dos semanas y el resto fueron enviados a campos de concentración, incluidos todos los familiares y allegados de los resistentes checos. Es considerado el primer asesinato en masa que realizó la Geheime StaatsPolizei en su historia.



El Mercedes Benz 320 de Heydrich después del atentado dentro de la Operación Antropoide que causó su muerte.

El atentado fue un desastre para la imagen de la Gestapo, dentro y fuera de Alemania, y alentó las esperanzas de otros resistentes. Las responsabilidades de la organización pasaban por proteger cualquier intento de asesinato, sobre todo contra su jefe directo, Heydrich. Müller estaba desolado, no podía comprender cómo habían podido llegar hasta la alta élite nazi por delante de sus narices. Por ello, participó activamente en la Operación Reinhard, intentando solventar el grave error que habían cometido. Durante unos meses el propio Himmler se hizo cargo de la RSHA a título personal, no podía permitir que se pusiera en tela de juicio la organización que había creado. Además, esta falta no era la primera: desde el comienzo de la guerra los atentados en toda Europa tuvieron mayor intensidad sin que la Gestapo pudiese hacer nada al respecto. Pareció que el cambio de la balanza en el terreno bélico afectaba de manera directa también para las fuerzas represoras: la muerte de Heydrich en Checoslovaquia, el levantamiento del gueto de Varsovia en 1943 o el nacimiento de los «maquis» franceses, ese mismo año, supusieron un reto para la Gestapo y sus colaboradores. Su respuesta siempre fue la misma: represión y terror, lo que le hizo perder paulatinamente la confianza de la población invadida. La tónica general siempre fue la misma pero existieron territorios donde la incidencia de la represión, las condiciones territoriales o incluso las intenciones del *Führer* crearon diferencias significativas.

LA IMPOSICIÓN DE LA GESTAPO EN EUROPA

La tarea de la Gestapo fuera de sus fronteras no fue una tarea fácil. A los múltiples problemas que hemos comentado se añaden otros, de índole contextual de los países en los que se instaló. Cada territorio tuvo unas dinámicas diferentes a la hora de enfrentarse a estos nuevos usurpadores de la policía que ya regía en sus fronteras. Sin embargo, la Gestapo tuvo el apoyo total de las instituciones nazis y de miles de hombres y mujeres nativos de Austria, Francia, Holanda o Checoslovaquia, para hacerse con el control social.

A la caza del antiguo Imperio austrohúngaro

La paz impuesta en Versalles declaró el desmembramiento de Austria-Hungría, vencida en la contienda, dejando un crisol de estados en el centro de Europa. Los antiguos territorios quedaron repartidos en siete Estados: La República Austriaca Alemana, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Reinos de los Serbios, Croatas y Eslovenos, pero las diferentes nacionalidades quedaron dispersas en cada rincón de cada uno de ellos. El Imperio de los Habsburgo cayó en manos de las potencias aliadas que procedieron a dividirlo en pequeñas repúblicas y reinos independientes para restar fuerza tanto a la Alemania vencida como al bolchevismo que se extendía desde Rusia. Pero estos Estados estaban marcados por la problemática fronteriza que se fue conformando de manera casi definitiva durante la segunda década del siglo XX y de las nacionalidades que, aunque se vieron fortalecidas por la norma de los Catorce Puntos del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, nunca llegaron a independizarse del país al que pertenecían obligatoriamente. Por otra parte, la dependencia de Alemania era evidente en toda Europa Central, como ya lo era antes del conflicto, y los esfuerzos de Francia e Inglaterra por insuflar algo de independencia económica fueron en vano. Pronto la carestía y desesperanza habían calado en varios puntos del antiguo Imperio austrohúngaro, que vio sus aspiraciones sumidas en el caos, la precariedad y las diferencias nacionales.

El caso austriaco

Versalles incluyó además una cláusula fundamental en el desarrollo de los acontecimientos que fue la prohibición de la unión entre la República Austriaca Alemana y Alemania. A ojos de los aliados una potencia surgida de la unión de estos dos territorios podría hacer caer el *statu quo* europeo forjado tras la guerra. La prohibición no satisfizo a ninguno de los dos países, sobre todo a Austria, donde muy pronto comenzaron a realizarse plebiscitos a favor de la unión con su vecino alemán. Basándose de nuevo en los Catorce Puntos de Wilson, una buena parte de los austriacos exigían su derecho a incorporarse a cualquier Estado como principio de la autodeterminación de los pueblos. Se esgrimía

el principio de que el Tratado de Versalles no tenía la potestad de restar los derechos de los pueblos en base al discurso de la paz. En diferentes regiones se llevaron a cabo referéndums sin base legal y espontáneos que apoyaban la idea del *Anschluss* ('anexión'). Mientras, la Alemania de Weimar, sumida en los problemas que ahogaban la República, dejó de lado estos intentos austriacos al menos hasta la llegada de los años treinta, pero el NSDAP tuvo contactos con el incipiente Partido Nazi austriaco desde su creación. Desde 1933 se estudiaron los métodos a seguir para que se produjese la ansiada unión. Para la Alemania de Adolf Hitler, su patria, Austria, representaba una parte más del territorio alemán. Su idea del *Anschluss* era compartida por gran parte del pueblo alemán y austriaco que se creían hermanos separados por la vileza de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial. Pero la empresa no era fácil, había infinidad de razones que hacían inviable la unión y la maquinaria del Estado alemán y el Partido Nazi comenzó a trabajar. La frontera fue diluida poco a poco por los espías y agentes que cruzaban de uno a otro lado para crear el caldo de cultivo que permitiese el plan de Hitler. La Gestapo, de reciente creación, trabajó con el SD, aún independiente del Estado, para realizar atentados, sabotajes, asesinatos e incluso apoyar un golpe de Estado contra el presidente de Austria, Dollfuss. La estrategia comandada por el propio NSDAP no estaba dando los resultados esperados y Hitler exigió cambiar el rumbo de las actuaciones para lograr la eficacia.

Entre 1934 y 1936, la Gestapo tomó preeminencia en las intervenciones en Austria haciéndolas clandestinas, inapreciables a los ojos de la sociedad. Se emplearon a fondo en la búsqueda de opositores, el cerco al gobierno ahora en manos del presidente Kurt Schuschnigg y el apoyo férreo al Partido Nazi austriaco. Se socavó la moral de las nacionalidades para que instigaran al gobierno sobre su papel en el Estado, siempre de manera secreta. El 11 de marzo 1938 varios nacionalsocialistas austriacos tomaron edificios gubernamentales y dos días después, soldados acompañados de, por aquel entonces, la Dirección de Seguridad del Reich, a las órdenes de Heydrich, penetraron en Austria de manera oficial. La organización de la policía política en Austria, dirigida por Himmler, requirió el apoyo en el personal policial austriaco sin apenas realizar una purga exhaustiva, apoyados por los nazis austriacos. Aunque subordinados a los nazis, el personal de la Gestapo en Austria fue principalmente autóctono; como señala el investigador Francisco Miguel del Toro en su tesis *Nazismo y Resistencia en Austria*, la composición de la Gestapo vienesa comenzó con un porcentaje de casi el 70 % en 1938 llegando al 82,24 % entre 1944 y 1945. Se crearon seis distritos administrativos donde la Gestapo actuaba de manera local y un gran centro en Viena a expensas de la Gestapo de Berlín. El jefe de la policía austriaca fue Kaltenbrunner, último jefe de la RSHA y que consiguió muy buenos resultados en Austria, instalado en su despacho de Viena del Hotel Metropole, sede de la Gestapo austriaca. Este hotel, destruido por un bombardeo en 1940, recluyó a miles de personas que fueron torturadas y asesinadas entre sus muros y las celdas que albergaron. En las primeras oleadas de detenciones practicadas por la Gestapo, de marzo y diciembre de 1938, llegaron a recluir a veinte mil personas. Los presos austriacos fueron enviados en primera instancia al campo de concentración de Dachau y en agosto de ese año comenzaron las obras para el campo de concentración de Mauthausen, cerca de Linz, en Austria, concebido como un campo de concentración para indeseables sociales (prostitutas, vagabundos, homosexuales, etc.). El trabajo fue realizado por presos del campo de concentración de Dachau donde ya había miles de

internos austriacos. Pronto, este siniestro lugar se convirtió en un campo de trabajos forzados, por la cercanía a las canteras de granito, habitado por presos políticos en su mayoría –entre ellos miles de españoles que huyeron de la dictadura de Francisco Franco y fueron capturados en la Francia ocupada– pero también población judía, gitana, religiosas, etc., sometidos bajo la etiqueta de «los incorregibles».

Checoslovaquia o la primera prueba de la Gestapo en el extranjero

El 28 de febrero de 1938 el *Führer* dio un discurso en el Reichstag para apoyar su reciente asunción directa y personal del mando del ejército alemán, insistiendo en la imperiosa necesidad de la unión entre el ejército, el Estado y el Partido Nazi. A su vez, esgrimió el pangermanismo en la sede del Parlamento alemán pidiendo la dignidad de todos los hermanos germanos que viviesen fuera de las fronteras del Reich. El 12 de septiembre de este mismo año, su discurso se radicalizó afirmando en Núremberg que los alemanes de Checoslovaquia estaban siendo torturados por el gobierno checo que buscaba su exterminio. Diez días después se acordó en la Conferencia de Múnich la anexión de los Sudetes checos, de mayoría germana, al Reich alemán. La República de Checoslovaquia contaba con una mayoría checa (7.000.000) y dos grandes minorías los eslovacos (3.000.000) y los alemanes (3.500.000), estos últimos instalados en su mayoría en la zona conocida como los Sudetes. Los Sudetes son la región más próxima a Alemania, con una gran riqueza mineral y natural, que desde 1923 apelaron a la autodeterminación de los pueblos para introducir consignas pangermanistas en la zona. Además, en octubre de 1934 Konrad Henlein, de padre alemán y madre checa, fundó el Frente Patriótico Alemán de los Sudetes (Deutsche Heimatfront) que exigía la autonomía del territorio de Checoslovaquia. Poco a poco, esta organización fue acercándose al Partido Nazi, que le imprimió su apoyo y la semilla del antisemitismo. La Gestapo comenzó su tarea cerca del Frente Patriótico que varió su nombre a Partido Alemán de los Sudetes (Sudetendeutschen Partei [SPD]) infiltrándose en asociaciones culturales, deportivas, regionales, etc., creando semilleros pro-nazis. A su vez, se realizaban labores de alto espionaje militar, de recursos económicos, naturales y sociales y la búsqueda activa de colaboraciones a su causa, voluntarias o chantajeadas con asuntos personales. Finalmente los Sudetes fueron incorporados como parte del territorio alemán con la complacencia de la opinión internacional expresada en la Conferencia de Múnich donde, como recordamos, no fue invitada Checoslovaquia a la mesa de negociación.

Pero el ansia de Hitler no se quedó ahí, la incorporación total de Checoslovaquia vendría en marzo de 1939 sin apenas oposición, ya que la Gestapo y el SD estaban en condiciones de controlar las instituciones, la policía e incluso el ejército, donde tenían una red estable de colaboradores. El jefe de Estado Emil Hácha tuvo que claudicar ante la amenaza de arrasar Praga y quedó en su puesto de manera nominal. Mientras, varios afines al movimiento nazi comandados por los estudiantes de la Asociación de Estudiantes Nazis de los Sudetes facilitaron que el 15 de marzo las tropas alemanas pasasen sin oposición estructurada para ayudar a la anexión con el Reich. Ese mismo día los gobiernos alemán y checoslovaco firmaron el nacimiento del Protectorado Alemán de Bohemia y Moravia, destruyendo Checoslovaquia hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Además, los nazis incluyeron el germen de lo que serían los Einsatzgruppen en su conquista del país checo al

mando de la Gestapo, acompañando al ejército y eliminando a los enemigos de las listas previamente creadas. El 16 de marzo, Hitler llegó a Praga acompañado de la plana mayor de los nazis, incluyendo a Himmler. Checoslovaquia se desvaneció entre el Protectorado Alemán de Bohemia y Moravia, al mando de Von Neurath, y Eslovaquia, que fue entregada a Polonia y Hungría. El Protectorado, que conservaba la capital, fue el lugar donde los nazis propagaron la represión de manera más dura. Fue allí, concretamente en el Palacio Petschek, donde se estableció la Gestapo y pocos meses después todo el entramado de la RSHA. El jefe de la policía fue Karl Hermann Frank, segundo de a bordo del SPD y títere en manos alemanas, ya que la Gestapo funcionó como policía durante los primeros meses.



Entrada de Hitler en Praga el 16 de marzo de 1939 pasando revista a la guardia de honor en el Castillo de Praga, que más tarde fue el lugar de residencia de Heydrich.

Como ocurrió en Austria, no podemos hablar de una purga sistemática de la policía en Checoslovaquia ya que se mostraron colaboracionistas con la Gestapo o las SS. Allí muchos se alistaron por la simpatía que causaban los hombres de Himmler por su gran ferocidad. Pero en la población el recibimiento fue desigual, la resistencia checa amparada por el partido comunista del país estaba estructurada y luchaba con el apoyo de la sociedad, sobre todo en Praga. Miles de personas huyeron, incluidos cientos de exiliados huidos del terrible Régimen nazi e instalados en el corazón de Checoslovaquia. La mayoría de los judíos ya constituían un gueto en Praga en un barrio llamado Josefov y como sucedió en otras ciudades, los semitas fueron confinados en él. Si bien, Josefov tuvo una particularidad, y es que los nazis pretendieron crear en él un «museo sobre la raza extinta de los judíos» y sus sinagogas y monumentos nunca fueron destruidos. La convivencia en el Protectorado fue turbulenta en los primeros años de ocupación. La resistencia alentaba a la población descontenta con la situación económica, política y social. El culmen llegó con la Operación Barbarroja y el fin de la alianza entre Alemania y la Unión Soviética. Es probable que el movimiento comunista estuviese expectante ante esa unión tan poco frecuente y al romperse el país estalló. Las huelgas se sucedieron por todos los puntos del país y la relajación de la represión era patente en manos de Von Neurath. Hitler no podía tolerar ningún paro laboral en una de las regiones que más material armamentístico producía, en las fechas de la entrada en la Unión soviética. El 28 de septiembre de 1941, la vida en el Protectorado dio un giro de ciento ochenta grados, ya que la Bestia Rubia, Heydrich, hacía su entrada en Praga para garantizar el orden. Como sabemos, Reinhard Heydrich era una gran figura dentro de los jefes nazis y jefe de la RSHA, por tanto, su fama de

sanguinario le precedía. Con la llegada de esta figura la propia sociedad se autocensuró para no ser presa de sus métodos de sobra conocidos. Detuvo a varios miembros de la política checa y aplacó con gran dureza cualquier salida de tono de la población o la resistencia. Tras su llegada, imperó la ley marcial y se instaló el estado de sitio a la ciudad de Praga, no habría piedad. Él fue el inspirador de la doctrina del «azúcar y el látigo», utilizada ya por Otto von Bismarck, conocida como «el palo y la zanahoria», utilizada por varios países, entre ellos Estados Unidos, para los territorios ocupados. Consistió en combinar una represión brutal representada con detenciones masivas de aquellos que se alzaran contra la germanización y envió a campos de concentración, mientras que los colaboracionistas recibían beneficios como raciones extra o vacaciones extendidas. Todo ello valiéndose de la maquinaria de la RSHA, y se hizo conocido como el Carnicero de Praga. Conjuntamente, revitalizó la economía del Protectorado lo que le sirvió adhesiones sociales a todas las escalas. Si no hubiese sido por su asesinato a manos de la resistencia es probable que la situación se estabilizase en la antigua Checoslovaquia, pero es algo que no sabremos. Lo que sí está claro es que con su muerte, ignorada por la Gestapo, toda la máquina represiva se puso en marcha.

El Este de Europa

La misma estrategia fue seguida en los demás territorios emanados de la disolución del Imperio austrohúngaro. La Gestapo, con un número reducido de agentes, viajaba a las grandes capitales, Bucarest, Budapest, Sofía o Sarajevo, para conocer de primera mano las debilidades de cada país y sus dirigentes y utilizarlas en beneficio propio en los primeros años del Reich.

El SD y la Gestapo eliminaron el Tratado de Francia y Rumanía para que ésta dependiera del dinero de Alemania a través del sabotaje, minaron al gobierno tachándolo de autoritario y creando disensión entre las diferentes clases sociales a las que les animaban a que exigieran sus derechos, incluso la Gestapo eliminó al Primer Ministro liberal Ion Duca en 1934 en pos de su estrategia en Rumanía. Así mismo, en lo que fue la República Yugoslava, formada por un crisol de nacionalidades en disenso, se apoyó la ruptura de las minorías en base a una propaganda agresiva creada por Göring y Goebbels. Los intereses del Reich en este territorio fueron asegurarse el paso hacia el Adriático, criterio que compartieron con la Italia del *Duce* que participó en las ofensivas en las provincias de Croacia y Dalmacia, que pretendió anexionar para sí con el beneplácito alemán. El caso de Croacia es más que significativo ya que los croatas aborrecían a los italianos de una manera visceral y la Gestapo no encontró ninguna solución a esta problemática, por lo que gran parte de la propaganda falló.

En el caso de Hungría y Bulgaria la Gestapo actuó como gendarme e instructora ya que ambas eran receptivas al movimiento nazi. De hecho, como integrantes del proyecto de la Gran Alemania se les prometió ganancia territorial –Hungría se hizo cargo de Rutenia, antigua Checoslovaquia, y se proyectó otorgarle también Eslovaquia– y se respetó a las minorías de ambos países en el extranjero. En el caso de los búlgaros, fueron de gran ayuda para nutrir las filas de la Gestapo fuera de las fronteras alemanas por el gran respeto que inspiraba en los nazis esta etnia. De hecho, se confió a un grupo de búlgaros el inicio de la campaña de la Gestapo en Estados Unidos para que, a través de la comunicación en lengua eslava, contaran con diversas minorías de Norteamérica. La situación en

Polonia fue similar, como vimos en el capítulo anterior, la Gestapo entró con los Einsatzgruppen deteniendo y arrinconando. Se creó el Gueto de Varsovia, donde se encontraba toda la población judía, el gueto fue asediado en multitud de ocasiones y las razias estaban aseguradas. Sin embargo, la buena relación que se consiguió con todos estos países a través de la Gestapo no otorgó ninguna garantía a su población, sobre todo a la judía y romaní. Como aliados del nacionalsocialismo, entraron en guerra apoyando a Alemania en el bando oriental contra el Ejército Rojo, todos estuvieron obligados a formar parte del Pacto Tripartito, más conocido como Pacto del Eje. En 1941, Yugoslavia fue invadida por Alemania apoyada por sus vecinas Hungría y Bulgaria, cuando su gobierno intentó romper su adhesión al Eje tras las amenazas recibidas por Gran Bretaña. Una situación similar fue la ocurrida en 1944, cuando Hungría intentó pactar la paz con Estados Unidos sin la connivencia de Alemania.

LA GESTAPO EN EUROPA OCCIDENTAL

El 22 de junio de 1940 se firmó el armisticio entre Francia y Alemania, por el cual la primera quedaba dividida en dos partes, la norte ocupada por los nazis y la sur «libre». Sólo un mes después de que las tropas del Ejército alemán iniciaran la campaña contra Francia y los Países Bajos, el gobierno francés tuvo que claudicar. Hitler, satisfecho con ganar la partida a su gran adversario, quiso ir un paso más allá: el armisticio se firmaría en el mismo punto donde en 1918 se firmó el cese de la Primera Guerra Mundial. El *Führer* ordenó sacar el vagón de ferrocarril utilizado veintidós años atrás para la reunión –en ese momento, el vagón era una pieza de museo símbolo de la victoria francesa– e instalarlo en el mismo lugar, cerca de Compiègne. Además, obligó a los franceses a sentarse en el mismo lugar que habían ocupado los alemanes en el término de la Gran Guerra y les sometió a las mismas vejaciones que sufrió Alemania en su rendición. Las condiciones eran prácticamente inasumibles para la recién desintegrada Tercera República francesa pero Hitler fue conciso: «no iban a ceder en ningún punto». Tras la firma, tres cuartas partes de suelo francés, incluyendo París, quedaron bajo dominio nazi; la zona sur, más conocida como la Francia de Vichy, dirigida por Pétain, fue colaboracionista con el gobierno alemán. De esta forma terminaba la Batalla de Francia y a ojos del *Führer* la honra de Alemania había quedado vengada. El vagón de ferrocarril fue trasladado a Berlín como símbolo de la grandeza de la nación alemana.

Para llegar a conquistar Francia, la Gestapo había realizado un trabajo previo de espionaje, infiltración y búsqueda de aliados y disidentes. Su primer paso fue instalarse en los Países Bajos y Holanda, donde fácilmente sus miembros se hacían pasar por hombres de negocios sin levantar sospechas, para estudiar las comunicaciones de Francia e Inglaterra y las facilidades de entrada a estos países desde suelo belga, fundamentalmente. Las idas y venidas de agentes entre Alemania, Bélgica, Países Bajos, Holanda, Francia e Inglaterra fueron continuas durante la década de los treinta. De hecho, Ámsterdam se convirtió en sede de decenas de espías de varios países del mundo que negociaban en una ciudad tan cosmopolita como discreta.

La cúpula alemana estaba decidida a realizar una ofensiva sobre Francia como venganza y aprovechar para aislar definitivamente a Inglaterra para poder hacerse con ella. Para ello, una vez conquistado el territorio con miles de personas trasladadas por el ejército alemán, comenzó la gran purga de Francia. Tenemos que tener en cuenta que la forma de vida de Francia, sobre todo de su capital París, era radicalmente opuesta a la que se exigió desde Alemania y el odio de ambos países era latente. Esto, unido al más de medio millón de desplazados provenientes de la Guerra Civil española, fundamentalmente de ideología izquierdista o democrática, que fueron hacinados en campos de concentración creados por la República Francesa antes de la invasión, supusieron un reto para el establecimiento de la RSHA y la Gestapo. Los franceses opositores y varios españoles se echaron al monte y planificaron varias ofensivas contra los nazis, pero esta pequeña oposición –se cifra en un dos por ciento de la población francesa– sufrió la derrota por la infiltración de varios agentes de la Gestapo que desbarataron sus planes. Sin embargo, como en otros países, los alemanes no encontraron problemas a la hora de seleccionar personal afín a su causa. Cientos de personas

quisieron, por miedo o afinidad política, engrosar las filas de las nuevas instituciones alemanas. Entre ellos, hubo en la calle Lauriston número 93 de París una oficina de la Gestapo dirigida por miembros del hampa parisino que funcionó como una de las más represoras de Europa. Apodada como la Carlingue, estaba dirigida por Pierre Laurel, alias El loco, que atemorizó a la ciudad durante la ocupación nazi mientras mantuvo sus turbios negocios.

Invadir países enemigos no fue la única tarea de la Gestapo en Europa. Los aliados del Reich alemán anhelaban una organización tan eficaz como la que impuso su ley en el continente y Alemania les ayudó a crearla. Como vimos anteriormente, países como Italia, Inglaterra o Portugal contaban con una suerte de policía política interior similar a la alemana que fue acrecentando su crudeza y atribuciones al estallido de la Segunda Guerra Mundial. El caso de España resulta singular, ya que las condiciones contextuales del país establecieron una mayor intromisión de la Gestapo en la creación y desarrollo de su propia policía política interna. España, en guerra civil desde 1936, estaba dividida en dos bandos ideológicamente opuestos representando la tensión política que se vivió en la etapa de entreguerras. Alemania e Italia apoyaron de manera directa al bando sublevado por el futuro dictador Francisco Franco en el conflicto bélico y crearon unas sólidas alianzas políticas que derivaron en una continua situación de amistad e intervención en España por parte de Alemania fundamentalmente. Al fin de la guerra civil y con la toma de todo el territorio por el general Franco y sus aliados, comenzó una gran represión contra el bando vencido. Este campo, el de la represión, era especial para la Gestapo, que no dudó en ayudar a sus aliados extendiendo sus redes para asegurar la eficacia en la violencia de los golpistas en el territorio español. La policía política alemana ya había penetrado en España durante el conflicto civil, a la vez que las fuerzas militares, sobre todo con el fin de averiguar el apoyo de alemanes particulares a la causa republicana en España. La creación de las Brigadas Internacionales, como milicias de ayuda a la España constitucional, llevó hasta el frente a miles de personas provenientes de cientos de países, entre ellos Alemania. La Brigada Thälmann, compuesta por jóvenes alemanes y austriacos en sus inicios, combatió en las batallas más importantes que se libraron en España en defensa de los ideales democráticos. Si bien, con la prohibición de tales brigadas a través del Pacto de No Intervención en la guerra de España firmado por las potencias del momento, los brigadistas tuvieron que desaparecer formalmente. Esto no consiguió que miles de personas se quedaran luchando en España, sobre todo aquellos provenientes de países en los que se había instalado el fascismo, como en el caso alemán y austriaco. En su vuelta a casa sólo les esperaba la muerte o el encarcelamiento por traicionar a su patria. El delito que cometieron era inmenso a los ojos de la Alemania nazi, que no dudó en buscar en España, a través del SD y la Gestapo, a todos aquellos que habían pertenecido a las Brigadas o que lucharan a título personal. El general Franco facilitó esta búsqueda separando a los alemanes capturados para entregárselos a Hitler. Su destino fue la muerte.

Durante la guerra el bando sublevado creó una policía secreta fundamentalmente política que trabajó en la retaguardia y como quintacolumnistas en el territorio dominado por la República española. Su nombre más conocido es la Brigada Político Social, pero de manera formal se llamó Brigada de Investigación Social (BIS). Desde 1938, se reprimió a cualquier persona que fuera en contra del mandato del gobierno de Franco a través de varios comisarios de provincias provenientes del SIMP, Servicio de Información y Policía Criminal, y funcionó hasta 1941 cuando se instituyó una organización nacional. En 1940, Himmler visitó el campo de concentración de Miranda de Ebro dirigido por miembros de las SS que ayudaban a los españoles franquistas, acompañado de varios de

sus ayudantes, entre ellos de su adjunto Paul Winker. Este hombre se instaló en España para enseñar al nuevo gobierno a llevar a cabo una represión más efectiva que llegara al núcleo de la resistencia y lo extirpase para siempre. Tras la Guerra Civil, la resistencia en España era mucho más ardua que en otros países y encontrarlos era una tarea difícil para el Gobierno franquista. El primer paso fue la Ley sobre funcionamiento de las Jefaturas Superiores de Policía y la Ley de Vigilancia y Seguridad (1941) emanada del Ministerio de Gobernación, que derivó en el nacimiento del BIS que llevaba a cabo la prevención y represión de cualquier actitud política o social contraria al franquismo en España, a imagen y semejanza de la Gestapo, incluso mucho después de la desaparición de esta. La Brigada atemorizó a los españoles durante cuarenta años y los métodos alemanes siempre estuvieron vigentes en su ideario: la investigación secreta y la tortura más brutal para conseguir la eliminación de todos los enemigos del Estado y amedrentar al resto de la sociedad.

HIMMLER VISITA MADRID

Según un documento desclasificado por el Servicio de Inteligencia estadounidense en 1997, Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, viajó a Madrid en el año 1942 sin que quede constancia del motivo de su viaje. Es probable que Müller fuese a supervisar el archivo de residentes judíos en España que Franco había creado para los alemanes aunque el dictador nunca entregase de manera masiva a los judíos a Alemania. Otra posibilidad es que su visita se debiese a la búsqueda de aliados para llevar a cabo una represión más eficaz en Francia. Sin embargo, la realidad es que aún se desconoce el porqué de su visita a la capital del Estado español.



Himmler en España acompañado por su ayudante Karl Wolf, al lado del general Franco y el ministro de Asuntos Exteriores español, Serrano Suñer, durante la visita de los alemanes a España en 1940.

Además de en España, esta política intervencionista caló en Portugal, Italia e incluso en Japón. Los enviados de la Gestapo ayudaban a reestructurar las policías políticas de cada país y redirigir sus políticas hacía la exclusión social, sobre todo del pueblo judío y los enemigos políticos. Resulta muy interesante el caso italiano donde los judíos vivieron dentro del Estado sin mayores restricciones durante los casi veinte años de fascismo de Mussolini. Sin embargo, cuando *Il Duce* fue apartado del gobierno de Italia en 1943, y sustituido por Pietro Badoglio, las tropas alemanas acudieron a su auxilio. Tras derrocar el nuevo Régimen en pocos meses, se restituye a Mussolini pero como un mero títere en manos del Tercer Reich, que exigió una política antisemita firme. La exclusión, deportaciones y matanzas fueron la nueva era para los judíos italianos.

Los caminos de la violencia

Violencia es el uso deliberado de la fuerza o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones.

Informe mundial sobre la violencia y la salud
Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 2002

Como hemos repasado en los capítulos anteriores, el nacionalsocialismo se impuso en toda Alemania y Europa como un movimiento que pretendió totalizar con su ideología la vida pública y privada de todos los ciudadanos bajo su control. La gestión de la sociedad, vigilada por su brazo armado, la Gestapo, fue una confluencia de propaganda y represión contra todas aquellas actuaciones que no concordaban con los parámetros exigidos por su doctrina. La violencia se convirtió en la espina dorsal del Régimen nazi, con la Gestapo como una de las encargadas principales de imprimir la violencia y el miedo en toda la sociedad alemana de la época, pero también como un vector de difusión de su cultura política. Resulta increíble aún hoy que este tipo de actos brutales se consintieran y sustentaran por una parte importante de la ciudadanía de la Alemania nazi, e incluso por algunas autoridades internacionales. Para descifrar este enigma, la violencia ha sido objeto de estudio por las diferentes ramas de las ciencias sociales, no sólo para el caso nazi sino para la comprensión de los grandes conflictos de la historia. Autores tan reconocidos como Hannah Arendt, Charles Tilly, Johan Galtung o Julio Aróstegui, entre otros, han intentado penetrar en el término

violencia para aportar lógicas constructivas a este hecho social y a su cabida en el mundo de la política. Si bien no existe una acepción completa y universal del vocablo, podemos usar la descrita por Eduardo González Calleja en su libro *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, donde analiza las diferentes teorías sobre el término, imponiéndose la siguiente descripción:

Consideraremos un hecho de violencia aquella situación social entre individuos, con carácter deliberado, que pretende romper con algún tipo de orden establecido, haciendo uso no sólo de la fuerza física sino de todo tipo de prácticas en las que se engloban las amenazas o el terror. La violencia sólo puede ser entendida si se estudia en su contexto y como un acto puntual o social, no como una realidad preexistente en los individuos.

Siguiendo la definición, observamos que la violencia es algo más que el empleo de la fuerza física contra un individuo. Es muy común excluir de los actos represivos aquellos que no conllevan una violencia física de facto o suponen un agravio directo a la ciudadanía, pero resultaría ilógico no especificar todas las acciones que cambiaron la vida de los ciudadanos alemanes y europeos tras la llegada del Tercer Reich. En la Alemania hitleriana, la moral y los valores denominados como germánicos fueron los pilares que Hitler y los suyos impusieron en el nuevo Régimen para dominar el día a día de la sociedad. Uno de los puntos más flagrantes en este contexto fue la imposición de valores ultraconservadores y antifeministas en las esferas privada y pública de todos los alemanes, sobre todo de las mujeres. En la Alemania de Weimar había más de trece millones de trabajadoras en diferentes empleos de rango bajo y medio, de las que un alto porcentaje fueron despedidas por encontrarse casadas a la llegada del Tercer Reich. La República de Weimar no fue un lugar de igualdad para la mujer, pero sí se consiguieron ciertas libertades y derechos laborales o políticos, así como un ligero cambio en la mentalidad de la ciudadanía. Pero la prioridad del Régimen nazi fue que las mujeres procreasen lo antes posible siendo coaccionadas, en este caso también los hombres, para que tuviesen hijos que sustentasen el nuevo Estado. La falta de natalidad era causa de agravio dentro del funcionariado y más si estaba cometido por una mujer, pudiendo recibir presiones en su trabajo o en su entorno social. El proyecto racial Lebensborn ('fuente de vida'), ideado por el nacionalsocialismo, imponía a la mujer la tarea de engendrar una nueva juventud que abasteciese de nuevos miembros al partido, al ejército e incluso la Gestapo. Esta prioridad hundió las aspiraciones igualitarias de las mujeres en Alemania, aunque no toda la sociedad estuvo de acuerdo con estas imposiciones en la vida privada de las mujeres y hombres alemanes, como refleja el debate que hubo en torno a la recomendación del Estado a que las mujeres no vistiesen con pantalones, que fue rebatida, entre otros, por el mismísimo Goebbels. Otra forma de represión fue la económica, ya que la incautación de bienes fue un acto fundamental que se completaba cuando un sospechoso era detenido. La incautación reportó gran cantidad de patrimonio al Estado, e incluso a los policías a título personal, pues expropiaban sin impunidad cualquier valor que los reos tuviesen en su poder, sobretodo en el caso de los judíos ricos que acaudalaban joyas y obras de arte, que fueron expoliadas por los nazis. Salir del país antes de ser detenido tampoco fue acicate para este «robo institucional», ya que no era permitido sacar ningún tipo de objeto de valor de camino al exilio.



Imagen de la mujer con sus hijos como ideal del nacionalsocialismo. En esta etapa, la mujer tenía la misión principal de perpetuar la «raza germana» y transmitir la cultura a las nuevas generaciones. Su papel principal estaría en el hogar con sus múltiples hijos enseñándoles a ser buenos alemanes. Magda Goebbels, con seis hijos, fue el adalid de esta figura.

La Gestapo fue una de las instituciones encargadas de expoliar los bienes de miles de personas tras su detención, interrogatorio o salida del país. El expolio fue uno de los pilares económicos para que el Reich pudiera sufragar su empresa, ampliar el funcionariado, crear material bélico, mantener centros de reclusión, etc. Muchas de las obras de arte y joyas estuvieron ocultas durante años, sobre todo en bancos suizos de máxima seguridad, aunque algunas de las propiedades fueron devueltas años después, principalmente por las reclamaciones de Estados Unidos e Israel donde se condensan las mayores comunidades judías. La represión, por tanto, no se resumía en los actos violentos cometidos contra los ciudadanos, sino que iba más allá: imprimiendo en la sociedad la idea de que el Régimen actuaba a su antojo sin ningún cortapisas legal y que, además, esto resultaba un bien común para la comunidad alemana en general. Esta asunción de «bien común» sería la que posibilitó la ayuda o pasividad de los individuos ante los crímenes nazis.

LA IMPOSICIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA NAZI: VIOLENCIA Y VIOLENCIA POLÍTICA

La creación de una situación conflictiva permanente entre el Estado y sus ciudadanos, como ocurrió en Alemania, tiene como punto de partida la inclusión de la violencia en la vida cotidiana de la sociedad que, aunque en su mayoría no compartió estas actuaciones, no la juzgó con la dureza equivalente a los horrores cometidos. Las lógicas sociales de la etapa de entreguerras en Alemania, el resto de Europa y el mundo permitieron la «violentización» extrema del orden social que el nacionalsocialismo aprovechó para llevar a cabo sus fines políticos. Esta violencia fue en sí misma política, ya que emana del Estado hacia sus ciudadanos con justificación política, social o racial, pero hicieron de ella una forma de ejercer el gobierno. La violencia política, siguiendo de nuevo al profesor Calleja, conlleva una carga ideológica en su mismo ser al concebirse como una forma más de violencia, pero aplicada con fines políticos –entendiendo la política en su sentido amplio, incluyendo las ideas de propiedad, seguridad, etnia y concepción general de la vida y el individuo– y por tanto, requiere la utilización de prácticas violentas para alcanzar cambios políticos o para mantener aquellos que se hubiesen producido.

La violencia política fue, por supuesto, un pilar dentro de la política nacionalsocialista y su gobierno, sustentada a través de la cultura política que habían fraguado durante más de una década como partido político. Una cultura política, en la definición que recoge el experto politólogo Jean-François Sirinelli en *Histoire des droites. Culture*, de 1992, es una suerte de códigos y referentes que tienen una comunidad o partido político, que engloba una concepción general y conjunta del mundo, su evolución, el hombre y la sociedad. Además, tendrán una lectura común del pasado, una proyección de futuro y vectores propios de difusión para intentar imponer sus ideas. Basándonos en esta definición, englobaremos que la cultura política nacionalsocialista estuvo basada en una visión del pasado triunfante de Alemania perdido en la Primera Guerra Mundial, por una especie de conspiración internacional para restarle poder a una de las potencias más avanzadas de su época en el panorama europeo. Entre los traidores a la patria habría países u organizaciones internacionales, pero también nacionales que, con su forma de actuar, habrían ahondado en la herida de la nación. En el imaginario colectivo nazi, los traidores más importantes fueron los judíos, que hicieron fortuna de la crisis, o los comunistas, que tuvieron intenciones revolucionarias; además ambos respondían a una patria o agente extranjeros como la Unión Soviética o el Priorato de Sión. Pero el enemigo de la patria podría ser cualquier que no fuese nazi. Su ideal de futuro común fue una Alemania enérgica y predominante en Europa a través de alemanes fuertes y racialmente puros, al estilo del súper hombre de Nietzsche. Se creó, por tanto, una idea de nación excluyente donde cualquier persona que no se instalase dentro de los parámetros de la visión nazi pasaba inmediatamente a ser considerado enemigo, no sólo del sistema político, sino del mismo pueblo alemán del que emanaba el poder de la nación. Su máxima fue ejercer una limpieza étnica, política y social en Alemania para que la nación pudiese alcanzar su destino histórico a través de enarbolar la violencia extrema combinada con propaganda feroz, que les sirvió para ganar adeptos y quebrar voluntades.

En este punto, la Gestapo se presenta como la mayor obra del nacionalsocialismo para conseguir sus ideales políticos. Como hemos desgranado, la organización no sólo era responsable de perseguir a los enemigos sino que formaba parte del engranaje que vigilaba pacientemente a la población para descubrir cualquier error, cualquier desviación que pusiese en peligro el *statu quo*. La búsqueda incesante del enemigo interno para lograr erradicarlo de la sociedad permitió que la violencia fuese un recurso común en el diario de la policía. Por supuesto, en la etapa de los años treinta los códigos policiales europeos no tuvieron las cortapisas legales que hoy día se recogen en prácticamente todos los Estados democráticos, sin embargo la Gestapo destacó por su gran perfeccionamiento de la violencia en todas sus facetas. Su efectividad a la hora de extraer confesiones sólo se comparó a la que pudo tener la Inquisición y sus métodos estaban ciertamente inspirados en la tortura infligida a los denominados herejes. Las ideas para sacar una confesión fueron todo lo lejos que la imaginación de los perpetradores alcanzaba y su fama hacía que muchos prefiriesen la muerte a pasar por uno de sus calabozos. La violencia en todas sus formas se desató con la Gestapo.

LA TELA TRAS LA ARAÑA: ACTITUDES SOCIALES ANTE LA GESTAPO

Numerosos testimonios de los contemporáneos al Régimen nazi señalan que la Gestapo fue una suerte de ejército omnipresente de espías auxiliados por multitud de informantes. Los ciudadanos se sintieron fuertemente observados por el Estado, tanto en su vida pública como privada, cercados, sin que sus acciones pudiesen pasar desapercibidas al poder. Pero, al ahondar sobre las fuerzas de la Gestapo, encontramos una gran controversia entre la memoria colectiva de la sociedad alemana y la presencia física de los agentes. El número de miembros de la Gestapo en activo fue, en todo el período, relativamente escaso en relación con la población susceptible de ser investigada. Por tanto, la pregunta que subyace es la siguiente: ¿cómo consiguieron las instituciones nazis crear esa sensación angustiosa de presencia constante en el Reich?

El número de miembros de la Gestapo resulta algo confuso, incluso setenta años después de su desaparición. El historiador Gellately cifra entre treinta y treinta y cinco mil efectivos en todo el territorio europeo donde se estableció el nacionalsocialismo, si bien en los juicios de Núremberg la acusación habló de cincuenta mil miembros, mientras que la defensa sólo llegó a reconocer veinte mil de todo el aparato represor. Aunque la cifra exacta resulta irrelevante, sí es provechoso para la investigación partir de la premisa de que la Gestapo no tuvo agentes suficientes para espiar a los sesenta y seis millones de personas que vivieron en la Alemania dominada por el nacionalsocialismo, ni mucho menos en los países conquistados más tarde. Además, entre estas cifras, tenemos que extraer al personal administrativo, que pudo suponer un diez por ciento, y el restante se dividió entre personal ejecutivo y empleados generalistas. Los diferentes departamentos en los que se englobó la Gestapo, la Dirección de Seguridad y la RSHA ampliaron sustancialmente los recursos administrativos, armamentísticos o de información y en menor medida el capital humano. En definitiva, encontramos un número reducido de agentes para todo el territorio que quisieron abarcar y aun así consiguieron desmantelar por completo núcleos de resistencia dentro y fuera de Alemania.

Aunque la Gestapo tuvo a sus órdenes cientos de personas, agentes encubiertos, colaboradores y contaba con todas las instituciones del partido y del Estado para vigilar a la población, como desgranaremos más adelante, no explica cómo llegaron a tales cotas de control social por sí misma. La verdadera importancia de su éxito residió en las denuncias que ciudadanos corrientes interpusieron contra miles de personas. Se cifran en el ochenta por ciento los delitos perseguidos a través de este sistema, muy por encima de la investigación o la denuncia por parte de autoridades estatales o del partido. Durante años, las investigaciones llevadas a cabo por los científicos sociales otorgaban a la población un papel pasivo en el aparato represor del nacionalsocialismo. La tesis más explorada fue que el terror se sostuvo únicamente desde arriba, es decir, que el *Führer* y sus secuaces, tachados de psicópatas sin escrúpulos, atemorizaban a la sociedad a través de sus medios coercitivos, como la Gestapo, sin que la población participase en la espiral de terror. El otro lado de la moneda era la resistencia, que durante años se supuso mayor a la recogida en los estudios exhaustivos posteriores, que fue explotada por los estados tras la guerra como símbolo nacional. Estas teorías, barajadas incluso justo después de la Segunda Guerra Mundial, fueron las que se

aplicaron también a la Italia del *Duce* o la España de Franco, dejando entre la represión y la resistencia una amplia gama de grises que no se tuvo en cuenta. Sin embargo, este espacio gris se ha revelado como el representante de la mayoría social que hasta los estudios de los años setenta del siglo XX no fue tomada en consideración, sobre todo por la sensibilidad que pudiera ejercer en las poblaciones que estuvieron inmersas en regímenes dictatoriales y transitaban hacia la democracia.

La investigación pionera fue la de Renzo de Felice en 1974, *Mussolini Il Duce: Gli anni del consenso, 1929-1936*, donde afirmó que existió consenso dentro del régimen fascista de Mussolini mientras los italianos eran cómplices de la represión y de la sociedad sin libertades en la que vivieron, cuestionando también el mito de la resistencia masiva forjado en Italia. De Felice fue fuertemente criticado por sus contemporáneos y colegas por la simplificación de sus afirmaciones, pero consiguió abrir una nueva línea en la historiográfica que se mantiene viva aún hoy. A su vez, Emilio Gentile, sobre todo en su artículo en la revista *Journal of Contemporary* «Fascism as Political Religion» de 1990, ahondó en las actitudes políticas de los ciudadanos italianos de los veinte y treinta, alegando que el consenso estaba sustentado en la ideología fascista que subyacía a la población. Gentile, con tesis más profundas, sentó las bases de la investigación de las actitudes sociales frente a los regímenes dictatoriales que ya no eran dos caras de la moneda, sino que componían una complicada gama cromática.

En el caso alemán, el acento lo puso el Proyecto Baviera que, a partir de 1973, comenzó a indagar en las actitudes de aquellas personas que aunque no eran proclives a algunos puntos del Régimen nazi sí aceptaban otros y, por tanto, no habían formado parte de una resistencia activa contra él. Ian Kershaw, participe del proyecto, ha desarrollado en sus publicaciones las opiniones y actitudes sociales de la gente corriente ante el *Führer* y el nacionalsocialismo, indicando que existió una mayoría confusa que no tuvo una actitud preclara del Régimen y por tanto incurrió en contradicciones, resignación y apoyo activo. Las ideas de Kershaw son las que, cómo a él mismo, llevan a preguntarnos si nosotros mismos no hubiésemos sido férreos opositores a Hitler o, al menos, defender nuestros derechos o los de nuestros vecinos. La respuesta, en todo caso personal, lleva a pensar que no toda la sociedad encontraría los actos tan infames como para enfrentarse directamente al Régimen, ya fuese por miedo o por considerar convenientes las actuaciones por motivos más profundos. A través de estas primeras investigaciones comenzaron a aflorar estudios sobre preguntas pendientes, como el por qué varios ciudadanos participaron de las técnicas de control social, la pasividad de la población o el porqué de la amplia votación a Hitler años antes de su subida al poder donde propugnaba ideas de exclusión social. En general, los estudios más recientes señalan que habría multitud de sentimientos hacia los regímenes dictatoriales que abarcarían la adhesión incondicional, la adhesión con algún tipo de reticencia, la pasividad, el disentimiento activo y pasivo, así como diferentes actitudes a lo largo del tiempo.

La batalla por la opinión

La cultura que se impuso en los años previos a la Segunda Guerra Mundial fue la denominada como «cultura de guerra», término que recoge las diferentes prácticas asociadas al conflicto bélico – creación de la figura de un enemigo a batir en todos los campos, militarización social, deshumanización de los ciudadanos considerados fuera del sistema, exaltación de la violencia, etc.– llevados a un tiempo de paz. Esta cultura, presente en otros estados europeos, fue usada por el nacionalsocialismo para crear un clima de conflicto entre miembros de una misma comunidad como si de una guerra civil se tratase y de la que todos debían participar. Para ello se necesitó un proyecto integrador que vehiculase todas las aspiraciones de los alemanes y excluir a los considerados marginados. Como apuntamos en capítulos anteriores, el Tercer Reich había creado este proyecto a través de elementos de exaltación de la comunidad germánica, el antisemitismo, el pangermanismo y en la idea de que el pueblo estaba por encima de la voluntad individual. Su cultura política sirvió como elemento de cohesión para la inclusión de millones de alemanes bajo su paraguas para fraguar un plan de futuro común para todo el pueblo germano. Este primer paso le sirvió para ganar las elecciones y, tras la toma del poder, ir ganando voluntades de aquellos que aún tuvieron reticencias con su política. Su fórmula conjugó el renacimiento de Alemania, y por ende de los alemanes, junto con una sociedad altamente vigilada y represaliada sobre todo por la Gestapo, indicada para aquellos que no quisieran o no pudieran formar parte de la nueva era.

A todo ello, se unió que los parámetros de «solidaridad social» dentro de la gran comunidad germana enarbolaron un ultranacionalismo que caló en aquellos alemanes avergonzados por las pérdidas de la Gran Guerra. Alemania había sido arrastrada al fango por las potencias y con ella a todos sus habitantes, por tanto no es extraño que éstos sucumbiesen a las palabras de orgullo nacional que proclamaba el *Führer*. Muchos de los obreros se vieron representados en esa comunidad al margen de la lucha de clases que propusieron otros sistemas apoyados por las promesas de mejora de sus condiciones laborales. Se estableció el capitalismo moderno, sobre todo en el norte, donde había peores condiciones para los trabajadores, y comenzó a generarse más riqueza, a imponerse las vacaciones pagadas, la protección del campesinado y en general a mejorar el contexto laboral de miles de personas. El Frente de Trabajo alemán apoyó el turismo familiar, el tiempo libre con la familia y todo tipo de alicientes que no se contemplaron en la etapa anterior. El Estado era ahora como un padre protector de todos los alemanes, a los que prometió un progreso constante en su calidad de vida laboral y privada. En este campo, se enarboló la familia por encima de todo, incluyendo subvenciones por hijo, seguro de viudedad, enfermedad y se perfiló el concepto de pensión que más tarde se implantó en Alemania. Incluso condonó deudas de alemanes corrientes y anuló otras entre particulares incidiendo en que la crisis económica había lanzado a muchos a prestar dinero con altas cotas de beneficio que no eran propias para el pueblo alemán. Todas estas medidas consiguieron que muchos vieran con buenos ojos al nuevo caudillo, que se presentaba ante ellos como garante de la integración, la estabilidad y la mejora.

A su vez, el Reich no publicitó extensamente las leyes raciales y justificó con engaños el encierro de miles de opositores políticos en aras de la concordia nacional, pero muchos sabían lo que ocurría cuando la Gestapo llamaba a la puerta de una persona. En todos los barrios había ocurrido e incluso los reos habían sido paseados para su escarnio social, aunque la maquinaria propagandística hiciera esfuerzos para minimizarlo. Para buscar el apoyo de la población se publicitaron los prejuicios que muchos tuvieron sobre las minorías y los marginados sociales y se dejó muy claro que sólo apartándolos se garantizaría la seguridad individual de los alemanes. El empuje que en ciertos

sectores tuvo la arianización de la economía copó las reticencias que algunos tenían al proyecto de exclusión sistemática que se estaba llevando a cabo. La arianización fue un proceso complejo que satisfizo a muchos pequeños comerciantes, que ocuparon los lugares de los antiguos comercios judíos, y a la burguesía, que encontró nuevas líneas de negocio que desarrollar en época de gran crisis, a costa de apartar a miles de personas. El historiador Götz Aly explica en su libro *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus (Los beneficiarios de Hitler. El saqueo, la guerra racial y el nacionalsocialismo)* cómo la economía fue determinante para que los alemanes asimularan que las leyes raciales iban en su propio beneficio e hiciesen pocas preguntas al respecto, por tanto la tarea fue mucho más fácil.

Así, el nacionalsocialismo alcanzó grandes cotas de integración al proyecto político que intentó llevar a término más allá de la pequeña burguesía, como se pensó en un primer momento. El NSDAP tuvo entre sus filas a grandes terratenientes, clases medias, pequeños propietarios u obreros de diferente raíz política y condición. A su vez, arrancó simpatías en muchos otros sectores que desearon un gobierno fuerte que aportase algo de tranquilidad en uno de los tiempos más inseguros e inciertos que vivió Europa y Alemania. El Partido Nazi había arañado votos a los partidos liberales y conservadores sobre todo entre las clases medias y los jóvenes, que sintieron con Hitler y su proyecto un espejo donde mirarse, pero además fue ganando adeptos según se derrumbaba el sistema de Weimar. En una etapa de gran precariedad, crisis moral, política y económica, el carisma de Hitler posicionó el nacionalsocialismo como la única vía de escape para los alemanes hartos de sufrimiento. Y lo más importante, consiguió crear un enemigo común, en el que cupieron miles de personas, sobre el cual se volcó toda la responsabilidad de los males que azotaban a la patria. Con este sistema se consiguió un doble juego: por una parte se excluía de la sociedad al diferente o marginado y por otra los ciudadanos hacían verdaderos esfuerzos para exaltar la pertenencia de grupo, porque parecer, esconder o defender a un excluido era correr su misma suerte.

El discurso de Hitler y el NSDAP estuvo basado desde principios de los años treinta en la necesidad de crear una nueva Alemania «fuerte, nacional y sana» y, por tanto, excluyente. No todos los habitantes del país quedaban dentro del proyecto nacionalsocialista, sobre todo el punto de mira estaba basado en los opositores políticos, los marginados sociales y las etnias. Todas las sospechas apuntan que en 1933 el NSDAP no tenía ningún plan preconcebido para realizar esta sociedad excluyente, pero sí se perfilaba en el horizonte político la necesidad de emprender un control exhaustivo de la sociedad, como nos muestra la creación de la Gestapo en 1934 y su nacionalización dos años después. La comunidad que propuso Hitler encajó muy bien en diferentes sectores de opinión que vieron en sus palabras una salida a la crisis política y moral que atravesaba Alemania. La popularidad de Weimar fue en declive desde que la depresión había hecho mella en la economía y aumentado el paro de manera exponencial. Se culpaba de nuevo a la República impuesta de los males que asolaban Alemania, del hambre y la carestía que sufrió el pueblo. El comunismo y el socialismo fueron populares entre una gran parte de la sociedad, pero aborrecidos por otros que vieron en Hitler la salvación para no caer en un sistema como el ruso. La sacralización de la patria y el caudillo formalizaron las relaciones sociales que atrajeron a muchos a seguir al *Führer* sin contemplaciones. Todas estas políticas allanaron el camino para que los alemanes corrientes «dejasen hacer a Hitler» y vieran con buenos ojos las políticas que se iban llevando a cabo.



Miles de personas haciendo el saludo típico nazi en una concentración. El saludo, con el brazo levantado cuarenta grados y la palma estirada hacia abajo, se inspiró en la teoría de que en la etapa del Imperio romano era utilizado por los germanos. Se solía acompañar por un *Heil Hitler!* (¡Viva Hitler!) a modo de saludo o con el grito *Seig Heil!* (¡Viva la victoria!), utilizado en los actos multitudinarios.

Por último, no hay que pasar por alto un factor controvertido: el miedo. Aunque hayamos explicado que la Gestapo o el Estado no tuvieron el poder suficiente como para atrapar a todos los opositores, sí sabemos que eran implacables con los que encontraban. No hay que olvidar que el nacionalsocialismo creó una sociedad represiva donde las opiniones y actuaciones de los ciudadanos no eran libres por temor a ser enjuiciados por ellas. No denunciar a un compañero de trabajo o vecino que se identificaba con alguna ideología política o pertenecía a un grupo excluido, podía ser motivo de investigación por parte de la Gestapo o la Policía Criminal. Esconder a un proscrito significaba, asimismo, correr la misma suerte que él. Pero sabemos que aún con todas las trabas inimaginables muchos ayudaron a sus conciudadanos a escapar de la violencia y el terror. Uno de los más conocidos es el de los llamados «Justos entre los Gentiles» o «Justos entre las Naciones» que recoge a todos los hombres y mujeres que arriesgaron su vida para salvar la de los judíos durante el Holocausto. El Estado de Israel cifró en más de diez mil las personas que pertenecieron a ese grupo en toda Europa, siendo el lugar de más incidencia Polonia. Sin embargo, sabemos que el número es escaso ya que sólo contempla a aquellos que pudieron perder su vida –al esconderlos, ayudarlos a escapar, etc.– pero no recoge a todos los que les ayudaron de uno u otro modo o alzaron su voz para aliviar la situación de los judíos aunque no estuviera su vida en juego.



Avenida de los Justos, en homenaje a los justos que salvaron judíos durante la ocupación. París, Francia. A raíz del impacto del juicio de Eichmann en Jerusalén, en la década de los sesenta, comenzaron a explorarse otras actitudes hacia los judíos en la etapa nacionalsocialista. Muchos supervivientes del Holocausto relataron experiencias en las que miles de personas habían ayudado a salvar su vida. Desde 1963, Israel tiene una Comisión Permanente para investigar y premiar a estos justos entre naciones.

¿La mayoría de alemanes fueron víctimas o fueron verdugos de la Gestapo?

Desde su creación la Gestapo y el SD llevaron a cabo encuestas de opinión entre la ciudadanía para calibrar la acogida de las medidas que se fueron imponiendo en Alemania. Las preguntas viraban desde la visión de la represión hasta la aceptación del *Führer* o las condiciones de vida diarias. Esta fuente de información, aunque valiosa, no es un reflejo real de las actitudes que tomaron los alemanes con respecto a la dictadura. Como señala el historiador Kershaw en su libro *Popular opinion and political dissent in the Third Reich. Bavaria 1933-1945*, hay que tomar con cuidado los informes emanados de estas encuestas porque a menudo son sesgadas y producto de una autocensura por parte de los que las contestaban. Resulta evidente que el nacionalsocialismo contó con muchos apoyos y simpatías en los años que desarrolló su proyecto, pero no todas sus acciones fueron vistas de igual modo por los ciudadanos alemanes.

La Gestapo se había publicitado como la garante del orden social y como protectora de la nación germana. A simple vista, la propaganda pareció tener razón a ojos de los alemanes, que pasaron de luchas callejeras, desordenes, manifestaciones o razias a ciudades aparentemente tranquilas y seguras. Esto, añadido a todos los beneficios anteriores, hizo que, en general, los alemanes tuvieran una buena opinión de los nazis y de la Gestapo en particular tras su llegada al poder. Es indiscutible

que el nacionalsocialismo contó con apoyos en todas las capas sociales que le ayudaron en su empresa de cambio social, sin embargo ciertas leyes o acciones empezaron a desestabilizar esta alianza. El acoso social a los marginados, el pacto con la Unión Soviética o la guerra fueron los más controvertidos para la opinión pública. Como señala el título del libro de Gellately, *No sólo Hitler: La Alemania Nazi entre la coacción y en consenso*, las actitudes sociales de los alemanes frente a los actos cometidos por la Gestapo u otras organizaciones fueron desde el consenso más afín hasta la oposición velada por la coacción que estableció la represión.

La oposición en Alemania nunca fue una estructura fuerte y precisa que se enfrentara al nacionalsocialismo. La Gestapo y el SD trabajaron sin descanso para desarticular todo halo de oposición que encontraran a su paso, desmembrando los partidos políticos y sindicatos además de perseguir otras organizaciones de presión. Pero sí sabemos que muchos individuos no estuvieron de acuerdo con las actuaciones del *Führer* pero callaron por temor a ser represaliados o internados en un campo de concentración. Este tipo de opinión es la que queda más clara de todas las posibles ya que se trata de una oposición directa y sin reservas, pero marca la diferencia entre la oposición activa, en el caso de la pequeña resistencia, y la pasiva, a los que les inundó el miedo. Muchos opositores pasaron de la pasividad a la actividad opositora cuando comenzaron a ver que los parámetros sociales viraban violentamente o cuando vieron amenazados sus vidas o sus principios.

En zonas más grises encontramos hombres y mujeres que pudieron verse poco integrados en la nación que propugnaba el Reich, incluso un número importante de judíos que votaron a Hitler, pero que estuvo de acuerdo con políticas de regeneración nacional, impulso de la economía o el restablecimiento del orden y la seguridad. A su vez, otras personas que pudieran incluirse de lleno en el ideal germano pudieron tener reservas con la arianización de la economía o la destrucción de los partidos políticos y las libertades. Un ejemplo de este segundo grupo son los jóvenes descontentos con la falta de libertad que imprimió el nacionalsocialismo: los integrantes del grupo de la Rosa Blanca, que como recordamos fueron perseguidos y ajusticiados por la Gestapo. Estos dos tipos generales de impresiones, a los que se sumaron muchos otros, representan a un alto porcentaje de la sociedad que basculó durante toda la dictadura entre el consenso y la disconformidad, en mayor o menor grado, pero con actuaciones normalmente pasivas, exceptuando algunos grupos reducidos o acciones individuales.

En todo caso, las acciones colectivas fueron una minoría durante la etapa nacionalsocialista en Alemania. Lo que destaca Francisco Miguel de Toro, en su artículo *La sátira y el humor político durante el Tercer Reich*, es que las actitudes individuales fueron más precisas que las generales. Resistirse a saludar con la fórmula *Heil Hitler*, cuando ésta era la manera habitual de saludo para mostrar respeto al Reich, o hacer chistes sobre el *Führer* o el Régimen, fue una máxima entre millones de personas que no se atrevieron a hacer otras acciones mayores, pero que sí quisieron mostrar su descontento. Otras, como el acoger a un perseguido, mejorar las condiciones de vida de un trabajador esclavo en las fábricas privadas, favorecer el exilio o escuchar radios extranjeras para saber realmente el alcance de los acontecimientos, fueron más atrevidas y pudieron suponer una investigación por la Gestapo y posterior reclusión.

Por último, estuvieron aquellos que tuvieron una adhesión directa con el sistema nazi o lo simularon por miedo a las represalias de su entorno o la Gestapo. De este grupo es de donde emanaron fundamentalmente las denuncias contra otras personas motivadas por la pertenencia al grupo y el férreo convencimiento de la ideología nazi. Millones de personas cerraron filas en torno al *Führer* y vieron en él el estandarte del buen alemán. La Gestapo se sirvió de estas personas para crear una sociedad de terror y emular una situación de omnipresencia que ha quedado en el inconsciente colectivo social. Pocos cambiaron de opinión sobre el Régimen incluso cuando la Gestapo atacó más duramente a la población. Tampoco podemos afirmar que supieran a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo a millones de personas en los campos de Alemania o Europa, sino que muchos creyeron a pies juntillas lo que el ministro de Propaganda no paraba de repetir en la prensa: que la Gestapo sólo perseguía a aquellos que habían atentado contra Alemania y que los excluidos estaban «en un lugar mejor» que favorecía que los alemanes convivieran bien y ellos también. La propaganda imprimió todo el proceso y la creencia en el «bien común» facilitó la adhesión. Sin embargo, la guerra cambió los parámetros de incondicionalidad de los que el Régimen gozó. Este fue el caso de los militares que planearon asesinar al *Führer* en la operación Valkiria, cuando vieron que sus planes en la guerra iban a suponer una derrota clara para Alemania. La traición de personas tan cercanas al movimiento nazi indica que el futuro común acalló muchas voces que no estuvieron del todo de acuerdo con Hitler, pero cuando la guerra se vio perdida y el futuro incierto la adhesión se desmoronó de manera inmediata.

Para que un ciudadano denunciase a otro, entraban en conflicto diferentes razones que basculan desde la adhesión al Régimen y sus preceptos, el miedo a ser excluido de la comunidad o la venganza. Si bien resulta complicado entender qué fue lo que motivó a todos los que denunciaron, sí podemos perfilar por qué decidieron dar el paso. Durante la dictadura nacionalsocialista una idea caló entre la población y los trabajadores del Reich alemán: trabajar en la dirección del *Führer*. Bajo esta premisa, se tomaban iniciativas a nivel personal o institucional a favor de lo que se creyeron objetivos directos de Hitler, sin que él tuviese que ordenarlo. Una de las consecuencias fundamentales fue la inclusión de hombres y mujeres corrientes como delatores de sus vecinos o conocidos. Trabajar en la dirección del *Führer* incluyó extirpar de la población a todos aquellos que no fuesen merecedores de pertenecer al *Volksgemeinschaft* o que atentaran, por su religión, vinculación política o moral, al mismo. Lo que fuese a ocurrir a estos hombres y mujeres denunciados se entendió como un mal menor en aras de la protección de Alemania o incluso de ellos mismos, sin que podamos saber si conocieron realmente el alcance de aquellas consecuencias.

LAS VIOLENCIAS DE LA GESTAPO

El trabajo publicado en 1987 que llevó a cabo el historiador Reinhard Mann sobre la actividad diaria de la Gestapo en la ciudad alemana de Dusseldorf, entre 1933 y 1945, puede arrojar luz sobre la labor real que ejercían los agentes en su día a día. La obra póstuma de Mann, *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Großstadt*, recoge más de ochocientos casos llevados a cabo en esa oficina para conocer qué tipo de procesos fueron abiertos contra la ciudadanía por la policía política. De sus conclusiones, extraemos que más del treinta por ciento de los delitos fueron por la continuación de ejercicio de actividades prohibidas, sobre todo las relacionadas con la pertenencia a partidos políticos o sindicatos. Otro treinta por ciento de las investigaciones se habían llevado a cabo por actitudes reprochables de los ciudadanos de Dusseldorf, entre los que destacan los procesos abiertos por expresar en público opiniones contrarias al Régimen, que copan la lista, o el desacuerdo con las formas de trabajo y vida diaria impuesta por el nacionalsocialismo. En menor porcentaje, se encuentran otras formas de oposición como lanzar octavillas contrarias al nacionalsocialismo, leer libros prohibidos, escuchar radios extranjeras o simplemente tomar una postura pasiva ante la política, que supusieron el menos del veinte por ciento de las actuaciones de la Gestapo. El veinte por ciento restante se divide entre los llamados criminales convencionales en los que se aunaban ladrones, prostitutas, homosexuales, enfermos mentales, entre otros; y el control administrativo dirigido a revisar permisos de residencia, trabajo u otros documentos ligados a la inmigración. Como podemos observar, Mann excluye de manera obvia los procedimientos abiertos contra los enemigos raciales del Reich, —no sabemos si de manera intencionada o si su muerte en 1981 fue la que produjo que la investigación se cerrase en este punto— pero sí aporta lógicas fundamentales para entender a quién se enfrentaba la Gestapo a diario.

Con estos datos resulta interesante observar cómo la actividad rutinaria de la policía política estuvo dirigida fundamentalmente hacia las actitudes políticas y sociales de los ciudadanos de Düsseldorf y, por ende, extraemos que estas prácticas fueron frecuentes entre los alemanes y continuadas en el tiempo. El estudio de Mann también indica que los delitos de ejercicio de actividades prohibidas fueron más usuales hasta 1935, mientras que a partir de esa fecha aumentaron aquellos que tuvieron que ver con descontento social o laboral, que subraya la teoría anteriormente expuesta de que la Gestapo había quebrado la oposición política al poco de comenzar a actuar. La línea del tiempo resulta interesante a la hora de observar los delitos contra el nacionalsocialismo que persiguió la policía política en Alemania, ya que, como sabemos, en la etapa anterior a la guerra el enemigo común fue el enemigo político, mientras que según fue avanzando la década de los treinta la persecución étnica y social se fue incrementando hasta copar la lista. Durante la guerra, se intensificó esta lucha político-social a la vez que comenzaron a perseguir a los alemanes que no estaban de acuerdo con el curso de los acontecimientos bélicos. La entrada en guerra y la pérdida de hegemonía hicieron mella en las actitudes de los alemanes que ya sabían el precio de una derrota en una guerra de tales características.

Aunque los delitos perseguidos fueron numerosos, igual lo fueron las formas de represión que se utilizaron contra ellos. Resulta muy complicado desgranar exactamente qué órdenes tuvieron los policías encargados de la represión en el Reich, ya que sólo contamos con los testimonios de las víctimas para avanzar en este campo. En un primer momento, como sabemos, la acción represiva fue hacia la oposición política valiéndose de infiltrados, listas de afiliación a partidos políticos, sindicatos u otras organizaciones declaradas ilegales. Más tarde, la represión se fundamentó en los enemigos de la nación nazi, los descontentos con el Régimen o la guerra, además de las actuaciones especiales dentro y fuera de las fronteras del Reich. A la luz de las investigaciones sobre este punto, sabemos que la Gestapo realizaba dos labores fundamentales para ejercer la represión en Alemania y Europa: persecución de delitos y acción preventiva. Para la primera, la policía política se sirvió de investigaciones propias, denuncias de organizaciones nazis o denuncias de terceros sobre cualquier conducta sospechosa. Aunque las detenciones por investigaciones o denuncias fueron numerosas, no fueron las únicas armas con las que contó la Gestapo para enfrentarse a sus enemigos, resultó fundamental la disposición conocida como *Schutzhaft* ('custodia preventiva') que se podía aplicar para internar a cualquier persona sin ninguna motivación. La custodia preventiva fue aplicada por el Reich a través de los Decretos tras el incendio del Reichstag el 28 de febrero de 1933 y, durante su mandato, nunca fue derogada. Cualquier persona susceptible, por sus amistades, familiares o antecedentes, de cometer un delito político o sospechoso de ello, podía ser detenida y encarcelada a cargo de la policía política. Los antecedentes de esta forma de detención se encuentran en las normas aplicadas por el káiser Guillermo II cuando Alemania comenzó a participar en la Primera Guerra Mundial, como parte del estado excepcional del tiempo de guerra y recogido en la Constitución de Weimar. Resulta erróneo retrotraerse a la custodia preventiva del Reino de Prusia en 1850, ya que este tipo de detenciones sí debían ser revisadas y avaladas por los tribunales. Las normas de la guerra se instalaron en tiempo de supuesta paz.

Las consecuencias de la *Schutzhaft* fueron diversas para los diferentes grupos que la sufrieron, pero en general sirvió como prisión continua para todos ellos, sin revisión por parte de las autoridades legales sobre todo a partir de 1938, cuando se decidió que las actuaciones de la Gestapo quedaban al margen de los tribunales administrativos y de los tres meses de reclusión pasó a indefinida. Para garantizar su cumplimiento se llevó a cabo bien en prisiones de la Gestapo, bien en campos de concentración de Alemania y Europa. En julio de 1933 había unas veintiséis mil personas arrestadas bajo esta norma acusados del incendio del Reichstag, principalmente miembros de la izquierda política, aunque el número total puede pasar los cien mil. En la *Schutzhaft* también estuvo la clave para una nueva acción preventiva que fue creada para afianzar la comunidad social y racial a la que aspiró el Reich: la norma *Vorbeugungshaft*. Ésta consistió en identificar o, incluso, detener a aquellas personas que por su etnia, antecedentes políticos, familiares o tener los parámetros idóneos para ser catalogado como indeseable, alegando que pudieran suponer un peligro para la estabilidad del Estado. A partir de 1937 y por mandato expreso de Himmler la policía criminal (KriPo) comenzó a aplicar el *Vorbeugungshaft*, como fórmula similar a la custodia preventiva pero aplicable a reincidentes y catalogados como criminales biológicos, entre los que se encontraban homosexuales, prostitutas, ladrones, gitanos, etc. La KriPo encarceló en campos de concentración a miles de personas por atentar contra los valores de limpieza social y étnica que propugnó el nacionalsocialismo, muchos de ellos perdieron su vida por este difuso delito. Tanto la *Schutzhaft* como la norma *Vorbeugungshaft* abrieron el camino para la detención aleatoria de miles de personas

a merced de los brazos armados del nacionalsocialismo sin autorización judicial. Sabemos que a través de estos supuestos de limpieza política y social se persiguió a multitud de colectivos como aquellos que mostraron desafecto político, la incredulidad ante la victoria en la Segunda Guerra Mundial, la crítica al Régimen, ausencia de moral, los catalogados como dementes o aquellos que no expresaban una lealtad total al *Führer*. Cualquier sospecha, fundada o no, contra cualquier individuo era motivo de detención inmediata, sin posibilidad de defensa ni información a familiares de su situación.

Der Richter	Der Richter vom	Der Richter mit Vorfänger des Kassations	Kag
		102 H 48	30.11.1936

Bek. Schutzhaftbefehl .

Wesagen: ./.

Hiermit verhängte ich über Sie die Schutzhaft mit Wirkung vom 5. Dezember 1936 .

Diese Massnahme stützt sich auf § 1 der VO. des Reichspräsidenten zum Schutze von Volk und Staat vom 28.2.33 - RGBl. I. S. 65 - .

G r u n d : Sie sind am 5.6.1934 vom 1. Strafsenat des Oberlandesgerichts in Jena wegen Vorbereitung zum Hochverrat zu 2 Jahren 6 Monaten Zuchthaus verurteilt worden . Ihre bisherige politische Betätigung und Ihr Verhalten vor und nach der Machtübernahme und Ihre fanatische kommunistische Gesinnung bietet keine Gewähr dafür, dass Sie sich nach Ihrer Entlassung aus der Strafhaft nicht wieder im staatsfeindlichen Sinne betätigen . Die Verhängung der Schutzhaft über Sie ist deshalb im Interesse der Staatsicherheit erforderlich , um zu verhindern, dass Sie sich wieder der illegalen KPD zur Verfügung stellen .

Stg.

H. Köhler

Schutzhaftbefehl, documento donde se recogen los datos referentes a la custodia protectora de un reo.

El procedimiento. Cara a cara con la Gestapo

La llamada a la puerta de la Gestapo avivaba la leyenda y el terror. En la prensa se destacaban las detenciones y los éxitos de la Gestapo para invocar el miedo a la pequeña resistencia que quedaba en Alemania y más tarde en Europa. El mito de que la Gestapo estaba ahí, en todas partes, para que cuando un ciudadano quisiese decir algo contrario al Régimen mirara a su alrededor con miedo, lo que se conoció como «la mirada alemana». Pero cuando se efectuaba la detención el preso tenía la certeza de que en su vida había un punto de inflexión del que podía no regresar jamás. Una vez investigada o denunciada una persona y ser detenida, se les conducía a las instalaciones de la Gestapo. El procedimiento comenzaba con la creación de una ficha con una fotografía del individuo, sus huellas dactilares, los datos del arresto y el interrogatorio, otros datos de interés, así como la resolución de la detención y otros datos personales de todo tipo, como la descripción física, étnica o social. Las fichas se unían a las creadas contra los sospechosos, fruto de las investigaciones llevadas a cabo por la Gestapo, las denuncias o las sospechas. En esas fichas residía su poder. El sistema de archivo, creado por la empresa IBM, permitía a los agentes encontrar rápidamente cualquier nombre

y persona, con lo que la tarea de búsqueda superaba con creces los rudimentarios procedimientos de cualquier policía del momento –consistente en almacenar cientos de folios con información personal en enormes archivadores que dificultaban la búsqueda y ayudaban a la pérdida constante de documentación. Este método consistió en ordenar alfabéticamente las fichas dentro de la máquina y con la ayuda de rudimentarios botones poder encontrar la deseada en pocos minutos. Dentro de la gigantesca maquinaria se reunieron unos quinientos mil nombres sólo en la sede central de la organización en Berlín manejada por un solo operario.

Mientras el sistema administrativo funcionaba, la Gestapo mantenía al reo encerrado, hasta que daba paso el interrogatorio, en celdas donde el hacinamiento y la falta de las mínimas condiciones higiénicas fueron la tónica general. Incluso, desde los sótanos donde se encontraban las celdas, los detenidos podían escuchar los gritos y súplicas de los que les precedieron, haciéndose una idea de a qué se enfrentaban. Los interrogatorios de la policía política han sido célebres en todo el mundo por las torturas que se llevaban a cabo durante el proceso para sacar la máxima información, con personas que ya estaban muertas de miedo cuando les habían detenido. El rumor de las terribles consecuencias de ser detenido por la Gestapo se había propagado por Alemania y Europa de manera muy rápida, resultando la policía política secreta más visible y conocida del mundo. La máxima de la Gestapo fue despojar al reo cualquier humanidad desde su captura, denigrándole hasta la extenuación sin mostrar ni un ápice de compasión ni empatía con ellos. Las muestras de desprecio, insultos, vejaciones y torturas eran reiteradas e ininterrumpidas mientras el recluso se encontraba en sus manos. Salir vivo de esta situación no fue nunca una garantía para nadie y muchos entraron en las sedes de la Gestapo y no volvieron a salir jamás.

En 1937, Müller acuñó la frase *Verschärfte Vernehmung* ('interrogatorio intensificado') bajo la que se recogieron multitud de prácticas para mejorar los interrogatorios que llevó a cabo la Gestapo, como una especie de manual. En último término significaba la orden para aplicar condiciones extremas para el reo que significaría un mayor beneficio en la tarea de obtención de información. Según el método general, en algún momento del día o la noche, el detenido era sacado de su celda y llevado a la sala de interrogatorio. Allí comenzaba el calvario de tiempo indeterminado donde no existía la mínima garantía legal. Lo habitual es que el reo sufriera las torturas «corrientes» que se aplicaban sin que dejaran huella en el cuerpo del detenido: negación de alimento o bebida, exposición a frío o calor extremos, exposición a fuertes ruidos, posturas incómodas reiteradas, aplicación de gran estrés, privación de sueño o celdas de aislamiento continuado. Otros métodos que hicieron célebres los interrogatorios de la Gestapo fueron la simulación de ahogamiento en «la bañera», donde el torturado era introducido en una bañera llena de agua, a veces putrefacta, hasta casi quedarse sin aliento una y otra vez; las perforaciones con maquinaria para atornillar o pulseras punzantes en las extremidades; pequeñas amputaciones o extracción de piel; palizas o heridas con diferentes armas blancas; dislocación de articulaciones, violaciones puntuales o rutinarias, entre otras. Para los agentes no existía límite en el proceso de la tortura y por ello utilizaron todo tipo de técnicas que pudieran infligir dolor o destrucción psicológica, los que hemos apuntado o cualquiera que pasase por su mente en aras de conseguir sus objetivos. Aunque en un principio estas prácticas sólo estuvieron recogidas para los enemigos políticos y sociales del Estado, incluso algunas prohibidas, muchos otros las sufrieron con total impunidad como práctica general de la Gestapo.



Imagen de los instrumentos de tortura empleados por la Gestapo guardados en el Memorial que hoy se encuentra en la que fue su sede principal en Berlín, Alemania.

Existen multitud de relatos de las víctimas que demuestran los crímenes de lesa humanidad que cometió la Gestapo en sus cuarteles en toda Europa. Cada caso fue una muestra más del horror al que estuvieron dispuestos a llegar los agentes de la Gestapo. Para ellos, la tortura fue la forma más eficaz para destruir a los enemigos del Régimen, primero infundiéndole un miedo general y más tarde extrayendo todo tipo de información al detenido. Conseguir que los ciudadanos sometidos a torturas hablaran, fuesen ciertas o no sus palabras, no fue un problema para la Gestapo. Si el reo presentaba algún problema, el interrogatorio podía alargarse semanas enteras, incluyendo la asistencia de familiares directos a la tortura o incluso detener y torturar a familiares y amigos. Sin piedad y con total impunidad. Algunos delitos considerados como leves podían suponer una reclusión temporal para el reo, su paso a disposición judicial, si se podía demostrar la comisión de un delito o su puesta en libertad con una amonestación o multa. La decisión normalmente no era tomada por los tribunales sino que la propia Gestapo tuvo impunidad para ser parte de la legalidad del propio Estado Alemán. El juicio, en el caso de celebrarse, no supuso ninguna garantía legal aunque el imputado contaba con abogados del Estado que a menudo hicieron bien su trabajo. Sólo formaba parte de la representación mediante la cual la Alemania nazi humillaba al reo de nuevo. Las condenas viraron desde el internamiento en campos de concentración hasta la muerte en la horca, con un sinnúmero de condenas de cárcel e imposiciones económicas. Entre los miles de procesos que llevaron a cabo los tribunales hubo algunos en los cuales los jueces llegaron a enfrentarse a las acusaciones de la Gestapo a favor del detenido, pero pocos; sin embargo, la Gestapo solía corregir estos errores haciendo permanecer al detenido en sus dependencias. A partir de este momento, con absolución o condena, la persona, su familia y amigos quedaban marcados por el sello de lo anti-alemán y sus relaciones personales y

profesionales estaban destruidas, por miedo o por repulsa a los delitos que en muchas ocasiones ni habían cometido. Todo el sistema estaba podrido y comandado desde el gobierno a favor de sus órganos represivos para cerrar la espiral del terror a su conveniencia. Pero detrás de todo este engranaje había personas, de la más variada procedencia, que perpetraban los crímenes en nombre del Estado.

LOS HOMBRES TRAS EL ABRIGO NEGRO

Cuando el nacionalsocialismo subió al poder, encontró en Prusia una estructura de policía política fuerte y estructurada a la que se había enfrentado durante la etapa Weimar. Muchos nazis sabían por experiencia propia la forma de investigar, retener o incluso torturar a los perseguidos por estos agentes encubiertos y, además, era exactamente lo que necesitaban. En las diversas reuniones que el *Führer* mantuvo con Göring, para establecer las directrices de la nueva policía política en Prusia, una pregunta rondaba la cabeza de los asistentes, ¿dónde encontrarían a hombres capaces de llevar a cabo tal empresa? La respuesta llegó sobre la marcha: no los buscarían, los crearían. Como vimos anteriormente, fue Diels, quién fue mano derecha de Göring en la primera etapa de la Gestapo, el que antes de la llegada de Hitler al poder se hizo con los informes de sus compañeros para poder llevar a cabo una purga rápida y efectiva de enemigos del nuevo orden. La «limpieza» del funcionariado resultaba crucial para establecer qué hombres estaban dispuestos a ser modelados por el nacionalsocialismo y cuáles, por su carácter o ideales políticos, estaban fuera del proceso. Lo mismo ocurrió cuando la Gestapo se instauró en toda Alemania de la mano de Himmler, quien también aprovechó las viejas estructuras policiales para que la renovada institución no comenzase de cero a investigar el territorio de su jurisdicción.

Los agentes reclutados para la causa, viejos policías de oficio, ya engrosaban las filas de la policía en la etapa republicana y conocían su territorio mejor que ningún nuevo agente o personal del Partido Nazi o de las SS, por muy embaucado que estuviese por la causa nacionalsocialista. Estos hombres, ya que únicamente había varones, acostumbraron a ser policías de carrera adiestrados para el trabajo de calle y conocedores de los núcleos de resistencia de las diferentes facciones enfrentadas en Weimar, desde los comunistas hasta los fascistas. Contra ellos habían luchado, les habían capturado e incluso se habían topado con los que ahora eran sus máximos jefes. Por ello, aunque la purga era necesaria entre los que habían hecho algún daño al nacionalsocialismo o tuvieran tendencias políticas desafectas al nuevo Régimen, en general, el grueso sirvió al nuevo jefe como habían servido al anterior. Durante la etapa Göring la mayoría en la Gestapo formaba parte del cuerpo de funcionarios del Estado que paulatinamente se fueron adhiriendo al Partido Nazi o a las SS, aunque no todos lo hicieron en este tiempo. Un ejemplo de esta estructura se encuentra en Würzburg, uno de los mayores estudios de la Gestapo a nivel local, que demuestra que en 1934 hubo unos treinta agentes en este puesto de los que una decena entró a formar parte del NSDAP, es decir, tuvieron simpatías con el nacionalsocialismo desde un primer momento. En este estudio de caso se observa que aquellos que formaron parte del partido desde 1934 fueron los que más ascendieron en el escalafón de la organización, sólo detrás de aquellos que ya eran nazis antes de la toma del poder o los que vinieron a las filas de la Gestapo a través de otras instituciones del nacionalsocialismo.

La renovación de personal de la Gestapo vino de la mano de Himmler, ya que el Reichsführer tuvo una perspectiva muy diferente a la de Göring a la hora de reclutar personal, como ya había demostrado al crear las SS. Himmler intentó inculcar esta rectitud a toda la policía del Reich que ahora estaba en sus manos, incluyendo la Gestapo, sobre todo en los mandos altos e intermedios de la organización. El cambio, progresivo y lento, se centró en los núcleos urbanos donde se introdujeron

nuevas figuras que eran universitarios, sobre todo, de clase media: licenciados en cualquier especialidad, sobre todo abogados, que simpatizaban con el nuevo Régimen, aunque no eran adeptos, y vieron en la Gestapo una salida excelente para trabajar por una nueva Alemania por los buenos sueldos que se conseguían. Estos mandos fueron los hombres, porque la presencia de las mujeres en puestos de campo fue casi inexistente, que cambiaron por completo el modo de trabajar de la Gestapo, pasando de una rudimentaria sección a un gigante implacable y súper burocratizado. Además, se incluyeron nuevos puestos de carácter administrativo y de coordinación que fueron ostentados por hombres, y en este caso varias mujeres, del sector intelectual. Si la problemática de la etapa Göring fue introducir pequeños cambios en la policía política para lograr sus fines, Himmler por el contrario consiguió modelar a jóvenes, que buscaron el funcionariado como carrera, para conseguir de ellos el máximo rendimiento y sumisión a la causa y a él mismo. Por su parte Müller prefirió contar con policías y mantuvo en su puesto a todos los que como él no tenían más que su creencia férrea en el sistema policial.

El cambio definitivo concluyó con la creación de la RSHA en 1939 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Los dos factores cambiaron las actuaciones de la Gestapo pero también el reclutamiento de sus miembros: las acciones en el exterior, hasta ahora comandadas desde la Gestapo en Berlín, tuvieron como integrantes a alemanes que tomaban a población afín a la causa nazi para ayudarles a dirigir las oficinas en Austria, Checoslovaquia, Francia, etc. Con el inicio de la contienda y la creación de los Einsatzgruppen, se necesitaba cada vez más personal extranjero que ayudase en la misión exterior de la policía política. En cada país, como vimos en el capítulo anterior, se forjaron alianzas complejas con diferentes grupos sociales que engrosaron las listas de la Gestapo por voluntad propia en poco tiempo. Resulta evidente que aún con falta de personal, no todos podían pasar a formar parte de las instituciones alemanas sino que los requisitos viraban desde la experiencia en seguridad, no tener ningún antecedente contrario al nazismo o las cualidades físicas o psicológicas de cada individuo. Fue célebre la avalancha de solicitudes que llegaron a la Gestapo en Francia cuando se abrieron las listas para entrar a formar parte de la organización en el país recién ocupado. Además, se introdujeron personas que debilitaran la resistencia enemiga creada en países como Checoslovaquia o Francia, siendo célebre la francesa Violette Morris, conocida como la hiena de la Gestapo, que consiguió infiltrarse en la resistencia gala a partir de 1940. Violette fue una de las pocas mujeres que tuvieron trabajo de campo en la Gestapo, pero su crueldad y manejo de las situaciones más conflictivas la puso en el punto de mira de las potencias que apoyaban la resistencia como enemiga número uno. Fue ametrallada cuatro meses antes de la liberación de París pero ya había conseguido romper decenas de planes que los opositores habían ideado contra el nacionalsocialismo.

Violette sí formó parte del entramado de la Gestapo, causó detenciones e intervino en los brutales interrogatorios, pero el personal asociado a la Gestapo no quedaba únicamente en los agentes de campo y el personal de administración, a sus órdenes estuvieron centenares de hombres y mujeres repartidos por toda la geografía de Europa que servían de informantes directos. La Gestapo se sirvió de personas influyentes en su entorno o que trabajaban en lugares estratégicos, como tabernas donde los ciudadanos se distendían, fábricas donde aún había posos de lucha obrera o colegios donde los niños contaban sin pudor el ambiente que se respiraba en el hogar, para obtener información de las actitudes políticas y sociales de la población. Los apodados como «hombres V» resultaron fundamentales para el desarrollo de las actuaciones de la Gestapo y para conocer cómo hombres y

mujeres, *a priori* corrientes, participaron de la espiral de represión impuesta por el Régimen. Estos informadores eran una pieza fundamental en el entramado policial y recibían una bonificación por sus servicios de manera indefinida. Ellos no se dedicaban a denunciar directamente a los que no siguieron las directrices nacionalsocialistas, como hicieron otras personas a título personal, sino que mantenían una rutina de escucha y búsqueda indirecta de información que pasaban periódicamente a su contacto en la Gestapo. Las intenciones de colaboración de este grupo no están del todo claras y pueden virar desde la admiración al Régimen hasta el chantaje que la Gestapo hizo a varios individuos involucrados en la oposición. Aunque resulta muy complicado conocer la identidad de los hombres y mujeres que colaboraron activamente con la Gestapo, sí existe constancia de que se encontraban en todos los estratos sociales e incluso pertenecían a grupos especialmente vulnerables como los judíos o los comunistas.

Como señala el historiador Robert Gellately, en su libro *La Gestapo y la sociedad alemana*, a la luz de las investigaciones, no todos los miembros de la Gestapo tuvieron fuertes ideales políticos nazis, aunque estuvieron dispuestos a servir al Régimen porque no se oponían diametralmente a él. Esta afirmación puede parecer, *a priori*, confusa, ya que indica que los miembros de la policía política eran ciudadanos corrientes que engrosaban las filas del funcionariado y servían a los intereses del dictador sin rechistar. La imagen de los verdugos de la Gestapo se complica y se amplía a muchos de los ciudadanos. Según los estudios más destacables, entre ellos el del propio profesor Gellately, y en contra de la creencia general, los miembros de la policía política no eran hombres inestables, psicópatas, sociópatas o faltos de humanidad, sino que eran hombres y mujeres corrientes que tras imbuirse de la doctrina nacionalsocialista cometieron los actos más atroces. Himmler supo aunar las ansias de cualquier cuerpo policial de luchar contra la delincuencia y la pérdida de derechos de los detenidos que liberaba de mucha carga a los agentes. A su vez, se bombardeó de propaganda a los miembros de la Gestapo para adoctrinarlos en la dirección correcta. Como planeó Hitler al inicio de la organización, los nuevos agentes no se encontrarían entre la población, sino que los moldearían para que hicieran lo que se esperaba de ellos.

La Gestapo contra la humanidad

¡No somos judíos, no somos judíos!

Gritos de los niños supervivientes de Auschwitz a la entrada del Ejército Rojo el 27 de enero de 1945.
Testimonio de Anatoly Shapiro, oficial de la Unión Soviética al *New York Daily News*

El 27 de enero de 1945 las tropas soviéticas consiguieron alcanzar el campo de concentración y exterminio de Auschwitz II-Birkenau, en Polonia. El complejo de Auschwitz estaba compuesto por la zona primera, creada en 1940, para albergar a los presos del Ejército polaco que lucharon contra la invasión nazi, a los que pronto siguieron presos políticos, homosexuales, gitanos, resistentes, judíos y el largo etcétera de grupos marcados por el nacionalsocialismo como enemigos. Muchos de ellos, sobre todo de minorías étnicas, llegaron engañados por la mentira de la expatriación conveniente y en pocos días se encontraron recluidos en inmensos barracones obligados a trabajar sin descanso. *Arbeit macht frei*, «El trabajo os hará libres», era la irónica frase que los nuevos internos encontraron a su llegada al campo. A tan sólo tres kilómetros del original se erigió el campo de exterminio de Auschwitz II-Birkenau en 1941, de 175 hectáreas de extensión, equipado con cinco cámaras de gas mortífero (Zyklon B) y hornos crematorios para albergar a 2.500 personas cada uno. Esta segunda fase de Auschwitz estuvo únicamente ideada para masacrar a miles de personas enviadas deliberadamente a morir o que no cumplieron los requisitos para seguir trabajando y engordando las arcas del Reich. Cuando el Ejército Rojo se adentró en el interior del complejo, los últimos guardias del campo habían emprendido su huida hacia Alemania no antes de intentar destruir las pruebas de tamaños crímenes. Los días de avance de los rusos por el costado oriental de Polonia habían sido de frenética actividad para el comando calavera encargado de la seguridad del campo de

Auschwitz. Los supervivientes relataron que la matanza de cientos de personas se llevó a cabo sin descanso de día y de noche en esos días previos, incluso algunos fueron obligados a vagar semidesnudos hacia los campos ubicados en el oeste para evitar ser vistos por el enemigo, aunque ninguno sobrevivió a esta andadura. La clave: matarlos a todos para no dejar pruebas ni supervivientes.

Los soldados, apostados tras la verja del campo de exterminio, supieron de inmediato que este lugar era uno de los más terroríficos construido alguna vez por el ser humano. Anatoly Shapiro fue el primer oficial que penetró en el horrible complejo, que según sus propias palabras encontraron por casualidad, para liberar a los pocos que aún quedaban en su interior. Shapiro explicó a la prensa cómo los hombres, mujeres y niños allí recluidos estaban en tan malas condiciones que sus cuerpos apenas tenían carne y vagaban por el patíbulo del campo casi desnudos, con la nieve a su alrededor. El hedor y el silencio se apoderaban del campo y nadie hizo ningún movimiento cuando les informaron que habían sido liberados, siguieron con sus quehaceres como si el mundo ya no pudiese afectarles de manera alguna; la excepción fue un grito de dos niños en el último barracón que exploraron: «¡No somos judíos!», al pensar que les llevaban a la cámara de gas, como tantas otras veces había ocurrido a su alrededor. En los barracones, los vivos convivían con excrementos, ratas y los cuerpos sin vida de aquellos que días atrás fueron sus compañeros. Entre los horrores de Auschwitz, los soldados no pudieron encontrar las pruebas de los terribles experimentos médicos que los supervivientes relataron más tarde. El doctor Josef Mengele utilizó a cientos de personas como cobayas humanas en sus investigaciones acientíficas, en sus dependencias contiguas al crematorio de Auschwitz, causándoles todo tipo de aberraciones y la muerte en la mayoría de ocasiones. Mengele huyó pocos días antes de la liberación del campo y no llegó a ser juzgado nunca, muriendo a los 67 años en Brasil. Con él se llevó las pruebas de sus infinitos delitos contra la humanidad.

Auschwitz fue uno de los lugares más horribles que el Ejército aliado liberó a su paso hacia el corazón del Reich, pero no el único. Mauthausen, Stutthof, Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald o Ravensbrück fueron algunos de los campos donde se internó y asesinó a millones de personas por su condición política, étnica o social y liberados por los ejércitos aliados. El Tribunal de Núremberg estimó que de los nueve millones y medio de judíos que habitaron Alemania, en el momento del ascenso del nacionalsocialismo, fueron asesinados un sesenta por ciento, es decir, algo menos de seis millones de aquellos considerados judíos por los nazis. Hasta un tercio de los liberados de su aislamiento en algún centro de reclusión murieron durante los meses siguientes por las enfermedades físicas o mentales que arrastraron. Pero no sólo judíos murieron en el sistema de campos, en prisiones o en guetos, sino que grupos de oposición, descontentos, homosexuales, polacos, rusos, españoles, armenios, checos, gitanos, enfermos mentales o físicos y un largo etcétera sufrieron las penalidades de los campos de concentración, trabajo o exterminio y prisiones. Tampoco fueron sólo alemanes aquellos que participaron en las matanzas, sino que como hemos visto en capítulos anteriores, polacos, croatas, húngaros, franceses y austriacos, entre otros, completaron el círculo de horror contra sus propios compatriotas. Y, por supuesto, la Gestapo jugó un papel principal en el genocidio.

EL SISTEMA DE CAMPOS

Para llegar a un campo de concentración de Alemania o territorios del Reich no hizo falta cometer ningún delito ni ofensa al Régimen nacionalsocialista. La decisión de un oficial de las SS, un soldado o un agente de la Gestapo sirvió para que el internamiento se hiciese efectivo. Los campos quedaron a merced del servicio especial de las SS, a través de las conocidas como Unidades Calavera (SS-Totenkopfverbände), que custodiaban y administraban los complejos que empezaron a proliferar a partir de 1933. En los primeros días del nuevo Régimen varias autoridades locales comenzaron a crear centros de detención para los opositores políticos que fueron detenidos, incluyendo comunistas, liberales, socialistas, sindicalistas y otros alemanes cercanos a los círculos de izquierdas. En marzo de 1933, Himmler como responsable de la policía de Múnich encomendó crear «el primer campo de concentración para prisioneros políticos» a las SS, Dachau, a dieciséis kilómetros de la ciudad. Con el tiempo, y la ampliación de los enemigos susceptibles de detención, el Reichsführer centralizó los campos de prisioneros bajo el Cuerpo de Inspección de Campos de Concentración (Inspektion der Konzentrationslager [IKL]) como uno de los servicios principales de las SS. Los encargados de los arrestos, órdenes de ejecución o castigos fueron la policía criminal, KriPo, y la Gestapo. Los primeros, como sabemos, se encargaban de los delitos que no tuvieran motivaciones políticas y la Gestapo de los englobados dentro de la política, aunque la delimitación no fue del todo clara y durante su andadura varios grupos políticos, sociales, religiosos o étnicos fueron ingresados en campos por la policía política. Bajo la *Schutzhaft*, a partir de 1934, el arresto era inmediato y sin previa revisión de las autoridades judiciales, por lo que miles de personas pasaron a engrosar las listas de los campos de concentración. Una vez allí, el IKL era responsable de su custodia hasta que fueran liberados o ejecutados, mientras que las Unidades Calavera se encargaban de la violencia «no oficial», alegando multitud de muertes accidentales, por intento de escapar o cualquier otro eufemismo. Su brutalidad fue célebre en todo el mundo.

Los campos de concentración tuvieron dos funciones concretas para el Régimen desde su creación: abastecer de mano de obra a las empresas propiedad de las SS y la creación de materiales de construcción que incluyeron la participación de los reos en la edificación de nuevos campos de concentración donde luego serían alojados. Poco a poco fueron proliferando nuevos centros de internamiento en Alemania o en los países recién conquistados en los que encerrar a todos los nuevos enemigos que el nacionalsocialismo iba incluyendo en su lista negra, tras Dachau crearon Sachsenhausen (1936), Buchenwald (1937), Flossenbürg (1938), Mauthausen (1938) y Ravensbrück (1939). En aras de la Segunda Guerra Mundial los seis grandes campos de concentración estaban implantados en Alemania y comenzaron a crearse campos satélite a su alrededor para albergar a más y más condenados. Todos los presos a su entrada eran desnudados, rapados y se les entregaba un «pijama» de rayas azules como única vestimenta. A esta indumentaria se cosió un distintivo que explicaba su origen, un triángulo rojo para gitanos o uno rosa para los homosexuales hombres o negro para las mujeres. Si el reo era judío se superponía un triángulo amarillo hacia arriba para indicar que, además de sus delitos, era de una raza ajena a la aria. Con estas marcas se creó un sistema de

castas dentro de los campos donde los presos políticos eran los más respetados y los marginados u homosexuales los menos, por debajo de los judíos. Además en la ropa se indicó el número de preso –otras veces fueron tatuajes en sus muñecas con este número–, si pertenecían a grupos de trabajo, batallones de castigo o habían intentado fugarse. Todo esto facilitaba la labor de los guardianes del campo que se encontraba con miles de personas a su cargo.



Códigos de marcado para los presos en campos de concentración. El marcado en los campos contribuía a separar a los reos y evitar que se formasen grandes grupos de oposición. Además, en el caso de los especialmente vulnerables como los judíos o los homosexuales, servía para mayor escarnio entre sus compañeros.

Aunque los asesinatos en cámaras de gas no se produjeron tras estos muros hasta 1941, en su interior las torturas y la muerte campaban a sus anchas desde su creación. Los testimonios hablan de fusilamientos, celdas de castigo donde los presos no recibían alimento, inyecciones letales, prisioneros devorados por perros o muertos a palos por los guardias y trabajo esclavo, que fueron sólo algunas de las técnicas que se utilizaron para reducir a los presos a la nada, física y psicológicamente. Los que no aguantaron se dejaron morir de hambre o se lanzaron contra las alambradas electrificadas con cinco mil voltios. Millones de personas no pudieron o no quisieron resistir este calvario.



Víctimas en un campo de concentración de la Gestapo, Lager Nordhausen (1945). Las víctimas de este campo anexo a Buchenwald, Dora, murieron a consecuencia de uno de los bombardeos británicos en la ciudad. Dora funcionaba como un campo de «desbordamiento» que acogía a los enfermos, inútiles o inadaptados del campo principal.

A su vez, había unos centros de detención menos conocidos pero que tuvieron las mismas características que los campos de concentración, los centros *Polizeigefängnis* ('cárcel de la policía'). Estos centros, administrados directamente por la propia Gestapo, fueron implantados a partir de 1934 como anexos a las cárceles que ya existían en las ciudades alemanas. Fue el caso de la prisión de Fuhlsbüttel, conocido como Kola-Fu, en Hamburgo, que funcionó como campo de concentración desde septiembre de 1934 a 1944 bajo las órdenes de la policía política. En 1944 el centro pasó a ser regentado por fuerzas de las SS como un campo de concentración y trabajo como los demás. Allí fueron internados miembros de la resistencia, judíos, homosexuales, mendigos, gitanos o prostitutas que hacían una parada en Hamburgo para ser destinados a otros campos donde se les aplicó la doctrina de los trabajos forzados, el exterminio por trabajo (*Vernichtung durch Arbeit*), es decir, murieron trabajando sin descanso un día tras otro en las condiciones más terribles. Kola-Fu fue uno de tantos centros de internamiento comandados directamente por la Gestapo donde los presos eran maltratados hasta su paso a otros centros de reclusión dependientes de las SS. Uno de los datos más importantes de los campos de la Gestapo es la cercanía que tuvieron con las poblaciones donde se encontraron. La prisión Welzheim, por ejemplo, estaba a tan sólo treinta kilómetros de Stuttgart y en una zona de frecuente turismo rural, la pequeña ciudad de Welzheim. Es más que probable que los habitantes de ambas ciudades conocieran el centro y pudieran incluso escuchar los gritos cuando la Gestapo infringía sus brutales torturas.

Los campos de exterminio

Pocos pudieron salir de un campo de concentración cuando atravesaban sus puertas pero hubo algunos casos en los que el reo pudo volver a reunirse con sus familiares y amigos. Pero al inicio de la Segunda Guerra Mundial, Himmler decretó que no se liberase a ningún preso de los campos de concentración. Esta orden estaba basada en el refuerzo que debía hacer Alemania contra su enemigo interior y en la necesidad de la mano de obra esclava que obtenían de los reos recluidos en el sistema de campos. En plena Guerra Mundial, la mano de obra creció exponencialmente, con los presos políticos, capturados del ejército enemigo o reclutados forzosamente por la Gestapo, llegando a subrogar a estos hombres y mujeres a empresas privadas cercanas al nazismo. Con el avance de las tropas hacia el oeste y los *Einsatzgruppen* trabajando a toda velocidad, las personas disponibles para internar en los campos superaron con creces las expectativas. Como vimos en el capítulo anterior, muchas de estas personas fueron exterminadas en el lugar donde fueron capturadas o por el comienzo del uso de los temidos camiones de gas, mientras otros fueron obligados a residir en guetos o emigrar. Pero, aun así, la reclusión de aquellos que quisieron mantener vivos, por sus habilidades o importancia propagandística, o no alcanzaron a asesinar fue uno de los grandes problemas para el Régimen. Para atajar esta situación y tornarla a su favor, comenzaron a proyectarse nuevos recintos de concentración de prisioneros construidos entre 1939 y 1942: Gusen (1939), Neuengamme (1940) o Gross-Rosen (1940), entre otros. También fue en este momento cuando el sistema de campos varió sustancialmente su fin último iniciándose las primeras matanzas de reducidos grupos de personas destacadas por su etnia o condición política. Por ejemplo, en 1942 las cárceles controladas por la Policía Criminal y la Gestapo liberaron a todos los presos considerados altamente peligrosos y éstos fueron enviados a diferentes campos donde se les aplicó la pena del exterminio por trabajo.



Mapa de los campos de concentración y exterminio en Europa.

Desde 1940 se iniciaron las obras de nuevos recintos ideados únicamente como centros de matanza en masa: los campos de exterminio o campos de la muerte situados en Polonia y Bielorrusia. Los seis centros de exterminio fueron Auschwitz II (1941), Belzec (1942), Chelmno (1942), Majdanek (1941), Sobibor (1942), Treblinka II (1942); hubo dos más en los territorios bielorrusos, Bronnaya Gora y Maly Trostenets, menos conocidos porque no albergaron cámaras de gas, pero en sus dependencias fusilaron a sesenta y cincuenta mil personas, respectivamente. La diferencia fundamental entre los campos de concentración y trabajo, donde los internos murieron fundamentalmente de malnutrición, enfermedades, extenuación por trabajo o matanzas reducidas, era que los nuevos campos estaban diseñados para asesinar a los deportados lo antes posible una vez que llegaban a sus instalaciones, sin importar su edad, aptitudes para el trabajo o cualquier otra circunstancia. Los seis principales campos de la muerte fueron construidos por otros reos y estuvieron equipados con cámaras de gas y hornos crematorios para llevar a cabo las matanzas. Se estima que en estos centros pudieron exterminarse más de tres millones de personas en menos de cinco años y, en concreto, se diezmó la población judía y gitana. Sin embargo, las cámaras de gas no

sólo estuvieron destinadas en estos campos, sino que empezaron a instalarse en otros como Dachau o Mauthausen para las ejecuciones masivas de presos. Estos hechos tuvieron una premeditación concreta, y no fueron fruto de la situación o la locura, para acabar con la vida de millones de personas en aras de la «limpieza» racial, política y social que salvaguardaría el Reich de los mil años.

PLANEAR UN GENOCIDIO

La cultura política nacionalsocialista discurre bajo unos parámetros supremacistas raciales dentro de los preceptos biosociales, que se remontan a premisas sociológicas del siglo XIX entendidas durante el primer tercio del siglo XX. Estas teorías, como la del sociólogo Ludwig Gumplowicz, toman las leyes de Darwin de lucha por la supervivencia en el mundo animal y las acomodan a la sociedad, propugnando que las sociedades primitivas están supeditadas a las superiores y que, por tanto, deben desaparecer. Fue el filósofo francés Georges Vacher de Lapouge quien impulsó las teorías eugenésicas al entender que las «razas inferiores» pudrirán la sociedad llevándola a la decadencia en poco tiempo si no se las aparta del conjunto. Sus tesis se desarrollan en su libro *El ario*, donde argumenta que la raza aria es superior para ganar la batalla por la supervivencia pero que el proceso tardaría en desarrollarse miles de años, por ello se pregunta si los científicos no pueden acelerar esta supremacía a través de la eugenesia de los débiles, los que inexorablemente iban a perder la batalla. Este enjambre teórico estuvo presente en la idea de nación que el nacionalsocialismo intentó implementar en Alemania y el resto de Europa extendiéndola a los enemigos políticos, sociales y morales que, al igual que las «razas inferiores», podrían pervertir la sociedad con su sola presencia.

La conceptualización de los crímenes cometidos por el nacionalsocialismo ha sido un tema recurrente en la historia, la sociología, la política o el derecho. En 1948, finalizada la Segunda Guerra Mundial y conocidos los horrores sufridos por millones de personas, la Asamblea de Naciones Unidas acordó que un genocidio es un delito internacional de quien realiza o intenta «el exterminio total o parcial de un grupo nacional, étnico, racial o religioso». En este término se englobaron la matanza de armenios, judíos o, más tarde, la de los tutsis de Ruanda. Si bien, se excluyen los crímenes a grupos políticos, sociales o culturales como los ocurridos en España, la Unión Soviética o China, que tuvieron motivaciones fundamentalmente políticas, y aquellos como los del nacionalsocialismo contra los homosexuales o enfermos mentales que también quedaron fuera de la definición legal otorgada por la ONU. Sin embargo, las ciencias sociales han indagado en una acepción más abierta que pueda ofrecer mayores garantías a las víctimas por motivos políticos o de otra índole que han ido incorporándose al corpus legal internacional con el paso del tiempo. La mayor traba para aplicar este término reside en la intencionalidad, es decir, se presupone que sólo se puede cometer un genocidio si hay una premeditación anterior a las matanzas. Un paso más allá, y fundamentalmente usado para la masacre de semitas –aunque algunos estudios engloban los crímenes a todo tipo de personas en este tiempo u otros genocidios de gran importancia como el de los armenios– por parte de los nazis, es el término *Holocausto* el que recoge todas las singularidades históricas que ha tenido este delito. El Holocausto, también conocido en hebreo como השואה o Shoá ('la Catástrofe'), define los planes del nacionalsocialismo para exterminar a todos los judíos o emparentados con éstos de algún modo, con una intencionalidad manifiesta y un plan determinado.

El 20 de enero de 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, los altos cargos del Partido Nazi, de las SS y del funcionariado del Estado se reunieron en Groß Wannsee, por iniciativa de Reinhard Heydrich. La Conferencia de Wannsee fue un punto de discusión donde se elaboró la *Endlösung der Judenfrage* o ‘solución final para el problema judío’, que llevaría a más de once millones de judíos de toda Europa, según sus propios cálculos de zonas controladas o no por ellos, a ser asesinados. En la reunión se pidió la colaboración y coordinación de todas las fuerzas de seguridad con las que contaba Alemania, incluyendo la Gestapo. La idea de eliminación de este colectivo estaba en marcha desde 1941 aunque se remonta prácticamente al inicio de la dictadura nazi y su visión racial de la nación alemana. Como desgranaremos a continuación, del rechazo al pretendido enemigo se pasó a la privación de derechos, de allí a la exclusión y reclusión, para finalizar ideando un plan de exterminio metódico y eficaz. Pero el exterminio premeditado no se articuló únicamente para la población semita, sino que en este proceso se incluyeron otros grupos étnicos, sociales o políticos que sufrieron iguales condiciones que los judíos en la espiral de terror nazi. Incluso en 1944, Müller firmó el Decreto de Bala mediante el cual los capturados del Ejército aliado, y protegidos por la Convención de Ginebra, fueran fusilados sin excepción. Ninguna regla moral o política podía salvar a los reos de la ira del nacionalsocialismo.

Del ostracismo a la segregación

El 15 de septiembre de 1935 se promulgaron las Leyes de Núremberg, entre las que se encontraba la *Ley de protección de la sangre y el honor alemán*, por la cual se prohibían los matrimonios o relaciones entre alemanes y judíos, además de la pérdida de ciudadanía de aquellos considerados no arios o de razas afines. A estas disposiciones le siguieron las de la Ley de Ciudadanía del Reich, en las que se establecieron los criterios para ser considerado judío por grado de pureza de sangre. Los judíos puros eran aquellos con tres o más abuelos judíos, los que abrazaran la ley de la sinagoga o aquellos convertidos al cristianismo u otra religión pero de ascendencia judía; los mestizos, de diferentes grados, fueron considerados aquellos con uno o dos abuelos judíos, hijos fruto de un matrimonio mixto o incluso los casados con los judíos. Los que únicamente tuvieron algún antepasado judío pudieron mantener su ciudadanía y sus derechos, aunque no faltaron los que afirmaron que los genes judíos, por lejanos que fuesen, ensombrecían la pureza de la sangre. Muchos ni siquiera tenían tradiciones ni religión semitas ni se sentían participes de esta comunidad, pero esto no fue de ayuda para ningún ciudadano. Los considerados judíos no podían mostrar símbolos alemanes aunque hubiesen nacido en sus fronteras, luchado por su país o amarlo más que a ningún otro, los antepasados cercaban el destino de todas las personas bajo la ley de Hitler. Las Leyes de Núremberg se ampliaron a otros colectivos el 14 de noviembre de 1935 cuando se afirmó que las mismas disposiciones para los judíos en cuanto a ciudadanía y matrimonio se extendían a los gitanos, negros y personas con la pureza de la sangre comprometida.

La colectividad de judíos alemanes tomó nota de las disposiciones de restricción de sus derechos civiles y se adaptó a la nueva situación. Muy pocas voces se alzaron contra estas premisas y los que lo hicieron fueron perseguidos por la Gestapo. La pureza de la sangre fue el cenit de la política nacionalsocialista y las disposiciones se fueron sucediendo tras los Juegos Olímpicos de 1936. El culmen del racismo fue la Noche de los Cristales Rotos (*Kristallnacht*) el 9 de noviembre de 1938, cuando las SA, SS, las Juventudes Hitlerianas, el SD y la Gestapo comenzaron una serie de ataques a la población judía, sus negocios, hogares, escuelas y centros religiosos, por orden directa de Hitler, que se enmascararon como una expresión del pueblo alemán hacia los crímenes judíos. Se asesinó a un centenar de personas y más de treinta mil fueron deportadas en masa a los campos de concentración en Alemania o Austria. A partir de este momento, el acoso a los judíos pasó de prohibiciones a persecuciones constantes, se obligó a los judíos a lucir la estrella de David amarilla a partir de los seis años, a incluir como segundo nombre Israel o Sara en sus documentos de identidad, a indicar todos sus bienes e ingresos o a cesar en actividades profesionales consideradas impropias. El ostracismo sistemático estaba conducido a la inmigración forzosa, sin garantías, ya que como sabemos, no pudieron sacar bienes de ningún tipo por las vías legales. Para los que se quedaron, el destino fue mucho peor de lo que cabía esperar.

Tras el inicio del conflicto armado empezaron a deportarse a los judíos hacia las zonas ocupadas del Este. La idea era alejarlos del Estado alemán para erradicarlos de su territorio de una vez por todas. A muchos les dijeron que iban a reubicarlos en un lugar más apacible y esta fue la versión oficial, pero en realidad les confinaron en barrios enormes destinados para ellos o a los campos de concentración. A principios del siglo XX, en algunos países, como la Unión Soviética, los judíos tenían barrios específicos para vivir por el gran antisemitismo que reinaba en la Europa de la época. Estos barrios, llamados guetos por un barrio enteramente judío de la Venecia del siglo XVI, funcionaron como grandes espacios urbanos a modo de barrio-cárcel dónde se obligaba a vivir a todas las personas judías. En muchos países donde se instauraron no faltaron voces que clamaron contra esta medida. En época del Reich, para internarles se alegó que los judíos portaban enfermedades contagiosas o que amenazaban a la población alemana del país donde se creaba dicho gueto, pero en realidad se formaban como lugares de reclusión y control que luego servirían de tránsito hacia los campos de concentración y más tarde de exterminio. La vida dentro de sus muros estuvo marcada por la carestía, la enfermedad y la violencia que lo hacían insoportable. Los judíos tenían normas estrictas de movimiento por la ciudad, prohibición de coger el transporte público, de ejercer determinadas profesiones o comprar prensa. Hubo más de cuatrocientos guetos en toda Europa, sobre todo en la Europa oriental, al mando de las SS y dirigidos por un cónclave judío, el *Judenrat*, que se encargaba de hacer cumplir las leyes alemanas dentro de las fronteras del gueto. Estos lugares albergaban un número indeterminado de personas, siendo uno de los más ocupados el de Varsovia, que tuvo un máximo de medio millón de personas entre sus muros. Con la Solución Final, a partir de 1942, los guetos fueron destruidos y sus habitantes trasladados a campos de exterminio, de concentración, masacrados o, en el mejor de los casos, obligados a trabajar como mano de obra forzada en alguna empresa del Reich, función que ya tuvieron desde 1939. En Varsovia, la población del gueto llegó a reducirse a cincuenta mil personas al final de la guerra.



Construcción de uno de los muros del gueto de Varsovia por los propios judíos en agosto de 1940.

Comienza el exterminio

Hasta el año 1939, y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en el territorio del Reich se había asesinado sólo a unos cuantos centenares de judíos, en los pogromos de noviembre de 1938, otras persecuciones o a manos de la policía política que realizaba redadas para hacer cumplir las leyes de Núremberg. Muchos judíos, gitanos u otros perseguidos habían comenzado la huida sin mirar atrás, pero aún quedaba una enorme población que vivía en el territorio del Reich. La Operación Barbarroja posibilitó la captura de miles de judíos en su avance hacia la Unión Soviética en el verano de 1941, que supuso un adelanto en los planes de los mandos nazis con respecto a la cuestión judía. Se estableció la idea de empujar a las razas inferiores hacia el Este para expulsarlos de la Europa occidental, comenzaron a llegar los judíos alemanes a los guetos fuera de sus fronteras. Pero los asesinatos sistemáticos de población judía, gitana o enemiga ya se habían producido durante el avance de las tropas hacia el este, como hemos recogido anteriormente, y la idea del exterminio comenzó a ser una realidad en las manos nazis.

Los Einsatzgruppen fueron fundamentales en la Solución Final en los territorios ocupados por los nazis, ya que fueron los encargados de localizar a los judíos en el extranjero y llevar a cabo su ejecución. Actuaban como un campo de exterminio móvil para alcanzar zonas de actuación alejadas de los campos que afloraron en Europa del Este al paso de los nazis. Algunas matanzas eran rápidas y de un número reducido de personas, otras, sin embargo, duraban días enteros como la de Babi Yar, cerca de Kiev, donde los Einsatzgruppen dispararon a más de treinta mil personas de origen judío fundamentalmente. La matanza del barranco de Babi Yar fue uno de los sucesos más tristes y repugnantes asociados a los Einsatzgruppen. El 29 de septiembre de 1941 por orden nazi todos los

judíos de Kiev, desde niños a ancianos, debían presentarse cerca de la estación de tren, bajo amenaza de que quién incumpliera esta norma sería fusilado. Ante el miedo, miles de personas cogieron todas sus pertenencias y se agruparon en los alrededores del lugar indicado, asumiendo que iban a ser deportados. Marcharon algunos kilómetros al noroeste y se dieron de bruces con una gran alambrada atestada por las tropas alemanas que les condujeron a un espacio abierto al borde del barranco de Babi Yar. Allí, les hicieron desnudarse, dejar todas sus pertenencias y agruparse en filas para minutos después escuchar el sonido de las balas que comenzaron a alcanzar a los primeros muertos. Las víctimas iban siendo arrojadas al barranco cercano y los que quedaban vivos debían reagruparse una y otra vez para facilitar el trabajo de sus asesinos. El fusilamiento duró dos días enteros y, como se comentó anteriormente, las víctimas ascendieron a treinta mil personas. Nadie pudo escapar y los que lo intentaron sufrieron la misma suerte que sus compañeros. Cuando todo terminó, se voló el barranco con gran cantidad de explosivos. Aún había supervivientes entre los cadáveres que pudieron observar cómo iban a saltar por los aires. Sólo veintiocho personas salieron vivas de esa trampa mortal.

Pero los asesinatos por bala comenzaron a ser un problema para los soldados y los recursos disponibles. Con estas ideas en mente, se crearon los primeros «Camiones S» que fueron el antecedente directo de las cámaras de gas. El humo que los camiones expulsaban al ser puestos en marcha se dirigía hacia el interior del compartimento estanco donde previamente se habían introducido a varias decenas de personas que no imaginaban su destino, pensaban que iban destinadas a otro gueto o condenadas al exilio. El piloto ponía en marcha el camión y circulaba durante un tiempo indeterminado hasta que suponía muertos a los ocupantes por inhalación de monóxido de carbono. Esta nueva forma de asesinato se encargó enteramente a la RSHA, que controlaba la creación de estos camiones, las mejoras que les fueron haciendo para garantizar su efectividad, el transporte hasta la zona en cuestión y la supervisión de todo el procedimiento de exterminio. Los primeros camiones de la muerte se utilizaron en la primavera de 1942 y abrieron la puerta a todo tipo de matanzas en masa. Pronto, las cámaras de gas tristemente conocidas comenzaron a abrirse paso como parte de la Solución Final planeada por los nazis en todo el continente europeo.

Durante la reunión en Wannsee, Heydrich expuso las medidas que el nacionalsocialismo había llevado a cabo contra los judíos. Apoyado en los informes de la Gestapo, a través de Eichmann, contó el número de judíos que había en cada territorio región para planear su eliminación. Además, estableció las delimitaciones claras sobre los mestizos para que las deportaciones fuesen efectivas. Su discurso fue una orden, no la elaboración de un plan, ya que, como sabemos, el plan estaba preconcebido con anterioridad. En Wannsee se definieron y sistematizaron los pasos a seguir para aniquilar a esta población: se organizó sobre el terreno cómo se llevarían a cabo los transportes a los campos, cuál sería la manera de aniquilarlos y el alcance de los recursos necesarios para llevarlo a término. La Gestapo tendría un papel prioritario: a través del departamento IVB dirigido por Adolf Eichmann se creó el sistema de transporte en trenes de mercancías que llevó a los judíos a los campos de exterminio, ellos se encargarían de seleccionarlos y transportarlos bajo la custodia de las SS. Eichmann, además, fue el artífice del *Judenrat*, el Consejo Judío que hacía cumplir las normas

impuestas en el gueto e identificaba a las personas para su posterior exterminio. La creación de nuevos campos de exterminio y la instalación de cámaras de gas en los que ya existían fueron el culmen de las políticas. En 1942, después de diferentes planes de deportación, Alemania se declaraba como libre de judíos y aún la Gestapo llevó a cabo más de sesenta procesos contra este colectivo por ultraje de la raza, al descubrirse su ascendencia supuestamente judaica.

CAMPOS EXTRANJEROS Y EXTRANJEROS EN CAMPOS

Jesús Tello fue el español que derribó la estatua del águila que se encontraba en la entrada del campo de concentración de Mauthausen como símbolo de su liberación. El camino que le llevó a un campo de concentración controlado por los nazis comenzó en la España de la Guerra Civil cuando Jesús, como miles de compatriotas, huyó del país. Tras la victoria de las tropas comandadas por el general Francisco Franco, el nuevo gobierno inició una brutal represión y búsqueda de responsabilidad de los enemigos del nuevo Estado, militares y civiles. Familias enteras escaparon a Francia, muchos se alistaron en el ejército francés contra el nacionalsocialismo, otros fueron recluidos en campos de refugiados por el supuesto peligro que entrañaban para el país galo por ser «rojos». En la zona sur, cerca de la ciudad francesa de Angoulême, se estableció el campo de Les Alliers, bajo el mando del gobierno colaboracionista de Vichy. Los españoles, considerados apátridas indeseables por los franceses y por los recién llegados alemanes, temieron por su destino. El 20 de enero de 1940, la Gestapo francesa seleccionó a 927 personas, incluyendo hombres, mujeres, niños y ancianos, que tomarían un tren sin rumbo definido. Los rumores decían que los mandaban de vuelta a España, aliada de Hitler, pero el tren de mercancías acabó en el campo de concentración de Mauthausen donde los españoles trabajarían para el Reich. Sólo 470, sobre todo hombres mayores de diez años, se quedaron en el campo para cumplir la condena, los demás fueron repatriados España donde sufrieron las represalias del franquismo. Sólo un tercio sobrevivió al campo de concentración, pero los que lo hicieron, como Jesús, liberaron el campo antes de que el ejército aliado los alcanzase. Más de diez mil españoles fueron deportados a campos de concentración desde territorios de la Francia ocupada. El franquismo notificó al *Führer* que los exiliados no eran españoles y por tanto los alemanes les hicieron vestir un triángulo azul, con una S (*spaniards*, ‘españoles’) para aclarar su procedencia.



Días antes de la entrada del Ejército aliado, los españoles internos en Mauthausen liberaron el campo y crearon una pancarta que rezaba: «Los españoles antifascistas saludan a las tropas liberadoras».

Desde el comienzo de la Guerra Civil española hasta finales de la década de los cuarenta, Franco creó más de ciento ochenta campos de concentración de prisioneros en los territorios que iba ganando a su causa. Enemigos políticos, simpatizantes izquierdistas, desertores, antifascistas, capturados del ejército republicano, homosexuales, presos comunes o excluidos sociales fueron algunos de los quinientos mil que pasaron por los campos de concentración. En ellos se llevaron a cabo torturas, trabajo esclavo, malos tratos y vejaciones, siendo uno de los más longevos el campo de concentración de Burgos donde el doctor Antonio Vallejo-Nájera experimentó con más de tres mil personas para localizar el supuesto «gen rojo» que según su teoría estaba destruyendo España. Sus condiciones fueron deleznable y los fusilamientos eran diarios en el inicio de la posguerra en aras de la expiación de las responsabilidades políticas exigidas por el franquismo. Entre 1941 y 1947 los campos fueron desmantelados y sus habitantes pasaron a las prisiones franquistas para cumplir sus condenas o esperar su ejecución.

Estados Unidos, por su parte, abrió una decena de campos de concentración para los japoneses o descendientes residentes en su territorio durante la Segunda Guerra Mundial donde alojaron a más de ciento veinte mil personas. Familias enteras fueron confinadas en ellos, con sus bienes arrebatados y confinados de manera preventiva hasta 1948. Los campos estadounidenses se cobraron muy pocas vidas pero sirvieron como método de exclusión social por motivos raciales. Así mismo, otros países como Francia, Croacia, Serbia, Reino Unido, Japón y sobre todo la Unión Soviética, que asesinó a millones de personas en los Gulag, tuvieron una política de apertura de campos de concentración en sus países por motivos bélicos o políticos en la etapa de entreguerras o en la Segunda Guerra Mundial. Por ello, no resulta extraño que cuando comenzó a internarse en este tipo de recintos a miles de personas en Alemania, las potencias extranjeras no pusiesen el grito en el cielo. Aunque no todos vieron con buenos ojos este tipo de reclusión, fue una práctica más o menos habitual en la

época en la que vivieron y es entendible que no pensaran en que Alemania estaba maltratando a la población. Además, la propaganda nazi publicitó muy bien estos lugares como colonias de descanso y ocio en las que los internos, sobre todo en el caso judío, trabajaban para pagarse su sustento como cualquier otro ciudadano. El Ministerio de Propaganda utilizó vídeos, programas de radio, reportajes y todo tipo de argucias para enmascarar estos centros. Incluso la Cruz Roja Internacional estuvo en el gueto de Terezín en 1944, convenientemente embellecido por los nazis, donde observaron lo bien que se encontraban y crearon un informe al respecto que se publicitó por el mundo entero.

Sin embargo, varias asociaciones judías, la resistencia polaca o exiliados que consiguieron escapar empezaron a contar lo que sucedía realmente en Alemania y los territorios ocupados. Desde el inicio del Reich varios periódicos judíos advirtieron de que la persecución estaba siendo incesante para la población semita e intentaron que otros países acogieran a refugiados en su territorio, algo que no ocurrió. Las políticas de inmigración restrictivas estuvieron presentes en Europa y Estados Unidos y pocos planes de rescate se llevaron a cabo. Más tarde, cuando la Solución Final estaba en marcha, hubo informes que alertaron a las potencias aliadas de lo que en Alemania estaba sucediendo. A través de la información de varios reductos de resistencia que aún quedaban vivos, Suiza y Vaticano informaron a las autoridades británicas del exterminio, a finales de 1942. No sabemos cómo tomaron aquella información ni que veracidad le concedieron. Sin embargo, la realidad es que la actitud de los Aliados no se tradujo en intentar frenar la Solución Final. Sólo en 1944 se estableció el Comité para Refugiados de Guerra para salvar a los perseguidos por el nacionalsocialismo, pero pocos pudieron acogerse a estas medidas y ni siquiera los refugiados tuvieron facilidades para entrar en otros países, sobre todo Estados Unidos. Finalmente, e informados, al menos en parte, de lo que estaba ocurriendo en los campos de la muerte, los Aliados se negaron a bombardear Auschwitz ni ningún otro campo, además de mantener intactas las vías de tren que llevaban a los presos a ellos. Sus objetivos estuvieron en las ciudades alemanas como Múnich o Berlín, que quedaron destruidas, y en las reservas armamentísticas del *Führer*. Los motivos de los gobiernos Aliados para tomar esta postura no quedan aún hoy claros y pudieron deberse a que, en parte, no pudieron imaginar tales horrores. De todos modos, es una pregunta sin respuesta.

La justicia y la historia contra la Gestapo

En la medida en que realmente pueda llegarse a «superar»
el pasado, esa superación consistiría
en narrar lo que sucedió.

Hannah Arendt

El 30 de abril de 1945, Hitler se suicidó junto a su reciente esposa, Eva Braun, en su búnker bajo Berlín. Desde enero de ese año, estaba recluido en el subsuelo de la capital, desde donde dirigía todas las operaciones bélicas de los últimos coletazos de la Segunda Guerra Mundial. A finales de abril, el *Führer* tuvo el convencimiento de que el conflicto no iba a ser favorable para Alemania y enloqueció, sobre todo al conocer que Himmler había intentado negociar la paz a sus espaldas. Lleno de ira, decidió no seguir la misma suerte que Mussolini, muerto a manos de los partisanos, y planeó su suicidio. A las 15:30 horas del 30 de abril entró en su despacho acompañado de su esposa y tras unos minutos, se escuchó un único disparo. Cuando el cuerpo asistente entró, encontraron a Hitler en un sofá con un disparo en la cabeza y a Eva fallecida por la ingestión de cianuro, no le dio tiempo a activar su arma. Sus cuerpos fueron trasladados envueltos en alfombras al jardín de la Cancillería del Reich donde fueron enterrados. Aunque no llegó a saberlo, el *Führer* estaba en lo cierto: dos días después de su muerte el Ejército ruso penetró en Berlín haciéndose con el total control de Alemania, incluso con el de su cadáver, y ocho días más tarde el Reich caía rendido ante los Aliados.



Entrada al *Führerbunker* por el jardín de la Cancillería, lugar donde se trasladaron los restos de Hitler, Eva Braun y la familia Goebbels tras su suicidio.

El avance Aliado por el territorio alemán supuso un calvario más para miles de personas, sobre todo mujeres, sometidas al nacionalsocialismo. Al caos y el desconcierto causado por la guerra, los bombardeos y la represión nazi, se unió que la liberación no fue, en principio, tal. Los soldados Aliados perpetraron más de ochocientas mil violaciones, fruto de las cuales nacieron miles de niños marcados para siempre, hacinaron a miles de personas en campos de internamiento y atemorizaron a una población civil hambrienta y sin recursos. Los primeros meses de ocupación fueron de total conmoción para todos aquellos alemanes que vieron su territorio invadido, sus barrios devastados y el sometimiento total a los nuevos soberanos de Alemania. Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos fueron los encargados de restablecer el orden y comenzar la tarea que ya perfilaron en sus sucesivos encuentros: depurar responsabilidades. El territorio alemán quedó dividido en cuatro zonas de influencia por cada uno de los países vencedores e igualmente quedó la capital, Berlín, a través del acuerdo de la Conferencia de Potsdam en agosto de 1945. En cada zona, los enviados de cada una de las potencias camparon a sus anchas recogiendo información, identificando culpables o reclutando personal para su causa. Todo ello seguido de una política de no fraternización con los alemanes para que sintieran el rechazo que la comunidad internacional les otorgaba. Esta disposición fue poco a poco levantándose, sobre todo la prohibición de hablar a niños alemanes o proporcionarles comida, pero fue muy dura para aquellos que habían sufrido en carne propia el nazismo y sufrían ahora el desprecio de los Aliados.

El punto clave de su estrategia era la «desnazificación», la deshonra de todo el que creyera en ese sistema y el alejamiento de sus símbolos, para ello se estableció una bandera provisional para el país lejos de la esvástica, señal del NSDAP. Conjuntamente, uno de los puntos cruciales fue conocer en profundidad el funcionamiento real de las instituciones nazis, a través de los pocos archivos, que no habían sido destruidos o perdidos, o los testimonios, que en ese momento no eran muy numerosos. El miedo estaba de nuevo en la población alemana, que no se atrevía a hablar de lo sucedido, ni siquiera las víctimas. De hecho, muchos supervivientes del Holocausto tardaron años en contar los

atrocies crímenes que habían cometido contra ellos. Muchos temieron su persecución por su condición de semita, gitano u homosexual, inclinación sexual perseguida en muchos de los países occidentales tras la guerra. Aún así, los Aliados consiguieron hacerse con mucha información sobre el funcionamiento de las labores nazis. Como sabemos, la gran burocracia alemana acumulaba muchísima información sobre la labor de las diferentes acciones en materia armamentística, jurídica, etc., pero sobre todo en el ámbito de la inteligencia. Este punto estaba en pleno auge en fechas recientes tras la finalización de la guerra, ya que recelaban unas de otras. Tanto las potencias occidentales como la Unión Soviética estaban rendidas tras el enfrentamiento contra la poderosa Alemania y, por ello, vieron en las organizaciones nazis un salvoconducto para modernizar y complementar sus servicios de seguridad interior y exterior en aras de fortalecerse frente a una guerra entre bloques. Los funcionarios nazis fueron cruciales a la hora de desarrollar estas políticas bélicas y compartir sus altos conocimientos en materias como la represión, el espionaje, las armas o el control social. Miles de miembros de las SS, la Gestapo o el ejército colaboraron con las nuevas autoridades en territorio alemán o europeo para desgranar todos los puntos de la política nazi, mientras que otros obtuvieron un trabajo indefinido en los servicios secretos de la Unión Soviética o Estados Unidos. Sin embargo, la conmoción creada por los crímenes nazis no permitió que todos los responsables fueran exculpados para cumplir sus nuevos objetivos. Los Aliados habían tomado el compromiso de anular la amenaza alemana y depurar las responsabilidades de los dirigentes nazis. Muchos podrían ayudarles, otros tendrían que pagar.

LOS JUICIOS DE NÚREMBERG

Los conocidos como Juicios de Núremberg se sucedieron entre el 20 de noviembre de 1945 y el 14 de abril de 1949. Estos procesos incluyeron el enjuiciamiento de los criminales de guerra ante un Tribunal Militar Internacional y doce procesos de seguimiento que se llevaron a cabo por un Tribunal Militar estadounidense para los oficiales y simpatizantes nazis, en la Sala 600 del Tribunal de la ciudad. Al finalizar estos, comenzaron sus homólogos, los Juicios de Tokio, para juzgar los crímenes cometidos por Japón en el transcurso bélico. La creación de esta tipología legal fue pactada el 8 de agosto de 1945, en el denominado Acuerdo de Londres, por los gobiernos de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, en el contexto de la Conferencia de Potsdam. La conveniencia de la depuración de responsabilidades penales derivó de la profunda conmoción que las atrocidades nazis habían causado en las naciones Aliadas, sobre todo a la opinión pública. Su fundamentación emanó de la propia soberanía de las potencias ganadoras ignorando la soberanía alemana, aunque Alemania no había desaparecido como Estado independiente en las capitulaciones del final de la Guerra. Aun así, la comunidad internacional, comandada por los Aliados, quiso penalizar los actos cometidos por los nazis como un ejercicio de justicia, pero también de moral. Núremberg intentó mostrar el rechazo que la humanidad daba a lo que había estado ocurriendo en Alemania, antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su legitimidad estuvo en entredicho desde el comienzo imponiéndose la idea de que el Tribunal no era neutral sino una venganza de los vencedores, inspirada en que sólo las potencias Aliadas tuvieron representación en Núremberg y sólo se juzgaron crímenes alemanes.

La doctrina aplicada en Núremberg supuso una gran novedad en el panorama penal internacional que pervive hasta nuestros días. Hasta el momento, la legislación ofrecía una serie de garantías en el proceso de la guerra que incluyeron agresiones, leyes sobre los capturados enemigos u otras disposiciones en la línea de las anteriores. La historia reciente de los Tribunales Internacionales se remonta al Tratado de paz de Versalles de 1919. En el artículo 227, se estableció que un Tribunal compuesto por jueces de las cinco potencias vencedoras juzgaría al káiser Guillermo por los horrendos crímenes de guerra que Alemania había cometido. Asimismo, se obligaba al nuevo gobierno germano a extraditar a cualquier persona que los vencedores señalasen como criminal de guerra, que supuso gran parte de la clase dirigente alemana y entre los que estuvo el propio Göring. Las disposiciones de Versalles en esta materia nunca llegaron a cumplirse y Alemania consiguió depurar responsabilidades en un tribunal propio. Igualmente, se habían establecido a través de la Liga de las Naciones unas directrices para el mantenimiento de la paz tras la Primera Guerra Mundial que tuvieron poco éxito. En el contexto de la Liga de las Naciones, se estableció, en 1921, la Corte Permanente de Justicia Internacional que contaba con un estatuto propio y unas reglas comunes, al margen de las disposiciones de los Estados creadores. Se ideó con el fin de arbitrar cualquier conflicto internacional entre Estados donde se escucharía a las partes y cuya decisión sería vinculante. Sin embargo, la sombra de la Segunda Guerra Mundial y la imposibilidad de hacer acatar sus decisiones cercenó la labor de la Corte. No sería hasta agosto de 1945 cuando las potencias Aliadas pactaron el Acuerdo de Londres, mediante el cual se constituía un Tribunal Militar

Internacional que enjuiciase a los dirigentes y organizaciones nazis. En el artículo 6 del Estatuto del Tribunal Internacional, se estableció que los delitos estarían separados en tres grupos: delitos contra la paz, al que se añadieron en las sentencias la conspiración, delitos de guerra y delitos contra la humanidad. Este último era referido del siguiente modo en el estatuto, tal y como consta en el archivo de Cruz Roja Internacional:

CRÍMENES CONTRA LA HUMANIDAD:

A saber, el asesinato, la exterminación, esclavización, deportación y otros actos inhumanos cometidos contra población civil antes de la guerra o durante la misma; la persecución por motivos políticos, raciales o religiosos en ejecución de aquellos crímenes que sean competencia del Tribunal o en relación con los mismos, constituyan o no una vulneración de la legislación interna del país donde se perpetraron.

En este punto, se encausó a personas físicas acusadas de crímenes raciales –mencionando a judíos, gitanos y polacos, como genocidio– y la represión a la ciudadanía opositora al nacionalsocialismo. Se eligió a un juez por cada potencia representada y se pasó al último punto del programa: los acusados.

Los italianos quedaron fuera de este procedimiento al entender que habían sufrido una gran dominación a manos de Hitler y Japón fue juzgado en un juicio análogo al que se hizo en Núremberg. Por tanto, sólo quedaban los alemanes, los pocos mandatarios que no habían huido, que no se habían suicidado o que estaban en paradero desconocido. La hoja de ruta a seguir para la búsqueda de personas responsables fue la de encontrar a los grandes mandatarios o, si estos no estaban vivos o localizables, se escogió a una persona representativa del delito. Una de las novedades más impactantes del Tribunal Internacional fue la de responsabilizar a personas físicas de actos anteriormente declarados como responsabilidades de Estado, como la declaración de guerra. La responsabilidad acaparó todas las líneas de la política alemana nazi, como la fabricación de armamento, en la persona de Albert Speer ministro de la materia; propaganda que, tras ratificarse el suicidio de Goebbels, se eligió al funcionario Hans Fritzsche; o finanzas, a través de Hjalmar Schacht, antiguo ministro y al que sacaron de un campo de concentración donde estaba recluido por la presunta conspiración contra Hitler. De las pesquisas salió una lista de veinticuatro acusados como responsables máximos de los crímenes, entre los que se encontraron Göring, Kaltenbrunner o Frick, excluyendo nombres como el de Müller, que poco se sabía entonces de su gran aportación a la represión. Además, se incluyó una lista de seis organizaciones clave del sistema entre las que se encontraban las SS y la Gestapo, esta última considerada perteneciente al partido y no al Estado alemán como legalmente era. Finalmente se dieron por concluidas las pesquisas para encontrar a Hitler, acogiendo la idea del suicidio como la más concluyente. Las penas para doce de ellos fue la horca, programada para el 16 de octubre de 1946, mientras que los restantes cumplieron pena de prisión. Sólo tres quedaron absueltos: Von Papen, Schacht y Fritzsche. Kaltenbrunner, último jefe de la RSHA, fue ahorcado en la fecha convenida, pero Göring se suicidó horas antes de la ejecución con una cápsula de cianuro.



Banquillo de los acusados en el juicio principal de Núremberg. Delante se encuentra Göring.

En cuanto a los juicios seguidos por el Tribunal Militar estadounidense, se juzgó la labor de los Einsatzgruppen, en el noveno juicio de seguimiento. De los veinticuatro acusados por delitos en los territorios del Este, sólo cuatro pertenecieron a la Gestapo, siendo los más numerosos los miembros del SD. Los delitos que les imputaron fueron a través de los mensajes transmitidos desde sus posiciones hasta la sede de la Gestapo en Berlín donde se recogían todas las transmisiones de este tipo. Al caer bajo control Aliado, salieron a la luz los actos atroces que se habían cometido en el avance hacia la Unión Soviética contra la población civil, aunque las pruebas y testimonios eran aún demasiados débiles para establecer una pena consolidada. Sólo cuatro de los acusados fueron ejecutados en 1951, mientras que los demás vieron conmutadas sus penas a finales de los años cincuenta gracias a sendos acuerdos entre Alemania Federal y Estados Unidos.

¿QUÉ FUE DE...?

Cuando los Aliados rodeaban Berlín, la Gestapo seguía trabajando en sus oficinas centrales de la calle Prinz-Albrecht. En los primeros días de mayo de 1945, el asedio por parte del Ejército ruso había sido incesante en la capital de Alemania y el caos reinaba en la ciudad. Mientras, los funcionarios de la policía política siguieron revisando listas, ejecutando arrestos, realizando brutales interrogatorios y, por último, cuando la pérdida en la guerra fue una realidad, destruyendo las pruebas de sus crímenes. Centenares de personas que se encontraban en dependencias policiales fueron ejecutadas y se hicieron desaparecer miles de fichas e informes. El 29 de abril, un día antes del suicidio de Hitler, Müller coordinaba un interrogatorio contra un supuesto traidor de las SS cuando fue visto por última vez. Los testimonios de su amante de Berlín y su secretario no aportaron datos concluyentes sobre su paradero. En mayo de 1945 se proclamó su muerte, pero cuando se inspeccionó su tumba no se encontró su cadáver. Numerosos rumores circularon sobre su posible reclutamiento por parte del NVKD ruso o la CIA estadounidense, incluso que había huido como muchos alemanes a países de América latina. El paradero de Müller resulta hoy confuso, las últimas investigaciones apuntan a un certificado de defunción emitido en agosto de 1945 que afirma que el jefe de la Gestapo murió en las inmediaciones de la sede del Ejército alemán en Berlín y que más tarde fue trasladado al cementerio judío en la calle Grosse Hamburger. Sin embargo, muchos estudiosos piden cautela frente a este tipo de documentos que eran fácilmente manipulables por organizaciones como la Gestapo.

De la misma manera se especuló durante años sobre el destino final del *Führer*. El NVKD se había hecho con el control del búnker de Hitler cuando el Ejército Rojo entró en Berlín. Durante años, el Régimen ruso alentó la leyenda sobre su posible huida y decenas de personas afirmaron haberle reconocido en los lugares más dispares del mundo. Sólo en 1991, cuando el bloque comunista comenzó a desmoronarse, se abrieron los archivos pertenecientes a la muerte de Hitler y el paradero de su cadáver. Los documentos del NVKD y el KGB apuntalan la versión del suicidio al encontrar el cuerpo del *Führer* junto con el de Goebbels y sus familiares en los jardines de la Cancillería. Más tarde, los agentes llevaron los restos a una zona segura en Alemania Democrática, a Magdenburgo, donde permanecieron hasta los años setenta. Cuando el KGB cedió el control de Magdenburgo al Gobierno de Alemania Democrática se deshizo de los restos de Hitler y fueron arrojados al río Biederitz.

Otro de los mayores ideólogos del Régimen y jefe de la Gestapo, Himmler, tampoco sobrevivió al avance aliado sobre Alemania. Aunque el *Reichsführer* intentó pactar con el General Eisenhower una paz para finalizar el conflicto, su interacción sólo sirvió para que fuese declarado el mayor criminal de Alemania por el Estado estadounidense. En medio de dos fuegos, intentó escapar del país donde era considerado un traidor al Reich, consiguiendo hacerse pasar por un gendarme de la policía de Baviera y recorrer toda Alemania hasta Bremen, donde fue capturado por un contingente británico. Aunque los ingleses no le reconocieron de inmediato, su identidad falsa le llevó a ser confinado en una prisión militar. Una vez allí, él mismo desveló su identidad para obtener una mayor consideración por parte del enemigo. Para su decepción, su verdadera identidad sólo le trajo crueles

torturas por parte de los soldados ingleses y nunca llegó a volver a hablar con el General Eisenhower, como él había pedido. Cuando le hicieron desnudarse, mordió la cápsula de cianuro que llevaba entre los dientes, muriendo en el acto el 23 de mayo de 1945. Su cuerpo fue fotografiado para que no hubiese dudas sobre su identidad y fue enterrado en el Brezal de Luneburgo en una tumba sin especificar.



Cuerpo sin vida de Himmler tras ingerir el cianuro que llevaba en la boca. Su muerte supuso un fracaso para los Aliados, que pensaban juzgarle como máximo responsable de los crímenes nazis, tras Hitler.

La muerte fingida fue una tónica general de muchos nazis que luego fueron localizados por los llamados «cazanazis», agentes americanos o israelitas que trabajaron por su cuenta para localizar criminales coordinados en algunas ocasiones con el servicio de inteligencia israelí, el Mossad. Entre las investigaciones más destacadas de los «cazanazis» está la localización de Eichmann, ideólogo del Holocausto y miembro de la Gestapo. Su periplo tras la Segunda Guerra Mundial comienza con su captura por parte del Ejército estadounidense haciéndose llamar Otto Eckmann en 1945. Pronto, logró liberarse de la reclusión militar y se escondió durante años hasta conseguir un salvoconducto de Cruz Roja hacia América Latina. Con su nueva identidad, Ricardo Klement, logró llegar a Argentina para comenzar a trabajar en un taller mecánico. Un vecino suyo en Buenos Aires, Lothar Hermann, había escapado del nacionalsocialismo por su condición de judío en 1938, pero no le pasó desapercibida la verdadera identidad de Ricardo. El Mossad se puso manos a la obra en la captura de Eichmann por las vías no convencionales, ya que muchos países como Argentina negaban las

órdenes de extradición que pedía el gobierno israelí. La misión fue encomendada al famoso «cazanazis» Simon Wiesenthal, que junto a su equipo, secuestró a Eichmann el 11 de mayo de 1960 y lo trasladó a Israel, violando la soberanía argentina. El triunfo del Mossad terminó en el juicio más importante de la década de los sesenta en el cual se encontró culpable a Eichmann y fue condenado a la horca el 31 de mayo de 1962.

No fue el único que escapó al continente americano, su compañero en la Gestapo Klaus Barbie, destacado en Francia, o Josef Mengele, ambos en Brasil, sólo son un par de ejemplos de los nazis que se instalaron en diferentes países latinoamericanos o, incluso, en España. La fundación ODESSA ayudó a muchos miembros del partido o de las instituciones nacionalsocialistas a escapar de Alemania en el caos de posguerra. Valiéndose de salvoconductos a menudo proporcionados por Cruz Roja, la CIA, miembros del clero o alentados por países con dictaduras simpatizantes al Régimen nazi, lograron escapar y eludir así su responsabilidad. Las cifras de la organización así como su propia existencia están aún por averiguar, aunque lo que sí es cierto es que muchos criminales nazis, alemanes o de otras regiones europeas, lograron escapar de su destino. En España, se instalaron más de una decena de conocidos altos cargos, puede que cientos de miembros de organizaciones criminales y muchos más que tomaron esta ruta rumbo a América Latina. Entre ellos, Paul Maria Hafner, el tirolés que fue carcelero en Buchenwald y Dachau y que vivió en Madrid desde 1950 a 2010, año de su muerte.



Eichmann durante su juicio en Jerusalén. El miembro de la Gestapo alegó que sólo seguía órdenes de sus superiores y que no tuvo ninguna responsabilidad en la muerte de millones de personas.

Además de la huida, existieron otros lugares en los que destacados nazis o miembros de la Gestapo o el SD encontraron refugio. La política de tensiones entre los países Aliados, sobre todo entre Estados Unidos y la Unión Soviética desembocaron en la búsqueda de modernizar sus servicios de inteligencia. La CIA, el FBI, el NVKD, el KGB o la Stasi (policía política de la Alemania oriental) fueron algunos de los nuevos destinos de miembros de la Gestapo. Su magnífico conocimiento de procedimientos represivos, técnicas de tortura o búsqueda de información hacía de estos hombres un valioso recurso para los conflictos que ya se perfilaban en el horizonte. El miedo a que los enemigos reclutaran a estos hombres para sus propios intereses agilizó los planes para esconderlos y más tarde contratarlos. En Estados Unidos se llevaron a cabo dos grandes incorporaciones a través de las operaciones clasificadas Paperclip y Proyecto 63, que lograron atraer a miles de miembros de la Gestapo, las SS, el Ejército alemán, médicos o científicos. La Operación Sunshine fue un acuerdo firmado con el responsable de la Gestapo en Italia para contratar los servicios de sus compañeros en 1945, proporcionándoles total impunidad y una nueva identidad. Miles de personas responsables de crímenes contra la humanidad, fueron auspiciadas por diferentes potencias en el contexto de la Guerra Fría, trabajando como agentes secretos, informadores, asesores o incluso como torturadores. Este proceso alcanzó mayores cotas al comienzo de la guerra de Corea, en 1950, cuando se creyó que la tercera guerra mundial estaba en ciernes. Tanto Rusia como Estados Unidos se lanzaron a contratar a agentes escondidos o recluidos en prisiones con el fin, siempre secreto, de reorganizar sus efectivos. Tanto el número de personas que se trasladaron a los países en conflicto como su paradero no se conocen hoy día, ya que los documentos son altamente secretos. La Gestapo siguió viva años después de su desaparición al igual que sus brutales métodos, pronto reconocibles en algunas de las agencias de inteligencia más importantes del mundo. Su sello quedó impreso en el nuevo orden mundial.

LA LEYENDA DE LA GESTAPO

En 1940 una película alemana participó en el Festival de Venecia recibiendo buenas críticas por los medios técnicos que mostraba, esta película llevaba por nombre *El judío Süß*. La película, escrita y dirigida por Veit Harlan, fue el orgullo de Goebbels y se proyectó en toda Alemania como una película de corte antisemita. Harlan fue elegido por el Ministerio de Propaganda para dirigir una decena de películas contra el pueblo judío de las mil doscientas que el Régimen nazi patrocinó, lo que le sirvió para ser enjuiciado como criminal de guerra por los Aliados, aunque fue declarado inocente. En todas ellas, se mostraba a los judíos como unos seres inmorales, materialistas e incluso poco agraciados físicamente según los criterios raciales propugnados por el nacionalsocialismo. Harlan fue el brazo ejecutor de la política de propaganda para crear la alteridad del judío en Alemania y fuera de ella. Su labor sirvió para convencer a miles de personas que el enemigo judío era más que un competidor económico o cultural, sino que era un criminal carente de escrúpulos al que había que erradicar de una sociedad ideal como la alemana. En 2008, Félix Moeller dirigió la película alemana *Harlan: Im Schatten von Jud Süß* ('Harlan: a la sombra del Judío Süß') en la que relata su vida y el impacto de su cine en la sociedad alemana del nacionalsocialismo, cuarenta y cuatro años después de su muerte.

La temática del Tercer Reich, es muy apreciada entre el público aún hoy, más de setenta años después de su caída. Un período de tiempo tan escaso, doce años, ha suscitado la creación de miles de novelas, cómics, películas, relatos o incluso videojuegos sobre este período, muy por encima de otras dictaduras de corte fascista o militar. En la persona de Hitler se han aunado todos los odios a regímenes autoritarios y su figura es muestra de odio y muerte. Millones de ciudades lo han nombrado persona non grata, así como al nacionalsocialismo, que está prohibido en infinidad de países. Aquel hombre al que todos los medios del mundo habían considerado un hombre de Estado, cercano y amable, –como demuestra su reportaje en el *New York Times* de agosto de 1939 donde enseñaba su casa– pasaba ahora a ser el centro de los odios políticos, morales y sociales. Su vida y su personalidad han dado lugar cientos de biografías, novelas, películas, documentales o relatos en numerosos países del mundo, y su figura es conocida internacionalmente por encima de muchos otros personajes relevantes de la historia. Además, según las investigaciones sobre el nacionalsocialismo avanzaron y se conocieron los pormenores de los sucesos ocurridos en Alemania, la expectación y el desprecio se desarrollaban de igual modo.

Novelistas, cineastas o cualquier artista han bebido de la larga sombra del Tercer Reich y su importancia histórica. Aunque Hitler es la imagen central, otras temáticas se han ido abriendo paso para enseñar al gran público lo que ocurrió y no debe volver a suceder. En este contexto, la Gestapo resulta una pieza clave convirtiéndose en el símbolo de la represión más afamado del mundo. El secretismo de la organización, unido a los rumores que ya corrían sobre ella cuando estaba en activo, catapultó su leyenda. Desde los años cincuenta se comenzaron a escribir libros inspirados en los agentes de negro omnipresentes que acechaban a la población, las novelas, biografías o relatos de víctimas han contribuido para que esta etapa no caiga en el olvido. Pronto el cine se apropió de la imagen de la Gestapo: *La Gestapo entra en acción* es una película de Alemania Federal estrenada en

1959 que recrea una misión de la organización en el Berlín en guerra. En esta película se muestra la perspicacia de los agentes y la gran brutalidad con la que operaban al margen de cualquier ley. A este *film* le sucederán muchos otros, como la italiana *La larga noche de la Gestapo* (1977) o *The Black Gestapo* estadounidense (1975), además de aquellos inspirados en el Tercer Reich en los que la organización tiene un papel prioritario. La guinda fueron las estadounidenses *La lista de Schindler* (1993) o *La vida es bella* (1997), que perviven en el inconsciente colectivo de millones de personas en todo el mundo, acrecentando la imagen de la Gestapo. Los documentales y programas temáticos sobre el Holocausto, las víctimas o los miembros destacados del Partido Nazi y la Gestapo se emiten en horas punta de la televisión setenta años después de su desaparición.

Todo ello ha contribuido a crear la leyenda de la Gestapo. El mito se ha ido fraguando a través de los años, superando las barreras temporales que cualquier otra organización ha sufrido. El cine, la prensa, la televisión, la radio o la literatura han explotado su imagen desde fechas tempranas a la caída del Reich hasta la actualidad. Prácticamente la totalidad del globo conoce alguna historia relacionada con la organización y sabe de las prácticas de tortura, los interrogatorios o los abusos que cometieron sus agentes. El interés mostrado por la población hacia la etapa del Tercer Reich ha sido un aliciente para que muchos investigadores se lanzaran a la búsqueda de respuestas sobre este período. La leyenda de la Gestapo, por su parte, ha contribuido a que el resto de la humanidad conozca los horribles crímenes que la organización llevó a cabo durante la etapa nazi y los condene duramente. Sin esta petición de información por parte de la opinión pública vagamente habrían salido a la luz los vericuetos de una policía secreta como esta. La importancia de la Gestapo recae, por tanto, no sólo en ser la policía política más letal y perfecta de su tiempo, sino que además resulta una de las organizaciones, si no la principal, más conocida de toda la historia de la humanidad y que más ha contribuido al rechazo de este tipo de políticas en todo el mundo.

Bibliografía

- ALY, Götz. *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*. Fráncfort: Fischer Verlag, 2005.
- ANDREW, Christopher. *The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5*. Londres: Allen Lane, 2009.
- ARENDT, Hannah. *On violence*. Nueva York: Harcourt, 1970.
- ARÓSTEGUI, Julio. «Violencia, sociedad y política: la definición de violencia». En: Aróstegui, Julio (ed.). *Violencia y política en España-Ayer*, n.º 13. Madrid: Marcial Pons, 1994.
- BEEVOR, Anthony. *The Second World War*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2012.
- BRACHER, Karl D. *The German dictatorship: the origins, structure, and effects of National Socialism*. Nueva York: Praeger Publishers, 1970.
- BLOM, Philipp. *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente. 1900-1914*. Barcelona: Anagrama, 2010.
- COBAIN, Ian. *The secrets of the London Cage*. En: *The Guardian*, 12 de noviembre de 2005.
- DE FELICE, Renzo. *Mussolini Il Duce: Gli anni del consenso, 1929 -1936*. Roma: Einaudi, 1974.
- DE TORO MUÑOZ, Francisco M. *Nazismo y resistencia en Austria: oposición, disenso, consenso y policía política: Viena (1938-1942)*. Barcelona: Universidad de Barcelona, Tesis doctoral, 2006.
- , «La sátira y el humor político durante el Tercer Reich. Delitos contra el Volksgemeinschaft». En: *Diacronie: Studi di Storia Contemporanea*, 2012; n.º 11(vol. 3).

- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre». En: Rodrigo, Javier (ed.). *Retaguardia y cultura de guerra (1936-1939)*. *Ayer*, n.º 76. Madrid: Marcial Pons, 2009.
- DELARUE, Jacques. *Historia de la Gestapo*. Madrid: La esfera de los libros, 2010 [1962].
- ENGS, Ruth C. *El movimiento eugenésico: una enciclopedia*. Westport: Greenwood Publishers, 2005.
- EVANS, Richard J. *The coming of Third Reich*. Londres: The Penguin Press, 2003.
—, *The Third Reich in power*. Londres: The Penguin Press, 2005.
—, *The Third Reich at war (1939-1945)*. Londres: The Penguin Press, 2008.
- FARALDO, José María. *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948)*. Madrid: Alianza Editorial, 2011.
- FEIRSTEIN, David. *Seis estudios sobre genocidio*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2000.
- FRESCARIOLI, Antonio. *La Gestapo. Atrocidades y secretos de la inquisición nazi*. Barcelona: De Vecchi Ediciones, 1969.
- GELLATELY, Robert. *The Gestapo and German society: enforcing racial policy, 1933-1945*. Londres: Clarendon Press, 1990.
—, *Backing Hitler: consent and coercion in nazi Germany*. Oxford: Oxford University Press, 2001.
- GENTILE, Emilio. «Fascism as political religion». En: *Journal of Contemporary*, 1990; n.º 25.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid: CSIC, 2002.
- GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism*. Londres-Nueva York: Routledge, 1993.
- HASSEL, Sven. *Gestapo*. Barcelona: Ediciones G. P., 1967.
- HERRERA, Juan Carlos. *Breve historia del espionaje*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2012.
- HITLER, Adolf. *Mi lucha: Mein Kampf, discurso del delirio*. Barcelona: Ediciones Fapa, 2003.
- HOBSBAWM, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1999.

- KLEMPERER, Víctor. LTI. *La lengua en el Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula, 2001.
- KERSHAW, Ian. Hitler, 1889-1936. Londres: Hubris, 1998.
- , *Hitler, 1936-1945*. Londres: Nemesis, 2000.
- , *Popular opinion and political dissent in the Third Reich. Bavaria, 1933-1945*. Oxford: Oxford University, 2002 [revisada].
- , *Hitler, the Germans and the Final Solution*. New Haven: Yale University Press, 2008.
- LACAPRA, Dominik. *Writing History, writing trauma*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001.
- LEE, Stephen J. *European dictatorships 1918-1945 (4.ª ed.)*. Abingdon, Oxon: Routledge, 2016.
- LOWE, Kaith. *Continente Salvaje. Europa tras la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2012.
- LOZANO, Álvaro. *La Alemania nazi*. Madrid: Marcial Pons, 2008.
- , *Anatomía del Tercer Reich. El debate y los historiadores*. Madrid: Melusina, 2012.
- MANN, Reinhard. *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Großstadt*. Fráncfort: Campus Verlag, 1987.
- MARRUS, Michael. *The Holocaust in History*. Toronto: Key Porter, 2000.
- MAZOWER, Mark. *Dark continent. Europe's twentieth century*. Londres: Penguin Press, 1998.
- , *Hitler's Empire: How the nazis ruled Europe*. Nueva York: Penguin, 2009.
- MORENO, Carmen. *Breve historia del Imperio austrohúngaro*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2015.
- NEILA, José Luis. *La sociedad de naciones*. Madrid: Arco Libros, 1997.
- NOLTE, Jakob Julius. «Die Institutionalisierung der politischen Polizei in Preußen im Kontext der Demagogenverfolgung zwischen 1809 und 1840». En: *PoliceyWorkingPapers*, 2006. Working Papers des Arbeitskreises Policey/Polizei in der Vormoderne n.º 11.
- OWEN, James. *Nuremberg, evil on trial*. Londres: Headline Review, 2006.
- PEREIRA, Juan Carlos (coord.). *Historia de las Relaciones Internacionales contemporáneas (2.ª ed.)*. Madrid: Ariel, 2009.

- PÉREZ Ledesma, Manuel y Sierra, María (eds.). *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: Fernando el Católico, 2010.
- PONS, Anaclet y Serna, Justo. *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Madrid: Akal, 2005.
- REMOND, René. *Hacer la Historia del siglo XX*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2004.
- RODRIGO, Javier. *Campos de concentración franquistas, entre la historia y la memoria*. Madrid: Siete Mares, 2003.
- , (ed.) *Políticas de la violencia: Europa, siglo XX*. Zaragoza: Prensa Universidad de Zaragoza, 2014.
- SAZ, Ismael. *Fascismo y franquismo*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004.
- SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart & Cía, 2002.
- SIRINELLI, Jean François (dir.). *Histoire des droites. Culture*. París: Gallimard, 1992.
- STIBE, Matthew. *Germany, 1914-1933: politics, society and culture*. Londres: Longman, 2010.
- THOMPSON, Doug. *State control in fascist Italy: culture and conformity, 1925-43*. Manchester: Manchester University Press, 1991.
- TILLY, Charles. *The politics of collective violence*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- TRAVERSO, Enzo. *Memoria y conflicto. Las violencias del siglo XX*. Barcelona: CBBB, 2003.
- VOLTES, Pedro. *Bismarck*. Madrid: Ediciones Palabra, 2004.
- WACHSMANN, Nikolaus. *IK: Historia de los campos de concentración nazis*. Barcelona: Crítica, 2015.
- WANKLYN, Harriet. *Friedrich Ratzel: a biographical memoir and bibliography*. Londres: Cambridge University Press, 1961.
- WALTON-KERR, Philip St. C. *La Gestapo. Historia del servicio secreto alemán*. Madrid: Edimat, 2012.
- WOLF, Eric. *Figurar el poder. Ideologías de la dominación y crisis*. Tlalpan: Centro de Investigaciones de Antropología Social, 2001.

COLECCIÓN BREVE HISTORIA...

- *Breve historia de los samuráis*, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- *Breve historia de la Antigua Grecia*, Dionisio Mínguez Fernández
- *Breve historia del Antiguo Egipto*, Juan Jesús Vallejo
- *Breve historia de la brujería*, Jesús Callejo
- *Breve historia de la Revolución rusa*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*, Jesús Hernández
- *Breve historia de la Guerra de Independencia española*, Carlos Canales
- *Breve historia de los íberos*, Jesús Bermejo Tirado
- *Breve historia de los incas*, Patricia Temoche
- *Breve historia de Francisco Pizarro*, Roberto Barletta
- *Breve historia del fascismo*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia del Che Guevara*, Gabriel Glasman
- *Breve historia de los aztecas*, Marco Cervera
- *Breve historia de Roma I. Monarquía y República*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de Roma II. El Imperio*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de la mitología griega*, Fernando López Trujillo
- *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la conquista del Oeste*, Gregorio Doval
- *Breve historia del salvaje oeste. Pistoleros y forajidos*. Gregorio Doval
- *Breve historia de la Guerra Civil española*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de los cowboys*, Gregorio Doval
- *Breve historia de los indios norteamericanos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Jesús de Nazaret*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de los piratas*, Silvia Miguens
- *Breve historia del Imperio bizantino*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la guerra moderna*, Françesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de los Austrias*, David Alonso García

- *Breve historia de Fidel Castro*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la carrera espacial*, Alberto Martos
- *Breve historia de Hispania*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de las ciudades del mundo antiguo*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del Homo sapiens*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol*, Borja Pelegero Alcaide
- *Breve historia del Kung-Fu*, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- *Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia del Socialismo y el Comunismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de las cruzadas*, Juan Ignacio Cuesta
- *Breve historia del Siglo de Oro*, Miguel Zorita Bayón
- *Breve historia del rey Arturo*, Christopher Hibbert
- *Breve historia de los gladiadores*, Daniel P. Mannix
- *Breve historia de Alejandro Magno*, Charles Mercer
- *Breve historia de las ciudades del mundo clásico*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia de España I, las raíces*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la alquimia*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de las leyendas medievales*, David González Ruiz
- *Breve historia de los Borbones españoles*, Juan Granados
- *Breve historia de la Segunda República española*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la Guerra del 98*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la guerra antigua y medieval*, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la China milenaria*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Atila y los hunos*, Ana Martos
- *Breve historia de los persas*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de los judíos*, Juan Pedro Caverio Coll
- *Breve historia de Julio César*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de la medicina*, Pedro Gargantilla

- *Breve historia de los mayas*, Carlos Pallán
- *Breve historia de Tartessos*, Raquel Carrillo
- *Breve historia de las Guerras Carlistas*, Josep Carles Clemente
- *Breve historia de las ciudades del mundo medieval*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del mundo*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la música*, Javier María López Rodríguez
- *Breve historia del Holocausto*, Ramon Espanyol Vall
- *Breve historia de los neandertales*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Simón Bolívar*, Roberto Barletta
- *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Álvaro Lozano
- *Breve historia de Roma*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de los cátaros*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de Hitler*, Jesús Hernández
- *Breve historia de Babilonia*, Juan Luis Montero Fenollós
- *Breve historia de la Corona de Aragón*, David González Ruiz
- *Breve historia del espionaje*, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- *Breve historia de los vikingos (reedición)*, Manuel Velasco
- *Breve historia de Cristóbal Colón*, Juan Ramón Gómez Gómez
- *Breve historia del anarquismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de Winston Churchill*, José Vidal Pelaz López
- *Breve historia de la Revolución Industrial*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los sumerios*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de Cleopatra*, Miguel Ángel Novillo
- *Breve historia de Napoleón*, Juan Granados
- *Breve historia de al-Ándalus*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de la astronomía*, Ángel R. Cardona
- *Breve historia del islam*, Ernest Y. Bendriss
- *Breve historia de Fernando el Católico*, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- *Breve historia del feudalismo*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la utopía*, Rafael Herrera Guillén
- *Breve historia de Francisco Franco*, José Luis Hernández Garvi

- *Breve historia de la Navidad*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de la Revolución francesa*, Iñigo Bolinaga
- *Breve historia de Hernán Cortés*, Francisco Martínez Hoyos
- *Breve historia de los conquistadores*, José María González Ochoa
- *Breve historia de la Inquisición*, José Ignacio de la Torre Rodríguez
- *Breve historia de la arqueología*, Jorge García
- *Breve historia del Arte*, Carlos Javier Taranilla
- *Breve historia del cómic*, Gerardo Vilches Fuentes
- *Breve historia del budismo*, Ernest Yassine Bendriss
- *Breve historia de Satanás*, Gabriel Andrade
- *Breve historia de la batalla de Trafalgar*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los Tercios de Flandes*, Antonio José Rodríguez Hernández
- *Breve historia de los Medici*, Eladio Romero
- *Breve historia de la camorra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos*, Montserrat Huguet
- *Breve historia de la guerra del Vietnam*, Raquel Barrios Ramos
- *Breve historia de la Corona de Castilla*, José Ignacio Ortega
- *Breve historia de entreguerras*, Óscar Sainz de la Maza
- *Breve historia de los godos*, Fermín Miranda
- *Breve historia de la Cosa Nostra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la batalla de Lepanto*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia del mundo*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los dirigibles*, Carlos Lázaro
- *Breve historia del Románico*, Carlos Javier Taranilla
- *Breve historia de la Literatura española*, Alberto de Frutos
- *Breve historia de Cervantes*, José Miguel Cabañas

PRÓXIMAMENTE...

- *Breve historia de los celtas (nueva edición)*, Manuel Velasco
- *Breve historia de la arquitectura*, Teresa García Vintimilla
- *Breve historia de la guerra de los Balcanes*, Eladio Romero e Iván Romero

BREVE HISTORIA de la...

GESTAPO

Sharon Vilches Agüera

Conozca la Geheime Staatspolizei, más conocida como Gestapo, un símbolo en el imaginario general sobre los principios de la brutalidad y el control social. Entre sus filas se encontraban personas normales, apoyadas por personas normales que sustentaron actos anormales.

Breve historia de la Gestapo busca las claves de esta temible organización a través del estudio de las culturas políticas que la sustentaron y posibilitaron que estuviese por encima incluso de las leyes nacional-socialistas.

Berlín, calle Prinz-Albrecht número 8. Este edificio aún causa un escalofrío al

pasar junto a él. Detrás de su robusta puerta se encontraba la sede principal de la organización más temida del siglo xx, la Gestapo. Acérquese a ella de la mano de Sharon Vilches, una especialista en el tema que realiza en esta obra un estudio completo, pormenorizado y transversal de esta organización desde su nacimiento hasta su legado.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com



Síganos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.

